J. G. MANRIQUE de LARA

ANTONIO MACHADO

grandes escritores contemporáneos

Unión editorial

GRANDES ESCRITORES CONTEMPORANEOS

Colección dirigida por

Luis de Castresana

JOSE GERARDO MANRIQUE DE LARA

ANTONIO MACHADO

UNION EDITORIAL

Participan en esta edición:

Editorial Española Desclée de Brouwer, Henao, 6, Bilbao.

Ediciones y Publicaciones Españolas, S. A. (EPESA), Oñate, 15, Madrid.

Hogar del Libro, S. A., Vergara, 3, Barcelona.

Alfredo Ortells, Editor, Alcira, 15, Valencia.

© 1968. Reservados todos los derechos.

Depósito Legal: M. 20.244-1968.

Impreso en España por GRÁFICAS ARABI,
Hermanos del Hoyo, s/n., Torrejón de Ardoz (Madrid).

MI RECUERDO

Estoy seguro de no haber escrito una biografía de don Antonio Machado ni tampoco un estudio crítico de su obra. Era innecesario que lo advirtiese, pero siempre queda bien para los estudiosos eso de dejar constancia de la verdadera intención del autor. No, no era eso lo que me había propuesto. Posiblemente a lo largo de estas doscientas páginas haya dejado, en trazo más o menos seguro, un ensayo literario sobre su aspecto humano y sobre alguna parcela de su obra indiscutible que haya despertado mi interés de forma acuciante en razón a mi lógica deformación profesional. El ensayo es un género tentador que espolea los sentidos y despierta las luces del pensamiento a través de una sensación casi mágica.

Para un poeta, hablar de don Antonio Machado es una necesidad, un imperativo biológico. Uno no termina de entender el absurdo si no es desde el absurdo. Y una forma de definir la Poesía, o, mejor, de entenderla, es aceptando la reducción de los valores racionales al contrapunto de la absurdidad. Los estados

de creación responden a la deserción del axis *racional. A veces se muestran con resultados paranormales, como ocurre en la creación objetiva. En ocasiones se nos dan en forma anormal, como sucede en las creaciones psíquicas e imaginativas. La normalidad absoluta, la temperatura conciente, isócrona, no puede ofrecernos nunca la coyuntura de la creación. Contemplemos a Beaudelaire, Rimbaud, Eluard, Homero, Rilke, Neruda, Lorca, Hernández. Son todos ellos productos maravillosos del absurdo que han derrotado el carcomido prestigio de la normalidad. Don Antonio Machado, clásico casi por propia definición, por íntimo convencimiento, era enemigo del snobismo, acerbo detractor de los «pedantones al paño». Era deliciosamente absurdo e incapaz de enredarse en ningún pragmatismo a lo William James. Don Antonio no hubiera aceptado nunca el sentido sociológico de Tierno Galván. No sabía encender la estufa de petróleo ni enderezar el ala de su chambergo y mucho menos entrar en liza para la aceptación de una austeridad mental. Desmañotado, enemigo de lo práctico, admirador furibundo de la naturaleza, íntegro, insobornable, enamoradizo, tierno, víctima de su propia inocencia, egocéntrico pero no egolátrico, amparado en su robusta personalidad y, como gran creador, proclive a la dispersión de su íntimo* yo. *Contemplador de sí, apócrifo y sincero, genuino y burlesco en un mismo compás, pensador a lo Bergson y soñador a lo Bécquer, republicano platónico—qué maravillosa definición para estar en gracia de Guiomar—, institucionista y al propio tiempo impenitente buceador del rastro divino, soñando en esa esquina de la eterna sorpresa donde más de una vez se topara*

con la aquilina nariz de su maestro y amigo don Miguel de Unamuno; Antonio Machado, poeta de sí mismo, poeta sobre el tiempo, vigente y total como la misma vida, constituye el maravilloso absurdo a cuya sombra resulta grata la evocación.

En eso ha consistido mi debilidad de poeta, en soñar con la presencia en el tiempo del hombre que ayer conocí en mi dorada infancia y que hoy puedo reconstruir sobre una teoría de conocimiento, desde el meollo de su obra, desde los sillares graníticos sobre los que se alza su prodigiosa humanidad.

Si don Antonio Machado no hubiese escrito un solo verso y, como oscuro y rural profesor de francés, hubiera discurrido su vida serenamente acontecido por sus amores—la niña que le despertó a la vida o el otro beso terco y profundo que le hizo madurar y acrecerse—, sólo por sus palabras exentas y libres, sólo por sus acciones diáfanas como la misma luz, sólo por su muerte heroica de tan pura y sencilla; sólo por su adoración a doña Ana Ruiz, su esplendorosa madre, viva en todas las memorias de los que siguieron en alguna medida su éxodo hacia la muerte, don Antonio Machado contaría hoy con un poeta, desligado y tranquilo, para cantar su humana grandeza.

En estos días en que se me pide este libro, que ya tenía gestado, se llega al veintinueve aniversario de su muerte. Como éste es, en definitiva, un libro de homenaje, quiero dejar constancia de los que humildemente yo le rendí a lo largo del tiempo. En mis recitales, recuerdo en el año 1961 uno dedicado a su figura en el Círculo de la Amistad Universitaria, en la calle de Velázquez, de Madrid. Otro, como copartí-

cipe en una actuación de la agrupación literaria «Plaza Mayor» volante, en el Instituto Ramiro de Maeztu, para los alumnos del bachillerato nocturno, en 1966. En el Colegio Mayor Santa María de Europa, en compañía de Aurora de Albornoz y Félix Grande, con la colaboración declamatoria de Fernando Rey y Francisco Rabal, el 8 de diciembre de 1965. Como participación escrita por su memoria, mis poemas parcialmente publicados en el número 149, de mayo de 1962, en «Cuadernos Hispanoamericanos», que aparecieron también en separatas, y posteriormente, con su versión íntegra de todos los poemas, en mi libro «Galería»,editado por «Alamo», de Salamanca. Mi última alusión a Machado, concluidas ya las notaciones del presente libro, apareció en el diario «ABC», de Madrid, el 14 de marzo de 1968, y se refiere a la actuación suya como jurado en el concurso que otorgó a Rafael Alberti el premio nacional de literatura en 1925, por su libro «Marinero en tierra». A todo lo largo del año 1967, en las emisiones culturales del tercer programa de Radio Nacional de España, desarrollé un ciclo de conferencias, doce en total, en torno a la figura de nuestro poeta.

¿Cómo conocí a don Antonio Machado? Empezaré describiendo mi encuentro con el autor de las «Soledades», antes de incidir cronológicamente en la vida de don Antonio.

En 1934 yo tenía once años y una gran confianza en mi fonética francesa. Por eso, cuando don Antonio Machado me hizo abrir el Perrier, segundo curso, *y me oyó enunciar los verbos irregulares, me dijo:*

—Tiene usted buen acento para ser andaluz.

El tenía un buen acento andaluz para ser catedrático de francés. Pese a mi personal insignificancia, me llamaba de usted, haciendo uso de un hábito profesoral que no resultaba para mí muy alentador. El elogio no era excesivo, pero yo correspondí con un merci bien, *mientras reparaba en los estragos que había hecho en su traje la ceniza del cigarrillo, contribuyendo a la exacerbación de su «torpe aliño indumentario». Don Antonio estaba rígido, inmóvil, con sus manos entrelazadas y su gesto blando y bonancible. El texto de mi traducción se titulaba «La tèrre». Qué bien le salía esa «e»abierta a aquel docto Mairena que decía que Bergson era un tuno y que acababa de preguntarme si yo le tocaba algo al obispo Gerónimo Manrique de Lara, mejor conocido que por obispo, por su mecenazgo en favor de Lope de Vega. Yo leí el texto francés con una entonación pastosa heredada del padre Bruno, hombre muy devoto de San Pompilio María de Pirrotti, y estaba un poco obsesionado por aquel cuello alto que servía de útil valladar a sus ya mórbidos alifafes, y por aquella corbata negra tan resignada a un ambiente de flotadoras pavesas, con su ancho nudo sesgado hacia la izquierda como si fuera un corazón, como el suyo tan liberal, cuyo cayado aórtico iba ahorcando en silencio su maquinal tristeza.*

—La tèrre est si grande que l'irregularité du terrain ne l'empeche pas d'être ronde.

Y don Antonio apostillaba en los puntos y aparte:

—Trés bien, trés bien, mon ami.

Y una Sevilla zumbona, remota y resonante, aunque ligeramente afrancesada por las circunstancias,

engastaba la voz de un profesor sin reto ni postura doctoral, que cualquier cosa podría parecerme que no fuese un hombre de irrevocables decisiones.

Vicén, el secretario del Tribunal y, a veces, sustituto en las pruebas, tenía la cara aplastada como si ésta hubiese sido disecada entre las páginas de un códice medieval. El habría de escribir, más tarde, con gruesos caracteres a la inglesa y con plumilla de pata de gallo, ese participio de presente que suele hacer felices a los examinandos (1). *Yo doy fe de que lo fui en aquel entonces. Luego supe que este profesor dejó la cátedra para abrir una pastelería muy cerca del colegio en que yo estudiaba. La bautizó con un nombre que nunca he llegado a comprender y que ya entonces me resultaba tan inexplicable como su facial calibre. Aquel nido de golosinas, donde se expendía chicle-globo y mentoladas napolitanas, se llamaba «El arte de España».*

Don Antonio Machado ha sido, como yo lo fui después, muy partidario de eludir la subjetividad por el procedimiento de la despersonalización, tarea intelectual que consiste—como se sabe—en contemplar eso que evidentemente somos, o eso que evidentemente constituye nuestro pensamiento, desde un ángulo cómodo de estricta neutralidad estimativa, en donde nuestro cansado espíritu no tiene voz ni voto. Resulta poco frecuente esa difícil estatura justamente necesaria para nuestra propia contemplación. En 1954 diría Rafael de la Vega—se dicen muchas cosas cuando aparece un libro que no es como los otros—que «nunca la literatura española desde Abel Martín y

(1) Conservo la papeleta de examen fechada en 9 de junio de 1934.

Juan de Mairena» había asistido a ese tipo de trasposición anímica que se producía en aquel libro mío que entonces salía tímidamente a la luz (2). *Esta concomitancia de procedimiento con don Antonio me honraba, no por vanidad, sino como humildísima consecuencia de mi admiración por el poeta sevillano. Machado es quizá, de todos nuestros poetas contemporáneos, el más permanente, el más íntegro por definición. Me hubiese gustado mucho, entonces, haber abordado aquel rostro inmóvil de noble frente que resultaba a mis ojos* cerrada por inventario *de recuerdos y se ensanchaba en una pereza contemplativa caballera de mundos remotos y de anchas evocaciones, hermoso material, rescatado con vida en el derribo de sus sueños, para cimentar en los libros el templo de su ideario. Hubiera querido partir desde mi infancia hasta su infancia—desde el claustro calasancio al patio sevillano de Las Dueñas, desde la hipotenusa pitagórica con capón debajo del pelo hasta las liberales disertaciones de Giner de los Ríos en la Institución Libre de Enseñanza, cuando se hablaba de Lerroux, de la Ceda y de Samper—. Mi infancia estaba amordazada por esas soporíferas disciplinas que nos hacían estériles a todo contacto vital. Cuando jugábamos al diablotín—un cuadro metálico en el que había que poner en orden una decena de la serie natural de los números utilizando un solo hueco libre—o nos divertíamos con el truco del estraperlo—ingenuo chirimbolo nacido del* affaire *Lerroux-Salazar—y cuando practicábamos la engañosa docilidad del* yo-yó, *se adherían pasquines en los sillares*

---

(2) «Pedro el ciego», *Insula,* Madrid, 1954 (N. del E.).

del nuevo Instituto Calderón de la Barca, deseando entre signos de admiración que viviese la F.U.E. y estropeando el anuncio de las actividades de La Barraca,*agrupación dramática que Lorca—el mocito que llevó Domínguez Berrueta a Baeza—acaudillaba con su contagiosa inquietud. Yo hubiera querido sorprender en la noble frente de Machado la pena de París en el vómito trágico de Leonor, mínima y absorta como un pájaro desnortado, el polvo gris sobre el archivo de una cancillería en la que era posible dirigirse a un presidente de la República en versos alejandrinos, pidiendo un aumento de subvención para material de oficina; el París del Colegio de Francia y, sobre todo, la adusta Soria de Leonor que espantaba las turbas pasajeras a los aires de Alvargonzález y Salduero, o la Baeza de los tristes atardeceres del alma agónica de Machado en la plaza del Pópulo oscureciendo las crestas almenadas del Arco de la Carnicería.*

Todo aquello fue su mundo. El mío, en aquel entonces, fue algo más que la sucesión de diez tacos de calendario. Todavía estaba cercano el acontecimiento de mi primera comunión y, sin embargo, leía a escondidas los versos del Aretino y me sentía poeta en ciernes y me trazaba, como Petrarca o Herrera, una musa—¿qué Quijote no ha visto a Dulcinea?—al estilo de Laura o de la condesa de Gelbes. Era una forma de conjurar la llegada de mi inevitable primavera lírica. Y esa profunda mirada que espiaba el movimiento de mis labios en gabacha zozobra, era la misma que fue aludida por Rubén Darío.

Misterioso y silencioso
iba una y otra vez.

Su mirada era tan profunda
que apenas se podía ver.
Cuando hablaba tenía un dejo
de timidez y altivez
y la luz de sus pensamientos
casi siempre se veía arder (3).

Era entonces cuando Juan de Mairena asomaba a las páginas del Diario de Madrid *después de las noticias sangrientas de la revolución de octubre en Cataluña y Asturias. Lorca ya había estrenado «Yerma» con Margarita Xirgu. Don Antonio, al terminar la jornada en aquel cálido nueve de junio, al que yo me contraigo con precisión celosa, abrumado por la limpidez implacable del cielo madrileño, en su afición andariega, bajaba por el paseo de Alberto Aguilera hasta asomarse ritualmente al* café Comercial. *Era aquél un paseo tranquilo. Don Antonio —cotidiano* boulevardier*—, a golpe de bastón, protegido por el sol, por su vasto chambergo, soñando en las delicias del* dry cleaning, *hacía algo que hoy sería para nosotros una vana pretensión de hombre irrazonablemente tranquilo. El coche ha rellenado todos los huecos y todas las cárcavas y vacíos que encontrábamos en el tiempo. ¿Qué pensaría de eso el andariego poeta?... Y don Antonio, con tiempo para todo, llegaría a General Arrando, número 4. Saludaría a su hermano José.*

—Hola, Pepe... Cómo huelen las acacias en junio...

Y besaría a su madre.

---

(3) Del poema de Rubén Darío que figura al frente de las *Poesías Completas,* de Machado, Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1946, sexta edición. Siempre que citemos textos poéticos de Machado lo haremos de la expresada edición.

—Un beso, niña... Huele que alimenta...

Y dejaría el bastón en el perchero y su sombrero, su prenda capital ajada y macilenta, sobre la cama de hierro, y por eso le trajo mala suerte. En su sillón frailero, junto al balcón, ante su barrio residencial donde ya no había niños saltando a pídola o imitando las hazañas de «Flash Gordon» o del mago «Merlín», ojearía las cuartillas donde estaba escrito el mensaje profesoral de Juan de Mairena. En años sucesivos, en aquel soleado rincón seguiría preparando las incidencias de su íntimo sosias, hasta llegar a El Sol, *astro rey de la cotidiana literatura* (4).

Siempre permanecerá indeleblemente grabada en mi memoria la mirada de aquel profesor de oriental estatismo, pétreo y senequista como el silencio, berroqueño y sobrio por naturaleza, elemental y grandioso como el tiempo, porque Juan de Mairena—todos lo sabemos—era un poeta temporal, y Machado—fiel al origen simple de las cosas—nace en Berceo. Y él mismo nos lo dice en uno de sus poemas, donde la admiración por el clérigo de San Millán de la Cogolla parece como su punto de partida:

El primero es Gonzalo de Berceo llamado,
Gonzalo de Berceo, poeta y peregrino,
que yendo en romería acaeció en un prado,
y a quien los sabios pintan copiando un pergamino.
Trovó a Santo Domingo, trovó a Santa María,
y a San Millán, y a San Lorenzo y Santa Oria,

---

(4) Cuando inicia sus colaboraciones en *El Sol*—1920—, lo hace al propio tiempo en *Los Lunes del Imparcial, La Lectura* y *La Pluma*. En la época a que yo me contraigo —1934—, ha comenzado a publicar Juan de Mairena en el *Diario de Madrid*. Al año siguiente las seguirá publicando en *El Sol*.

y dijo: mi dictado non es de juglaría;
escrito lo tenemos; es verdadera historia (5).

Esta desnudez de elementos tan armónicamente concertados, esta fusión de pitagórico ritmo y medida, hace que la arquitectura poética de Machado tenga una solidez casi alucinante. Yo seguía contemplando su inmovilidad, tras de la mesa profesoral que semejaba un desmesurado plinto, un monumento vivo. Machado era andaluz por su cuna, porque el regusto irónico de muchos versos suyos lleva el ángel de la marismeña sal, la sal justa para que no se empañase su lenta mena conversadora poco pródiga, menos eutrapélica y a menudo profunda. Machado era castellano aguerrido como una terca piedra; quijoteril y empecinado, aunque con otro ritmo, como aquel don Miguel, el segundo en su cohorte de buenos poetas, el que seguía a Berceo en el bien decir de los versos:

Este donquijotesco
don Miguel de Unamuno, fuerte vasco,
lleva el arnés grotesco
y el irrisorio casco
del buen manchego. Don Miguel camina,
jinete de quimérica montura,
metiendo espuela de oro a su locura,
sin miedo de la lengua que malsina (6).

Machado—lo decía su frente pensativa—estaba absorto al mismo tiempo en distintos estratos de la realidad. Y también le cabía Rubén con toda la orgía de su color, aunque su camino era distinto, como él

(5) P. C., *op. cit.*, pág. 245.
(6) P. C., *op. cit.*, pág. 246.

mismo había manifestado. Cabía en su corazón con todo su color, con todo su inútil arrebato, con toda su pasión brotada en una ebriedad dionisíaca.

> *Este noble poeta, que ha escuchado*
> *los ecos de la tarde y los violines*
> *del otoño en Verlaine, y que ha cortado*
> *las rosas de Ronsard en los jardines*
> *de Francia, hoy, peregrino*
> *de un Ultramar de sol, nos trae el oro*
> *de su verbo divino* (7).

Llegaría la muerte de Rubén, y Machado—mimético, noblemente mimético en honor suyo por respeto al maestro y por alarde también de sus buenas facultades—cantaría, como el císneo esteta, con el mejor de sus registros:

> *Si era toda en tu verso la armonía del mundo,*
> *¿dónde fuiste, Darío, la armonía a buscar?*
> *Jardinero de Hesperia, ruiseñor de los mares,*
> *corazón asombrado de la música astral...* (8).

Ha pasado mucho tiempo. Hoy reúno mis impresiones para hablar sobre don Antonio Machado. Tengo ante mí su conocido retrato en que aparece sentado junto a la mesa del café, ensombrerado y entre triste y risueño, con los puños de almidón y las manos robustas descansando sobre el cayado. Qué gran paramento de cristalería. Una jarra de agua con tapadera automática y copas anchas y oferentes, disuelta ya la vanidad del blanco azucarillo... Ahí estás, don Antonio. Y tras de ti, proyectado en el espejo, está, ha-

---

(7) P. C., *op. cit.*, pág. 241.
(8) P C., *op. cit.*, pág. 241.

ciéndote guardia, velando la majestad de tu verbo, el solícito echador de recuelo, firme como una cariátide, como algo ya muerto en el propio símbolo, con las piernas amortajadas por una sábana con manchas de café. Subsiste en ti la mirada enigmática con que llegaste a mi infancia, con que te retrató Rubén, como una premonición de algo que yo sabría más tarde.

MACHADO, EL HOMBRE

El tiempo consagra a los poetas por muy distintos motivos. Si Machado, además de poeta, no hubiese sido un hombre rotundamente puro y humano, hoy no sería un símbolo.

Si la sangre de Lorca no hubiese empapado las tierras de Víznar, el poeta de Granada no sería un mito.

He puesto dos ejemplos andaluces: la permanencia clásica y el duende.

Infancia

La noticia de los delfines nos la da Machado de muy buena tinta. De la buena tinta de don Juan de Mairena, que acapara con precisión los más distantes recuerdos, incluso éstos que son negativos por hallarse a la izquierda de su viva cronología. De Machado se sabe todo porque ha dejado escrita su biografía en el corazón de sus poemas y hasta en los arrugados papeles que un buen día entregó a su amigo Azorín. Mercedes Fórmica me había hablado de estos papeles que el pequeño filósofo entregó en vida a su buen amigo el doctor don Francisco Vega Díaz (9). Hasta su pensamiento extracordial y especulativo se quedó en la opinión apócrifa de un filósofo bergsoniano.

---

(9) En cuanto a la autobiografía que Azorín entregó al doctor don Francisco Vega Díaz, Rafael de Penagos publicó en *ABC* un artículo refiriendo la entrevista que, en compañía de Emilio Gascó Contell, hizo al escritor monovarense. Allí pudo dar lectura al preciado documento. Unas doce cuartillas partidas por la mitad, probablemente escritas en 1912. Parece ser que estas notas estaban destinadas

Quien más, quien menos, habrá oído hablar de eso de los delfines. Cuidado con las falsas intuiciones. El republicano platónico no alude a las tiernas criaturas palatinas que eran *boccato di cardinale* para los tercos de la revolución y para los cívicos apetitos de los *sans coulottes*. Mairena se refiere a los otros. A esos mamíferos superdotados que fueron en España los adelantados del turismo. En cuanto tuvieron noticias de Sevilla dejaron el mar a la puerta y, como Jonás con la ballena, subieron escaleras arriba sin encomendarse a Dios ni al diablo y se atrevieron a besar los labios de Uad-el-Kebir. Menudo alboroto armaron en el barrio de la Magdalena. Pero Mairena nos lo cuenta, como es lógico, con mayor precisión:

> *Y fue que unos delfines, equivocando su camino, y a favor de la marea, se habían adentrado por el Guadalquivir, llegando hasta Sevilla. De toda la ciudad acudió mucha gente, atraída por el insólito espectáculo, a la orilla del río; damitas y galanes, entre ellos los que fueron mis padres, que allí se vieron por vez primera* (10).

Inescrutables designios del Sumo Hacedor. Porque resulta perfectamente verosímil aceptar que si a los cetáceos no se les hubiese ocurrido cambiar de aguas, la poesía española no contaría hoy con uno de sus más definitivos e indiscutibles poetas.

Esto ocurría en los días de la Restauración monárquica de Alfonso XII, con Cánovas al frente del

---

a una antología poética que iba a hacer Azorín y que luego no hizo, en 1917.

(10) *Juan de Mairena* (Para la biografía de Mairena), Ed. Losada, Buenos Aires, 1957, tomo II.

Gobierno. La hermosa Ana Ruiz conoció a Antonio Machado Alvarez, que era hijo de un gran personaje. Nada menos que el hijo de don Antonio Machado Núñez, que había sido gobernador de Sevilla en el Gobierno provisional de Prim y había llegado a ser después rector de la Universidad hispalense (11). El 29 de agosto de 1874 nacía del joven matrimonio el poeta Manuel Machado. El 26 de julio de 1875 venía al mundo Antonio. La caza del catedrático con el arma burocrática del expediente, era un deporte que ya practicaba con rara habilidad el marqués de Orovio en el Gobierno de Cánovas, al final del reinado de Isabel II. Ahora, de las mismas manos, nacía un decreto represivo como solución heroica en la mentalidad del ministro, por el que se autorizaba la supresión de la libertad de cátedra. Tal actitud promovió el consiguiente revuelo universitario. Comenzó como consecuencia de las protestas de un grupo de catedráticos que se quedaron automáticamente separados de sus cátedras. Un hombre íntegro, de noble carácter y aparatosa elocuencia—don Emilio Castelar—se solidarizó hasta tal punto con la enconada protesta, que renunció a su cátedra de Historia en la Universidad Central. La más crítica de las medidas que pudo tomar aquel Gobierno fue la detención de don Francisco Giner de los Ríos, catedrático de Filosofía del Derecho, disciplina que acaso fuera una de las más profundas e interesantes que existían en las ramas del saber para poder detectar la grave sintomatología de los destinos de España en aquella época. Giner había dicho que jamás consentiría en some-

(11) Lo fue por dos veces. Al final de la primera etapa de su rectorado fue nombrado Gobernador.

ter su enseñanza a otro criterio que no fuese el de su propia conciencia (12). Y resulta evidente que en el terreno pedagógico es necesaria, como el agua para la vida, la estricta libertad, si lo que se prefiere es una formación auténtica en vez de una represión o una limitación de los valores potenciales del hombre neciamente sacrificados por una aparente y fugacísima tranquilidad. España estaba desangrada. El preferir una tranquilidad cívica, un mantenimiento más o menos enterizo de la tensión interior, era simple y llanamente una cobardía en la que Castelar no quiso tomar parte. Giner fue detenido y trasladado a Cádiz. Azcárate y Salmerón se vieron desposeídos de sus cátedras. El abuelo de Antonio Machado era un hombre recio, dotado también de una sólida contextura intelectual. Midió el tamaño de la injusticia política que sobre aquel momento histórico gravitaba y el *krausismo español* tuvo en su tesonera insistencia la fuerza coercitiva de un mito. Fernando de Castro, rector de la Universidad Central, fue el gran colaborador para la consecución de aquel sueño morosamente larvado que se llamó *Revista de Filosofía y Ciencias*.

La Institución Libre de Enseñanza, cuyo artífice fue Giner de los Ríos, ahora apresado en el castillo de Santa Catalina, en Cádiz, iba tomando caracteres de auténtica realidad. Nada sobornaría a Giner para desistir de sus proyectos. Y tampoco para adelantarlos hacia una realidad más inmediata. Por eso rechazó la solución ofrecida por los ingleses de crear la Universidad Libre de Gibraltar. España ha sido

(12) Emplea estos términos en escrito dirigido al rector de la Universidad el 25 de marzo de 1875.

reacia siempre, hasta en sus más flácidas situaciones políticas, a postergar su concepto, más o menos depurado, del patriotismo.

Por fin nace la Institución Libre de Enseñanza, en 1876. Y en este ambiente se informa la realidad pedagógica de los Machado. Los Machado, que ahora son tres, porque también se añade a la dinastía el pintor José, que de momento, como es lógico suponer, no pinta nada.

Resulta muy importante para un poeta eso de nacer en un palacio. Y si no, que lo diga Rubén, eterno proferidor de adjetivos entre sus respiros de ajenjo, que sabe tanto de ir haciendo almoneda de un pasado opulento con entorchados de entristecida nostalgia. Antonio había nacido en el palacio de Las Dueñas —propiedad de los duques de Alba—sin previa intención, aceptando su *fatum* con agudos vagidos (13). Fue como un milagro, discorde en el tiempo, de aquellos dioses de Rubén. Posible efecto prematuramente logrado por el *amén* más pagano que jamás haya podido invocarse:

Ruego por Antonio a mis dioses.
Ellos le salven siempre. Amén (14).

Y por eso pudo decir don Antonio Machado, cuando tuvo voz para ello:

Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla,
y un huerto claro donde madura el limonero;

---

(13) El Palacio de las Dueñas fue adquirido por los Duques de Alba en 1612. Perteneció antes a la casa de los Pineda y a doña Catalina Ribera, esposa del adelantado don Pedro Enrique.

(14) P. C., *op. cit.*, pág. 7.

mi juventud, veinte años en tierra de Castilla;
mi historia, algunos casos que recordar no quiero (15).

Qué escueta biografía desde una *razonada y concreta* emoción lírica. Y no sé por qué en todas nuestras nostalgias hay dormida una secreta fontana. Pido perdón por el diminutivo italianizante. Me gusta fonéticamente y lo adopto como lo hizo también un purista, a su modo, como don Antonio Machado. Lo decía por la fuente líricamente añorada por el maestro, esa fuente biográfica tan necesaria en la vida del poeta (16). No se concibe a un poeta sin fluencia, sin sucesión, sin discurso, sin fantasía, sin creación, sin definitiva verdad en el fondo de su noticia. Es muy importante nacer en un palacio porque lo quiso Dios y tener una fuente para poder sonorizar una infancia. ¿Cómo contemplar una infancia sin música a lo lejos? Yo tengo para mí el sordo rumor del agua cerca de mi cuna en Granada. Mi infancia también es una fuente, un silencio lejano. Un silencio del agua proclamando soledades. Tilos, cipreses, tristeza, rumores imposibles, inventados con andaluza hipérbole sobre el cañamazo del recuerdo. Federico dice:

Mi corazón reposa junto a la fuente fría.

Dámaso Alonso cantará partiendo la granada del tedio, entre Alfacar y Víznar, la Fuente Grande o de las Lágrimas...

¡Ay, fuente de las lágrimas,
ay, campos de Alfacar, tierras de Víznar! (17).

---

(15) P. C., *op. cit.*, pág. 103.
(16) *Esta luz de Sevilla... Es el palacio*
donde nací, con su rumor de fuente. (Ibíd. pág. 329).
(17) *Oscura noticia,* Dámaso Alonso, *Hispánica,* Madrid, 1954.

El sonsonete de la tabla de multiplicar ensordecía gratamente en el patio de la escuela de párvulos de Antonio Sánchez. Qué raro se me hace que en Sevilla *sinco* por cuatro fueran veinte en pleno curso de 1880 y con toda la vida por delante. Pero en ello se empeñaba el profesor y así lo repetían Manuel y Antonio, Joaquín y José. Cuatro Machados ya, *remachando* el soniquete.

—*Sinco* por cuatro, veinte. *Sinco* por *sinco, veintisinco*...

Y llega Sagasta al poder y resulta que aquel cálculo de la tabla del *sinco* iba a misa. Y tenía razón Antoñito Machado ceceante, tímido y pasivo, que ya leía de corrido cuando el *malvado capicúa* (18) vino al mundo en Moguer y Ramón Pérez de Ayala limitaba al Norte con el mar Cantábrico...

Doy un salto a Madrid—y me duele hacerlo—por pura necesidad de síntesis. Quiero llegar en este capítulo hasta la *prehistoria* juvenil de Machado. Así califica esta etapa Aurora de Albornoz en su libro *La prehistoria de Antonio Machado*. Corresponde al deslumbramiento del poeta ante las reuniones literarias, al Machado actor de poco fuelle, al Machado inquieto colaborador de *La Caricatura* (19).

Antonio y Manuel ingresan en la Institución Libre de Enseñanza. Estamos ya en 1883. La calle de Claudio Coello está en pleno barrio del ensanche proyectado contra viento y marea por el jacaran-

---

(18) Se dice *malvado capicúa*, por la simetría de las iniciales de Juan Ramón Jiménez y por la preferencia que este poeta tenía por el color malva.

(19) Para la localización de esta etapa, véase el libro *La prehistoria de Antonio Machado*, de Aurora de Albornoz. Ed. La Torre. Universidad de Puerto Rico, 1961.

doso marqués de Salamanca. Madrid ha empezado a parecer una ciudad menos provincial, menos íntima y menos polvorienta, pero todavía transitan borregos por la cañada real. El nuevo trazado es limpio, el ambiente sano y residencial, pero naufraga, zozobrante, el tipismo, y uno va por inercia buscando los vientos cálidos y acogedores del Salón del Prado. Todavía alienta el Madrid de los coches de punto con capota y traspuntín, el de los cafés románticos y el de los vendedores de plátanos *a treinta la media*. El Madrid de los limpiabotas, chuletillas y mozos de cuerda, que desesperaba a León Trotsky (20). El barrio de Salamanca era como la mitad del camino entre el origen del hombre y el Paraíso. El paragüero lañador era acaso la única nota discordante de la siesta, esa siesta importada del Sur o de los trópicos, herencia de los buenos tiempos. Costumbre de la sopa boba para esa filosofía resignatoria del desoficio. Cocido y principio para forasteros por una peseta. Plata abundante en los caminos de la reciente soldada. Pesado cobre en las operaciones cotidianas. Por los *ecos de sociedad* se sabe que don José Ortega y Munilla es padre de un hermoso niño al que le ha impuesto el nombre de José. Antonio Machado tiene ocho años.

> *Me eduqué en la Institución Libre de Enseñanza. A sus maestros guardo vivo afecto y profunda gratitud* (21).

Es muy fácil creer en la gratitud de Machado. El sabe perfectamente que Costa, Giner, Cossío, son su

---

(20) *Peripecias en España,* por León Trotsky. Traducido por Andrés Nin y prologado por Alvarez del Vayo.
(21) Prólogo de Machado a sus *Poesías,* edición 1917.

verdadero sustentáculo intelectual. La Institución se muda de sitio. Los Machado se ven obligados a situarse en relativa proximidad al centro docente. En Madrid no hay problema de pisos. La austeridad pone bandera blanca en los balcones. No existe la propiedad horizontal. Sólo en los nichos del camposanto uno puede costearse la propiedad yacente. El barrio en que ahora habita la familia es más popular. La calle de Santa Engracia. Ahora están más cerca de la Institución, pero hay un pequeño bache en la economía de los Machado. Los tiempos se hacen difíciles. Los niños crecen, las exigencias son mayores cada vez. El padre se va a Puerto Rico. Tiene el propósito de ejercer su cargo de registrador de la propiedad. Sus estudios folklóricos, tan poco lucrativos, no eran bastantes para la cobertura del módico presupuesto. Nos pone en la pista de esta difícil estapa Heliodoro Carpintero en un trabajo que publica en la revista puertorriqueña *La Torre* (22). Anotamos las impresiones de Adolfo Hostos sobre el aspecto y circunstancias de la isla. La bulliciosa ciudad intramuros contaba con unas mil casas de piedra y ladrillo, la mayor parte con azoteas...

> *En 1880 comenzó a funcionar sobre una vía estrecha el tren de Uribarri, con dos vagones, que partiendo de la plaza de Colón, llegaba a una velocidad máxima de nueve millas por hasta Río Piedras, distancia que cubría en bastante más de una hora.*

El ambiente antillano le vino un poco ancho al nuevo registrador. Ana Ruiz esperaba sus cartas, pero

---

(22) Revista *La Torre*. Universidad de Puerto Rico, números 45-46, enero-junio 1964.

un silencio un tanto delator procuraba una atmósfera enrarecida en el hogar de los Machado. El padre tuvo que venirse. Murió en Sevilla a donde Ana Ruiz había ido a recibirle. Sus hijos no llegaron a verlo. Sevilla lejana, la tierra de los inmarcesibles recuerdos de Antonio...

Esta luz de Sevilla... Es el palacio
donde nací con su rumor de fuente.
Mi padre en su despacho. La alta frente,
la breve mosca y el bigote lacio.
Mi padre aún más joven. Lee, escribe, hojea
sus libros y medita. Se levanta;
va hacia la puerta del jardín. Pasea.
A veces habla solo, a veces canta.
Sus grandes ojos de mirar inquieto
ahora vagar parecen, sin objeto
donde puedan posar, en el vacío.
Ya escapan de su ayer a su mañana;
ya miran en el tiempo, ¡padre mío!
piadosamente mi cabeza cana (23).

Ha venido la muerte. El jefe de la familia deja vacío su sitial. Los tiempos son difíciles. Habrá que remontar la dura situación. Dos mujeres son el relevo: la abuela y la madre de Machado.

La juventud del poeta se inicia tristemente afectada por una dolorosa realidad. Machado lucha con sus soledades. El hombre se forja sobre un dominio de sensaciones. Antonio se consigue hacia adentro. Madrileño adoptivo, andaluz remoto y desarraigado, como yo. Vendido por completo a su nostalgia, rescatado de pronto en el amor, activo y contundente en la poesía...

---

(23) **P. C.,** ***op. cit.,*** **pág. 329.**

Mi juventud, veinte años en tierra de Castilla...
Mi adolescencia y juventud son madrileñas... (24).

Poco a poco, Madrid va entrando en su vida. Conoce los *tablaos* flamencos, y el duende del teatro le desasosiega. Conoce por dentro el escenario del Español y llega a actuar de meritorio en la Compañía Guerrero-Mendoza (25). Madrid se muestra todavía elemental y provinciano. Cito el sugestivo esbozo que hace a este respecto Manuel Tuñón de Lara:

> *En aquel Madrid y en aquella España, parecía muerta la poesía, a manos de Campoamor o de Núñez de Arce. Triunfaba don Benito Pérez Galdós en la novela (1895 es el año en que termina la serie de los Torquemada y el año de Nazarín), y en el teatro, aunque proseguía la dictadura del conformismo de Echegaray, apoyada por la gente «bien» que pagaba plateas y butacas de patio. Y un joven catedrático, Miguel de Unamuno, sacudía las rutinas mentales al publicar «En torno al casticismo»* (26).

Me identifico con Manuel Tuñón de Lara respecto a la coyuntura poética del momento. Siempre me ha parecido benigna la apreciación de mi maestro y amigo Gerardo Diego ante la obra de Núñez de Arce. Recojo aquí unos conceptos alusivos de su discurso pronunciado en la Cátedra de Antonio Machado, en Soria, donde enumera los poetas que posiblemente hayan podido contribuir a la formación machadiana (27):

---

(24) *Ibídem.*

(25) Su actuación es muy poco brillante. Se conforma actuando como partiquino.

(26) *Antonio Machado, poeta del pueblo,* de Manuel Tuñón de Lara. Nova Terra, Barcelona, 1967, pág. 20.

(27) *Cátedra Antonio Machado.* Primer Cuaderno, Soria, 1960. *Soria en la poesía de Antonio Machado,* por Gerardo Diego.

¿Y el siglo XIX? ¿Zorrilla, Rivas? Escasa huella dejaron en el poeta de «Campos de Castilla». Otra cosa sería si atendiésemos al autor, al co-autor con su hermano Manuel, de comedias en verso. Más cerca ya, y aparte Bécquer, el castellano Núñez de Arce, el poeta del «Idilio» con su magistral descripción del campo y sus faenas y su añoranza de la niñez. Sin duda D. Gaspar sería muy leído por el joven Antonio en sus años mozos madrileños y de él aprendería el gusto por la rotundidad del verso, por la plasticidad de bulto que ya sentía de instinto. Sin embargo, ni Núñez de Arce ni su discípulo Ferrari, el descubridor poético de «Las tierras llanas», explican en lo más mínimo la peculiar sensibilidad de nuestro poeta ante una ciudad y una tierra de Castilla.

No deja de reconocer el maestro Gerardo en su aguda exégesis que Vicente Wenceslao Querol llega a superar a Núñez de Arce, incluso desde una óptica de pura estética, y por eso añade:

su retina es más delicada y luminosa y cromática y sobre todo su corazón más tierno y abandonado al puro sentimiento (28).

Y es entonces cuando acusa un paralelo Querol-Machado, como poetas cantores de la ausencia que difieren por el catolicismo y agnosticismo que cabe, respectivamente, a cada poeta.

Yo me reafirmo en mi intolerancia respecto a Núñez de Arce, a Campoamor e incluso a Querol, y pido perdón a Vicente Gaos, reivindicador inteligente *ad absurdum* del autor de *Las Doloras*, y clamo, sin embargo, por la inyección vitalísima de Rubén Darío, que apoyó con su ritmo a Machado para rescatar una auténtica poesía que equilibra el modernismo

(28) *Ibíd.*, pág. 17.

con el sentido filosófico y bergsoniano de nuestro poeta. Así lo entendió también Juan Ramón Jiménez en juicios que más adelante desempolvaremos. Machado descubre a Castilla con Azorín y consigue sin efectismos metafóricos la más auténtica sensación de entrañamiento lírico. Es la lírica de esa realidad castellana que incorpora brillantemente el noventa y ocho con la ayuda de Azorín, más plástico que patético. El patético era don Antonio Machado.

Después de esta digresión, vuelvo a coger el hilo de la Historia. Muere don Antonio Machado Núñez, abuelo del poeta. Son los días de su asidua colaboración en *La Caricatura.* Se han perdido las colonias. La muerte es siempre la temida noticia. Ganivet se suicida. Ha muerto un insigne granadino, pero el que le releva al instante tiene un nombre sonoro como un rumor de acequia. Se llama Federico García Lorca.

El *noventa y ocho* perdona a Castilla su desamparo, su desnudez. Pero esa desnudez, perdonada, resurrecta, es la guerra al Modernismo, que, con el cuerno de la abundancia—de una abundancia puramente retórica—, nos había inferido la herida mortal, aunque cicatrizante, de una versificación sonora y logomáquica. Hasta que vino la generación del veintisiete a restañar la desgarradura del pintoresco cuerno dando los tres avisos reglamentarios. Y España se recupera en su lírica bajo la clásica perennidad machadiana.

París

El signo de las reuniones de doña Victoria Minelli era el de la jovialidad (29). Reuniones democráticas, de puerta abierta, en las que se procuraba el ameno solaz. Es cierto que, a veces, el ingenio puede ser o parecer un módulo insustituible, y eso de *pasarlo bien*, cosa harto fácil en casa de doña Victoria (30), podía llenar permanentemente un objetivo, haciendo sentir a los circunstantes la grata sensación de haber cotilleado con donaire de las tantas cosas que ocurrían en un Madrid pequeño, plácido, comunicativo y alegre, donde un estreno de Antonio Zayas constituía extraordinaria noticia. Allí los partidarios de Calvo o de Vico podían llenar la conversación matizando sus preferencias. Pero don Antonio Machado, tan abierto

(29) Véase el libro *Vida de Antonio Machado y Manuel*, por Miguel Pérez Ferrero. Col. Austral, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1953.

(30) Era fácil abordar el tema del teatro, que absorbía por completo a Machado. El ha actuado ya en la Compañía Guerrero-Mendoza, haciendo de asirio en una obra de Calderón. Véase *op. cit.*, pág. 46.

a todos los vientos, tan fácil de hallar y de abordar con su continente entre tristón y enigmático; tan a mano siempre, tan posible, prefería, mejor que el cafe de la Marina, que las noches de doña Victoria Minelli, o que las madrugadas por lo fino del cante, con la Camisona o la Macarrona; prefería, digo, en vez de todo aquello, el mundo austero y tranquilo de don Eduardo Benot. Benot había sido ministro en la primera República (31). A su tertulia acudió Pí y Margall y Nicolás Estévanez. Porque don Antonio era un hombre perfectamente serio. Desde su ángulo mental percibía con toda claridad esa frontera que inevitablemente establecía de un modo ideal. Una frontera teórica, entre el mundo de doña Victoria Minelli y la realidad responsable de don Eduardo Benot. Allí, la juventud de Machado pudo encontrar la base de su sentido crítico, de su inconformismo ante esa pléyade de imperfectas rebabas que dejaba la dura impronta de nuestra realidad social y política. Porque el sentido de la justicia en don Antonio era algo consustancial que le llevaba ineludiblemente a aquel paraíso metafísico de su lírica desmetaforizada o de las especulaciones de sus íntimos complementarios. En las reuniones de Benot adquirió la índole de su espíritu polémico, transformado en eterna ebullición, porque jamás fue capaz de extravertirse. Toda su polémica consistió en edificar paulatinamente su filosofía bergsoniana y en un ir depurando su formación humanística. Para un espíritu de pura grande-

(31) Antonio y Manuel Machado colaboran en el *Diccionario de Ideas afines,* por ofrecimiento de Benot. Prueba de la estrecha amistad entre don Antonio y Benot es el poema que le dedica, *Fantasía de una noche de abril.*

za, como era el de Machado, el espectáculo que ofrecía el *noventa y ocho* tuvo necesariamente que dejar una honda huella. El *noventa y ocho* fue para don Antonio un toque a rebato para decidirse a establecer lo que ahora se llama una toma de conciencia. Don Antonio se dio perfecta cuenta de que a España había que amarla en lugar de hacer su exégesis con hueca y adjetiva trompetería, cuando aún estaban humeando sus calcinadas ruinas. Y aquella fue la misma postura adoptada por don Miguel de Unamuno y por las más conspicuas figuras de la llamada generación del noventa y ocho. No hay contradicción en posteriores evoluciones, sino revisión de pareceres. Quizá el más imperturbable de todos nuestros hombres de la discutida generación haya sido don Antonio Machado, que en realidad se consideraba un tardío advenedizo. En toda su actitud está presente la opinión de Giner, de Costa, de Benot y de Ganivet. Es indudable que también don Ramón del Valle-Inclán era consciente de la situación española, pero, fiel a su manía estética y a sus histriónicas arrogancias, prefería ser intérprete de su extravagante y rico anecdotario (32).

Don Antonio no debió mostrarse muy locuaz ante Valle-Inclán. Su posterior homenaje es como una reparación ante su vieja y remisa actitud:

Yo era en mis sueños, Don Ramón, viajero
del áspero camino, y tú, Caronte
de ojos de llama, el fúnebre barquero
de las revueltas aguas de Aqueronte.

---

(32) Para contrastar la valoración machadiana de Valle-Inclán, consúltese el prólogo de A. M. a *La Corte de los Milagros.*

Plúrima barba al pecho te caía.
(Yo quise ver tu manquedad en vano.)
Sobre la negra barca aparecía
tu verde senectud de dios pagano.
Habla, dijiste, y yo: cantar quisiera
loor de tu Don Juan y tu paisaje,
en esta hora de verdad sincera.
Porque faltó mi voz en tu homenaje,
permite que en la pálida ribera
te pague en áureo verso mi barcaje (33).

El viaje de don Antonio a París tiene por antecedente la oferta que la casa Garnier hizo a su hermano Manuel. Manuel Machado empieza a traducir textos literarios para dicho editor en el mes de mayo de aquel año trágico de 1899. A principios de verano, Antonio no resistirá la tentación de conocer la capital del mundo culto. París, zona de tránsito, objetivo previo, tierra de nadie, oposición para la vida intelectual, polariza las inquietudes europeas, y la plaza de la Estrella o el palacio Real, el Montmartre o la plaza de San Sulpicio, pueden ser en cualquier momento escenario con caras conocidas, estación de nostalgia en el destierro, como en el caso de Oscar Wilde; puerto de la esperanza como en el caso de don Antonio; estrado para la vanidad, como en el caso de Rubén o de Gómez Carrillo; punto estratégico de observación para don Pío Baroja, polo opuesto a toda vanidad. París era entonces, como ha sido siempre: una tentación permanente para todo hombre con inquietud. El París que conoce don Antonio Machado corresponde cronológicamente a la sustanciación del proceso Dreyfus. El judío, a raíz de su indulto, había conseguido captar la atención no

(33) *Op. cit.*, pág. 313.

sólo de Francia, sino del mundo entero. Acaecían aquellos inquietos finales decimononos, cuando Zola, después de una dificilísima situación creada por su apoyo decidido al arrogante semita, vuelve a rescatar su casi perdida popularidad. París podría deslumbrar fácilmente a los *parvenus*. A París había que vivirlo, había que sabérselo como se lo sabía don Pío Baroja. Mejor que los propios franceses. Muchos de los contumaces, como Rubén—más nocherniego y ajenjista que curioso por la temperatura intelectual de su ambiente—, lo ignoraban. Dice Baroja en sus Memorias:

> *Yo no he tenido esa tendencia a la papanatería de muchos escritores españoles, italianos, americanos, para creer que un escritor o un artista, por vivir en París, sea una maravilla. El número de tontos en París es infinito, como en todas partes. Hay que ser un cándido para creer otra cosa. Yo le oía hablar a Rubén Darío de Moréas, de Villiers de l'Isle Adam, de Rémy de Gourmont, como de unos genios que quedarían en la historia del mundo. Paralelamente para él la Redacción del «Mercurio de Francia» era como la Escuela de Atenas. Esas son candideces que vienen de falta de sentido crítico. Yo he conocido gente que creía que Sully Prudhomme era el más grande de los poetas del mundo; a Joaquín Dicenta le oí decir que la muerte de Emilio Zola la sintió más que la muerte de su madre. Valle-Inclán, a raíz del estreno de «Cyrano de Bergerac», de Rostand, creía que era una revelación admirable, y para otros escritores, Anatole France había acabado con la literatura pasada, porque era el compendio de todo lo bueno escrito antes. Cosas así se repiten en todas las épocas, y en ninguna son ciertas* (34).

---

(34) *Obras Completas*, Pío Baroja, tomo VII. Biblioteca Nueva, Madrid, 1949 (Memorias).

Era la época en que, efectivamente, Anatole France había alcanzado su máxima consagración. Muchos de los personajes admirados papanáticamente se incluyen en *Los raros*, de Rubén Darío, quien, en su última edición, se ve precisado a confesar el haberse acercado «a algunos de mis ídolos de antaño» y haber «reconocido—dice—más de un engaño de mi manera de percibir» (35). Y aduce su razón «autumnal» para perdonarse a sí mismo sus pecados de juventud. Baroja tenía razón. Don Antonio no conoce a Rubén en su primera visita a París. Su estancia es breve, pero don Antonio no es un *snob* como los temidos por don Pío. La postura intelectual de don Antonio es sobria, caballeresca, humilde y sincera. Don Antonio goza de un gran espíritu receptivo. Capta, asimila y se proyecta en sí mismo. En esta primera visita a París conoce a don Pío Baroja. Con él inauguran ambos una tertulia junto a la estación de San Lázaro. El asunto Dreyfus—hay que decirlo con don Pío—sirvió para volver «locos a los franceses más sesudos» (36). Era un tema de vitalísima actualidad que servía fácilmente para entrar en liza, lo mismo a la puerta de la Sorbona que en el despacho de una redacción. El periodista, el estudiante, el hombre medio, tenían a Dreyfus en los labios como si, en cierto modo, la opinión favorable o contraria al judío francés definiese la ética de cada cual. Cabe pensar que, desde una pura posición intelectual, la inocencia de Dreyfus constituía la auténtica y válida opinión. Zola, aunque convencido de sus argumentos, le de-

---

(35) *Los raros*, Rubén Darío (Prólogo). Austral, Espasa-Calpe, Madrid, 1953.
(36) O. C., Baroja, *op. cit.*,

fendió, más que nada, para saltar al palenque de la actualidad, haciéndose notorio. Baroja, sin tomar partido, lo da por bueno. Los intelectuales de la Sorbona, también. Machado, sin duda, lo aceptaba así. Lo que ocurría es que la figura del encartado no era simpática para nadie y su simple arrogancia promovía el escándalo.

Machado tiene veinticuatro años y se encuentra un poco como gallina en corral ajeno ante el simbolismo poético y el impresionismo plástico. Fácil es comprender, ante la radiante juventud machadiana, la impresión positiva que le produjo la obra de Oscar Wilde. Para la cazurrería española del XIX, Wilde era un innovador sin precedentes, porque el ingenio era el ejercicio menos común en la sociedad española. ¿Cómo anteponer los dramas románticos de Tamayo o Zorrilla a la grandeza de *Salomé?* Nuestro humorismo seguía perseverando en el antecedente de la picaresca, en el aguafuerte y en el chafarrinón, en la befa y el esperpento. Valle-Inclán, con talento, hizo con todo eso estética. Una estética montada sobre un maravilloso lenguaje convencional. Sin embargo, don Antonio, en su bifurcación Martín-Mairena, tiene un cierto sello wildeano de fugacísima evasión. Cuando conoce al autor de «Dorian Gray» se le caen los palos del sombrajo. El y su hermano Manuel le ven por primera vez, según cuenta Pérez Ferrero (37), en el cafetín *Calisaya,* del bulevar de los Italianos. A Baroja también le conoce gustando las delicias del *café-crème.* Juntos deambularán por los rincones don-

---

(37) *Vida de A. M. y M.,* Pérez Ferrero, *op. cit.,* pág. 58.

de *on y trouve les plus bon marché*. La tertulia de San Lázaro la hacían en el *Criterium*.

Elías Zerolo dirigía en la editorial Garnier las ediciones españolas. Además de Machado, habían trabajado para dicho editor Román Salamero, el imponderable Gómez Carrillo, Bonafoux, Sawa y alguno más. Como Zola hizo con Dreyfus de modo oficial —jugándose el porvenir a una sola carta—, Bonafoux, colaborador de Garnier, actuaba continuamente en defensa de causas perdidas, pero con un estricto sentido de la justicia. Así fue capaz, aun a trueque de enojar rotundamente a su clientela, de vituperar a políticos de la izquierda y a «algún que otro fraile» (38), como escribe Baroja en sus Memorias. Y así lo hizo con Dreyfus. Las más peregrinas de sus opiniones, acaso fueran—como apunta don Pío—atreverse a decir en Francia «que los alemanes no eran sólo una reunión de soldados brutal y bárbara, como querían creer los franceses, sino que tenían grandes filósofos, grandes músicos, hombres de ciencia» (39). A propósito del autor de *Vidas sombrías*, traigo a colación la opinión que le merecía Gómez Carrillo. Físicamente no le resultaba grato. «Tenía unas manos de patán grandes y calientes», le molestaban los éxitos ajenos, «hacía de gendarme para los escritores españoles», «era uno de las rastacueros clásicos que vienen de América» (40). La referencia más curiosa de todas las que hace don Pío es la de la extraña vanidad de querer pasar por el denunciante que ocasionó la desgracia de la espía Mata-Hari. Me detengo en

(38) O. C., Baroja, *op. cit.*
(39) *Ibídem.*
(40) *Ibíd.*

este personaje, porque por Gómez Carrillo conoció don Pío a los hermanos Antonio y Manuel Machado. Estando ellos ante el *Moulin Rouge*, Carrillo fue el que, muy decididamente, se levantó para abordar al autor de la *Balada de la cárcel de Reading*. Ya he dicho antes que Pérez Ferrero sitúa este encuentro en el café *Calisaya*. En opinión de Baroja, Oscar era un hombre extraordinariamente alto y desgarbado, vulgar, «la cara larga, pálida y un poco caballuda» (41). La figura de Oscar Wilde nada tenía que ver con su vida pretérita. En su humana ruina no había, ciertamente, grandeza, pero ¿la hubo alguna vez? Los triunfos de Wilde fueron los ecos de un ingenio frívolo completamente provisional. Gran estilo, alarde fabulatorio, pero escasa enjundia. Hace la crítica de aquella sociedad de la que se sirve y en la que se inserta. El ingenio es elemento sólido y permanente cuando se apoya en algo sólido y permanente. En todo caso, Wilde fue su propia víctima. Baroja, ante el homosexualismo no se inhibe. Son múltiples sus reacciones condenatorias, y muchas de sus opiniones tienen hoy absoluta vigencia. ¿Cómo vio don Antonio Machado a don Pío? Nos remitimos al documentado libro de Miguel Pérez Ferrero sobre Baroja, recurriendo a la anécdota en que queda manifiesta la gran humanidad de don Antonio (42). La cosa ocurrió en un bistró frecuentado por los Machado. La discusión giraba en torno a la impresión que producía Baroja en los circunstantes. Una muchacha con aire de española, muy celebrada por los asiduos, se atrevió a juzgar a los españoles como «agrios, desdeñosos e

(41) *Ibíd.*
(42) *Pío Baroja en su rincón*, Miguel Pérez Ferrero.

insociables», que es justamente lo que a nosotros nos parecen los franceses. Baroja, ante aquella opinión, preguntó—cito textualmente del libro aludido—:

«—¿Yo como todos?

»Ella contestó:

»—Usted parece un *voyou de la banlieue* (un randa de las afueras).

»Entonces el joven que la acompañaba, con frases nada amables, pero empleando un tono de sinceridad amistosa, dijo que no parecía exactamente eso; pero que su cara era pesada y brutal.

»Antonio Machado, que se hallaba presente, intervino con su opinión:

»—Si en este momento entrase aquí—dijo—un hombre con la misión de entregar un mensaje a quien tuviera el rostro más humano de todos los circunstantes, sin ninguna vacilación se lo daría a Baroja» (43).

Y, poéticamente, Machado le obsequió con este retrato:

En Londres o Madrid, Ginebra o Roma
ha sorprendido, ingenuo paseante,
el mismo «taedium vitae» en vario idioma,
en múltiple careta igual semblante.
Atrás las manos enlazadas lleva,
y hacia la tierra, al pasear, se inclina;
todo el mundo a su paso es senda nueva,
camino por desmonte o por ruina.
Dio, aunque tardío, el siglo diecinueve
un ascua de su fuego al gran Baroja,
y otro siglo, al nacer, guerra le mueve,
que enceniza su cara pelirroja.
De la rosa romántica, en la nieve,
él ha visto caer la última hoja (44)

(43) O. C., Baroja, *op. cit.*
(44) P. C. de A. M., *op. cit.*, pág. 308.

Con motivo de una de las muchas manifestaciones dreyfusistas, originada por la furia de Julio Guérin, un antisemita que se encerró en el Fort Chabrol —hotel de la calle de su nombre—con cuarenta individuos de la Liga de Patriotas, Baroja y los hermanos Machado se fueron a presenciar la lucha callejera entre los dos bandos. Baroja refiere también este curioso lance en sus Memorias. Nos habla del periodista bordelés que acompañaba a una siberiana que quiso disuadirles de asistir a la manifestación. Por lo que se intuye, ninguno de los tres estaba dispuesto a perderse el espectáculo. Sin embargo, una oleada de gente huyendo de los caballos y de la fuerza pública obligó a Baroja a refugiarse en un portal. La siberiana fue una revelación. Habló de los revolucionarios rusos y les contó que había conocido en su infancia a Dostoyewski. Cuenta Baroja: «Al salir del portal, vi al poeta Antonio Machado cojeando. Machado, que, como yo, andaba no muy bien de indumentaria, venía corriendo, huyendo de la caballería republicana.» Y añade don Pío textualmente: «—¿Que le ha pasado a usted?—le dije yo—, ¿le han dado algún golpe? —No—me respondió—. Es que se me ha perdido el tacón de la bota, que, sin duda, se me ha soltado.» «Lo buscó al salir, y, cosa rara, lo encontró y se lo volvió a poner, y lo sujetó dando golpes con el pie en la acera» (45).

Aquel día, al regreso de Machado por la calle de *Monsieur le Prince* al hotel *Médicis,* que creo fue la última morada de Verlaine—otro de los proscritos como Wilde, pero por culpa del vino—, llevaba viva

---

(45) O. C., Baroja, Mem., *op. cit.*, pág. 722, vol. VII.

la impresión de los sucesos promovidos por Guérin, pero sin duda se acordaría del caos en que España se debatía, reaccionando con cierta indiferencia ante el magno problema que tenía planeado Francia.

Las tangencias más frívolas de Machado en París se producen por incitación de su hermano Manuel y se reducen a frecuentar los *cafés-concert* y escuchar, tamizadas por la pastosidad enigmática de ese idioma que luego enseñaría en Soria, las canciones obscenas en las que el público participaba con desenfado. Al juvenil don Antonio Machado le gustaba conocer los ambientes, le atraía por instintiva curiosidad todo lo que le era desconocido, y los *cabarets* del Montmartre eran para él una novedad. Cuando regresara a su hotel *Médicis,* a su barrio latino, siempre tendría la ocasión de encontrarse a Jean Moréas, un solitario a lo Machado enamorado románticamente de su viejo *quartier.*

El otoño puso triste a Machado. El otoño en París invade el ánimo con una soñolienta ternura. Manuel Machado se encontraba muy cómodo en la gran ciudad, pero los edificios estaban oscuros, como barnizados por el aliento inagotable del Sena; las gárgolas de *Notre Dame,* las cornisas del *Palais Royal,* las columnas de la Opera, tenían perspectivas sombrías. Las hojas amarillentas invadían el *bois de Vincennes.* Don Antonio pensaba en el Buen Retiro, en el estanque romántico de cuyo espejo era impenitente narciso el rey Alfonso XII; en esos otros caminos que conducían por otros lugares más conocidos y entrañables. Don Antonio pensaba en Madrid. Por fin se despedía de París y de Manuel. Esta había sido la primera salida del hidalgo. Y no hubo aventura de la que

hacer triste memoria. Su escudero acaso haya sido Manuel, siempre más racional, más apegado a la querencia de vivir por vivir. Pero París no le daba el adiós definitivo. Alguna vez, como presume Mathilde Pomes (46), buena glosadora de los españoles ilustres que navegaron en el fárrago de aquella gran ciudad, don Antonio tendrá que arreglar su paraguas en el *quai Conti*, en casa de una valenciana que aún conserva su sedosa piel levantina. Porque su nueva morada estará entonces en la calle *Saints Pères*, y, desde Soria, habrá venido Leonor a deslumbrarse —mariposa inocente y llama viva—antes de despedirse definitivamente de un amor entre sueños.

---

(46) *Españoles en París (II). Los Machado, Ramón, Azorín...*, Mathilde Pomes, *ABC*, Madrid.

Campos de Castilla

Han pasado aquellos días de París a cuenta de Hipólito Garnier. La práctica adquirida en la lengua de Molière tendrá inmediata compensación. Antonio Machado viene a Madrid y termina su bachillerato en el Instituto Cardenal Cisneros. Villaespesa, el gran amigo de Juan Ramón, promotor incansable de proyectos, se convierte en empresa literaria antes de que la vorágine del Modernismo invada los cenáculos. El cónclave literario es nutrido y prometedor. Rubén Darío es el maestro por antonomasia. Juan Ramón se acerca, tímido, a los umbrales del Parnaso. Antonio Machado prepara morosamente sus *efectivos líricos*. Queda Unamuno—a caballo de toda la opinión—equilibrando la paradoja, murmurante y exceptivo, acercándose de vez en cuando a la Corte por puro compromiso y huyendo, después, como gato escaldado del tráfago urbano y del adocenamiento de los agregados al mundo literario. Sobre este sumario apoyo establece la crítica del panorama cívico, poético o político. Unamuno es poco sociable. Le di-

vierte *ser tan suyo*. Pertenecer a los demás es en cierto modo una manera de extinguirse. Unamuno no es hombre de tertulias o de conexiones sociales. Su aspereza aparente comporta al mismo tiempo una importante carga humana. Esa irritabilidad suya ante las costumbres y el ambiente de la capital sirven para resolver sus cotidianas páginas de colaboración de *Nuestro Tiempo*. También vivaquea en torno al mundillo literario un tal Martínez Ruiz, peinado a raya y con bigote germánico, que empieza a llamar la atención. Ha comenzado el siglo. Benavente es hombre brillante, mefistofélico y dueño y señor de poderosas claves *de telón para adentro*. Sirve a una burguesía incondicional que ha olvidado por completo los triunfos de Echegaray, que no ha mucho parecían inmarcesibles, incluso a los críticos. Benavente maneja el retruécano y la picardía palabrera, pero superficial, ante un público ingenuo envilecido por el divismo de los cómicos y completamente aislado de las novedades del teatro extranjero. Valle-Inclán, primero, y Jacinto Grau, después, permanecerían inéditos en una sórdida etapa de baldía producción. Ven la luz las *Vidas sombrías*, de Pío Baroja, libro que su autor ha terminado en París. Y acontece la gran exposición universal de la ciudad del Sena. Con el siglo nace Vicente Aleixandre, el poeta más influyente en la generación de la posguerra española, y se produce el hecho insólito de la teoría de los quanta, de Max Plank. El joven y precoz moguereño publica sus dos peores libros—*Almas de violeta* y *Ninfeas*—, que luego, pesaroso, se encargará de ir retirando ruborosamente de la circulación. Al año siguiente, Machado tiene ocasión de experimentar la

inefable emoción producida por sus primeros poemas que aparecen en letras de molde. Sus poesías se asoman al mundo por la ventana ambiciosa de la revista *Electra* (47). La sugerencia para tal titulación creo que se atribuye a Ramiro de Maeztu. Villaespesa defiende la existencia de la revista en lucha abierta con los regentes de imprenta, con los tipógrafos y los papeleros. El título de la publicación está motivado por el éxito de Galdós con el estreno de su obra dramática de igual nombre. Galdós ha triunfado en toda línea con su nueva tentativa dramática. Las fáciles pistas de aterrizaje en la vida noctámbula de un Madrid barato y todavía tranquilo, eran indistintamente Fornos, en la calle Peligros, esquina a Alcalá, y *Lyon d'Or*, cerca de la calle de Sevilla. También estaba abierto para todos el domicilio de Villaespesa con dos hermosas mujeres dispuestas siempre a sonreír. Eran su esposa y su cuñada. Su simpatía y su belleza parecían intercambiables. Villaespesa preparaba ya la *Revista Ibérica* (48).

Antonio Machado ha vuelto a París para desempeñar el puesto de canciller en el consulado de Guatemala, de cuyo país es cónsul provisional Gómez Carrillo (49). Es entonces cuando el poeta conoce

---

(47) Data esta inicial colaboración en *Electra* del año 1901, en que se estrena con enorme éxito *Electra*, de Galdós.

(48) La casa de Villaespesa estaba situada en la calle del Pez. La habitaba con el poeta su esposa Elisa y sus cuñadas Leonor y Marcela. Graciela Paláu de Nemes, en su libro *Vida y obra de Juan Ramón Jiménez*, hace efusivo elogio de la belleza de las dos primeras. Alude a Marcela como mujer «callada».

(49) Enrique Gómez Carrillo desempeña en 1902 el cargo de Cónsul de Guatemala y hace oferta de su cancillería a Antonio Machado.

a Rubén Darío. Machado vuelve a España, y su libro —las *Soledades*—sale de las prensas cuando su autor está en Granada con Valle-Inclán. Valle-Inclán acaba de estrenar su versión de *Andrea Doria*, que interpreta Ricardo Calvo. El actor y el poeta son grandes amigos. Cuando don Antonio vuelve a Madrid, las *Soledades* ya tienen eco en todos los cenáculos. Don Antonio Machado ha conocido a Juan Ramón Jiménez, preocupado entonces por conseguir la realización de la revista *Helios*. Juan Ramón, en el movimiento poético representa un lugar geométrico, un punto equidistante entre la belleza y el acendramiento lírico. No responde exactamente a los objetivos del Modernismo, que son la pura reivindicación de la belleza derrotada, aniquilada en las postrimerías románticas por la ramplonería conceptista y por el sonsonete. Con la muerte de Núñez de Arce se desmoronan las últimas piedras del edificio romántico. Las dos aspas gemelas del siglo XX semejan el armazón idóneo para entibar el monumento tambaleante de nuestra lírica. Se inicia entonces un nuevo punto de partida. En tal sentido, Antonio Machado arranca, con sus *Soledades*, mucho más cerca del concepto que de la estética. Supera la fiebre esteticista de Rubén y de Villaespesa, y persevera en los valores clásicos tomando, en parte, del genial nicaragüense la métrica francesa (50). A propósito de Rubén y de los inicios de la

---

(50) «Es curioso ver a Rubén, tan renovador, tan enemigo de los viciados moldes románticos—por hueros y por insistidos—, oponiendo una poesía estetizante donde todavía los dioses mitológicos tenían su escaño oratorio, con nuevo ritmo, y con metro francés descubierto en la carne lírica de Víctor Hugo, de la mano del humanista salvadoreño Francisco Gavidia.» Del ensayo *Los leones blancos de*

revista *Helios,* auscultemos el latido de ese gran corazón *admirador* que fue don Antonio Machado. Sobre *Arias tristes,* de Juan Ramón, escribió:

> *El libro es un preludio admirable. Es la vida que el poeta no ha vivido, expresada en las formas y gestos que el poeta ama. Así, tal vez, quisiera vivir el poeta. Una tenue bruma de somnolencia envuelve muchas cosas soñadas, y un soplo de primavera latente y constante las anima. ¡Bello libro de juventud en sueño!* (51).

Cuando Antonio Machado estrecha su amistad con el poeta de Moguer, éste se halla confinado en el sanatorio del Rosario, en la calle del Príncipe de Vergara. En las visitas de don Antonio, Juan Ramón le habla de su revista.

—Una revista seria y fina: Algo como el *Mercure de France;* un tomo mensual de ciento cincuenta páginas muy bien editado... (52).

Estos términos también corresponden a una carta meditadísima que el andaluz universal ha escrito a Rubén Darío para pedirle colaboración. Rubén, que tan buenos adjetivos había dedicado al libro del poeta, que se llamaba «Juan, como el Arcipreste, y Jiménez como el Cardenal» (53), se inhibía por falta de entendimiento en la *cuestión económica.* Sólo el tesón de Juan Ramón Jiménez y su delicadeza para plantear el problema hicieron que Rubén accediese

---

Rubén, de José Gerardo Manrique de Lara. Revista *Punta Europa,* núm. 128.

(51) *Primeros libros de poesía,* Juan Ramón Jiménez. Prólogo de Francisco Garfias (Primera plenitud), Aguilar, 1959.

(52) *Ibídem.*

(53) *Ibídem.*

finalmente a colaborar. Allí publicó Machado, con su hermano, con Martínez Sierra, Rusiñol, Martínez Ruiz, Benavente, Pérez de Ayala y muchos otros autores de nombradía. Rubén seguía ejerciendo de Dios pagano en la Villa y Corte. Ejercía preferentemente de noche. Tenía un aspecto de ídolo azteca embutido en misteriosos mundos de ensoñación. Era difícil llegar a sus ojos si no se salía previamente a su encuentro. Rubén no era conversador, sino apologista. No entendía el lenguaje familiar de la charla. Era pródigo en admirar, pero apenas conversaba. Era propicio a la desmesura. Su verbo era un carro de oro tirado por inquietos caballos que, al más leve ruido, emprendían el galope de la loa y el ditirambo. El retrato que Rubén Darío hizo de Machado puede calificarse con el mismo adjetivo que él seguramente hubiese utilizado para alabar el apetito de Armando Buscarini. Era *admirable* (54). El Modernismo va cubriendo objetivos. Don Pío Baroja ha empezado a escribir su famosa trilogía *La lucha por la vida*. Rubén persiste en el oscuro mundo de sus fantasías verbales, con su hábil cometido de aurífice, ensartando adjetivos en las anchas métricas de importación france-

---

(54) *Gente del 98*, Ricardo Baroja. *Panorama de la generación del 98*, de Luis S. Granjel, Ed. Guadarrama, Madrid, 1959. Su inmovilidad budaica (la de Rubén), su ritual misterioso, tiene oscuras conexiones. Hay una curiosidad ligeramente morbosa por lo desconocido. Ricardo Gullón, en su ensayo *Pitagorismo y Modernismo* (E. Pablo Beltrán de Heredia, Santander, 1967), observa esta rara sensación como tónica ambiental: «El mundo, lejos de parecerles cada día más explicable, les parecía lleno de enigmas, y los grandes inventos, que Antonio Machado satirizaría con humor oscuro, no reducían el misterio ni en una partícula. La curiosidad por las ciencias ocultas, signo de la época, en Darío llegó a ser extremada, así como en Valle-Inclán, en

sa (55), ajeno por completo, puesto que es poeta navegante de insospechadas auras, a las cosas que ocurren a su alrededor. Por sus declaraciones autobiográficas relativas a su presentación de cartas credenciales, diríamos que Rubén en su trasplante hispano siente y entiende la monarquía solamente por la delicadeza con que ha visto mover las manos a la infanta o por el lujo y esplendor de los salones de Palacio. Pero Rubén está al margen de los grandes sucesos que conmueven al mundo, como puede ser, por ejemplo, la recién iniciada revolución rusa, que le importa tanto como la teoría de la relatividad, con que Einstein acaba de impresionar a los hombres de ciencia. Antonio Machado presenta, sin embargo, una actitud responsable. En su cuarto se rebulle penosamente entre libros, prepara sus colaboraciones poéticas para la revista *Ateneo* y prepara también unas oposiciones a cátedra, lejos ya de toda tentación noctámbula, poniendo un paréntesis a la amistad, esa amistad tan grata para su espíritu convivencial. Se ha propuesto ser catedrático de francés. Trabaja con intensidad para obtener plaza en un instituto de segunda enseñanza. Cuando está embebido en esta tarea, se suspenden los ejercicios. Su ánimo se desmorona. Durante esta pausa frecuenta alguna que otra vez a sus amigos en el Cafe Europeo. Los más próximos son entonces Ricardo Calvo y Valle-Inclán. En 1907 gana, por fin, las oposiciones. Su califiación no debe ser muy brillante, porque sale destinado al instituto de Soria, que acaso sea la ciudad española de censo más

---

quien el interés por el hermetismo y la numerología le llevó a escribir *La lámpara maravillosa.*»

(55) Nos remitimos a la nota número 50.

exiguo. Su segundo libro—estamos en mayo de 1907—sale a la luz bajo el título de *Soledades, Galerías y Otros poemas*. Hay un libro que ha llamado grandemente la atención de Antonio Machado. Es *L'evolution créatrice*, de Bergson, y una noticia que conforta su espíritu liberal: don Benito Pérez Galdós ha salido diputado por el partido republicano en Madrid. En sus alusiones autobiográficas, tan escuetas, Machado anota textualmente:

> *En 1907 obtuve la cátedra de lengua francesa, que profesé durante cinco años en Soria. Allí me casé; allí murió mi esposa, cuyo recuerdo me acompaña siempre* (56).

Catorce años más tarde, Gerardo Diego, un catedrático de instituto, también poeta, desempeñaría en Soria el cometido de su cátedra, dándose en él las tres fatalidades biográficas que el autor de *Soria pura* cita en su discurso pronunciado en la cátedra Antonio Machado, y que son, a su juicio, las más importantes en su vida: «El ejercicio docente, la vocación poética y el profundo amor a una ciudad y a una tierra, vocación y amor que habían no menos fatalmente de entrelazarse en un libro inmortal» (57).

Existe todavía una tercera circunstancia coincidente que Gerardo Diego no cita en su discurso, y es que ambos poetas fueron académicos, aunque Machado

---

(56) Lo escribe en 1917. El voto de don Julio Cejador es decisivo—y doble, puesto que, según nos refiere el doctor Alvarez Siera, en el momento de emitir el voto lo hace inconscientemente a nombre de don Antonio y don Manuel Machado—y nuestro poeta se considera liberado de una vieja carga.

(57) *Cátedra Antonio Machado*, Discurso de Gerardo Diego, *cit.*

solamente electo. La razón básica para esta comunión en el mismo elemento de paisaje es que los *Campos de Castilla,* de esta auténtica Castilla soriana, son motivo de ineludible admiración para la sensibilidad de ambos poetas. Soria es la Castilla más auténtica, como decía Machado (58). La verdadera Castilla es Castilla la Vieja. Esta impresión de Castilla, en un poeta de tanto poder receptivo como Antonio Machado, tenía necesariamente que ser definitiva para su vida y para su obra. Además, Castilla se rescata en el *noventa y ocho.* Los hombres de esta generación son como un himno en las desoladas llanuras. Sus voces han servido para solemnizar la olvidada estepa. La plástica castellana es eminentemente lírica. Pero también eminentemente dramática. Montherlant lo acentúa en su magistral personaje, el Maestre de Santiago. Antonio Machado es un hombre esencialmente triste. Bergson asoma a sus pupilas en sus silencios dormidos, sedentes. La pureza, esa pureza castellana trasvasada al verso en ánfora andaluza, asoma a su sonrisa comprensiva y humana. Machado es un poeta que pronuncia con rotundo acento sus ideas desnudas en el verso; que acomoda el poema a su mundo conciente. Allí, en Soria, Machado dispone de los elementos que han de constituir básicamente su mundo de intelección: el escenario de los campos de Castilla, el paseo hasta el Mirón, solaz para su espíritu andariego; los cuatro o cinco libros de filosofía, primeras piedras del puente tendido a Bédier y Bergson; y el Duero con sus aguas rumorosas y los álamos erguidos como centinelas añorantes...

(58) ***Ibídem.***

Pasados los verdes pinos
casi azules, primavera
se ve brotar en los finos
chopos de la carretera
y del río. El Duero corre, terso y mudo, mansamente.
El campo parece, más que joven, adolescente.
Entre las hierbas alguna humilde flor ha nacido,
azul o blanca. ¡Belleza del campo apenas florido,
y mística primavera!
¡Chopos del camino blanco, álamos de la ribera,
espuma de la montaña
ante la azul lejanía,
sol del día, claro día!
¡Hermosa tierra de España! (59).

Había dicho don Antonio Machado: «Soria es una ciudad para poetas. Soria es, acaso, lo más espiritual de esa espiritual Castilla, espíritu, a su vez, de España entera. Nada hay en ella que asombre o que brille y truene. Todo es allí sencillo, modesto, llano» (60). Y con un despliegue de llaneza y modestia, Antonio Machado busca una casa de huéspedes. Un sitio donde poder recogerse con tranquilidad. Encuentra una *muy respetable*—según era uso calificar utilizando un lenguaje de gacetilla social—en la calle del Callado, en la que viven también otros pupilos que no tardarán en verse invitados a la boda del poeta. Machado está en el umbral de una nueva

(59) P. C., de A. M., *op. cit.*, Soledades, IX.

(60) Soria encarna las virtudes de Machado: austeridad, sencillez. Machado se identifica asumiendo el paisaje. En una entrevista publicada en *La Voz de España*, de París, en 1938, manifiesta el poeta: «Soy hombre extraordinariamente sensible al lugar en que vivo... Por si ello fuera poco, guardo de allí el recuerdo de mi breve matrimonio con una mujer a la que adoré con pasión y que la muerte me arrebató al poco tiempo. Y *viví y sentí* aquel ambiente con toda intensidad...»

vida. Lo mejor de sus versos arrancará de la nueva emoción del amor. Esos amigos predestinados que le esperaban bajo aquel techo para convivir en su compañía, eran un catedrático, un delineante de Obras Públicas y un médico. Este último, el doctor Iñiguez, es quien facilita a Heliodoro Carpintero el inapreciable documento nupcial. Un inefable tarjetón de boda (61).

¿Quién era Leonor? El día 21 de septiembre, con luna llena para que Antonio Machado nada pueda objetar, se produce la fecha histórica...

> *...en una tarde de septiembre de 1907, se alza en mi recuerdo la pequeña y alta Soria* (62).

Los dueños de la casa de huéspedes son los padres de Leonor, una muchacha menuda, de trece años. San Saturio, patrón de Soria, ha puesto las cosas a punto. Leonor, con el señuelo de las fiestas, ha dejado la casa de sus tíos, donde se hallaba, y ahora está ante el nuevo huésped, que la contempla embelesado. Parece como si Machado hubiese aprendido de pronto a sonreír. Leonor es una niña carirredonda, menuda pero bien formada, avispada y con la mirada lánguida y soñadora. Sólo transcurren dos años. Aquella niña angelical apenas ha sufrido transformación. Es como algo muy nuevo y colmado de maravillosas potencias, como una ofrenda inesperada que el poeta toma en sus manos, anclado ya definitivamente a su nuevo destino. Han pasado dos años desde que Machado tomara posesión de la cátedra. Antonio, poeta de Cas-

---

(61) *Boda de Antonio Machado,* Heliodoro Carpintero, *ABC,* de Madrid.
(62) *Ibídem.*

tilla, toma ahora posesión del amor. Es algo muy sencillo, tan posible como la voluntad sobre las cosas cotidianas y próximas, pero es algo que coloca, sin embargo, el corazón del poeta en el borde absoluto de la felicidad espiritual. Antonio Machado va a casarse. Así se afirma en su tarjeta de boda. Una cartulina rosa con los bordes rizados:

> *Mañana viernes, a las diez, en la iglesia de La Mayor, contraerán matrimonio la señorita D.ª Leonor Izquierdo y el señor D. Antonio Machado, acto al que tienen el gusto de invitar a ustedes. Bernardo Robles, 7* (63).

Todo el mundo se asomaba a sus ojos como una promesa de esperanza y eternidad...

> *como un globo morado aparecía*
> *la hermosa luna, amada del poeta...* (64).

Habían sido novios poco tiempo. Fue como llegar y besar a San Saturio, llevándose una brazada de felicidad. Machado tenía treinta y cuatro años. La edad justa para dominar el mundo, el pulso justo para escribir *Campos de Castilla,* porque sus ojos podían contemplar el paisaje con la mirada transida de emoción desde la más ancha plenitud. «Y este alma—lo dice Ortega del libro de Machado—no puede a su vez consistir en una estratificación de palabras, de metáforas, de ritmos. Tiene que ser un lugar por donde dé su aliento el universo, respiradero de la vida esencial, *spiraculum vitae,* como dirían los místicos

---

(63) *Ibíd.*
(64) P. C., A. M., *op. cit.*

alemanes» (65). Y así, desnudamente, hablando de las cosas, Machado piensa con la alta voz de las letras, hablando en solitario, tal vez esperando encontrar a Dios en alguna revuelta de su diario caminar:

> *Converso con el hombre que siempre va conmigo*
> *—quien habla solo, espera hablar a Dios un día—;*
> *mi soliloquio es plática con este buen amigo*
> *que me enseñó el secreto de la filantropía...* (66).

Don Antonio vive ahora en la plaza de los Teatinos. Ya ha logrado ver el nacimiento del Duero y ha ganado la cima del Urbión en medio de una aparatosa tormenta. Soria ha crecido en el alma del poeta. Leonor escucha de sus labios el milagro de la tierra, la razón del poderoso silencio tan difícil de comprender en el poeta cuando su corazón no ha sido aún descubierto de la misma forma en que él acaba de descubrir el principio del agua.

La Junta de Ampliación de Estudios ha puesto en sus manos la posibilidad de un nuevo sueño. Leonor, tan niña y oscura, conocerá París. Ella no acierta a creerlo. Estamos ya en 1911. Machado asiste a los cursos de Bergson y Bédier. París, visto con el precedente de la juventud, le parece nuevo y, en cierto modo, la gran ciudad disminuye en la memoria a la Soria radical de sus días felices. Soria, con sus siete mil habitantes, es como un grano de simiente. Sólo cuando va orillando los barrios castizos de pequeña andadura, se acuerda de la pensión de don Isidro

---

(65) *1912-1962. Leonor y «Campos de Castilla»*, Heliodoro Carpintero, cit. de un art. de Ortega y Gasset publicado a raíz de la primera edición de «Campos de Castilla», *ABC*, de Madrid.

(66) P. C., A. M., *op. cit.*, pág. 104.

Martínez, de la calle del Callado o de su nido dichoso en la plaza de los Teatinos. Cuando contempla el Sena, le aflige la quietud de su Duero rumoroso. De regreso del Colegio de Francia, en el invierno de 1911, se encamina a su residencia, un chalet de la *rue Perronet* esquina a *Saints Pères*. Allí recogerá a Leonor y, juntos, andarán por las orillas del Sena, viendo libros, navegando entre brumas, tomando el pulso a París, esa ciudad increíble, tan a propósito para la evasión. Martínez Sierra, el editor de *Renacimiento*, que publicó *Campos de Castilla*, recibirá muy pronto *La tierra de Alvargonzález*. Ha llegado el verano. París festeja su 14 de julio. Leonor cae enferma. Sus iniciados sueños felices se truncan con amargo presagio. Una violenta hemoptisis pone de manifiesto su grave estado. Su rostro se empalidece y un frío sudor va perlando sus sienes. Machado se echa a la calle para buscar un médico. Será éste un momento muy difícil de superar por el poeta. Es como si la tierra se hubiese abierto a sus pies. Nadie acude en su ayuda. Una inmensa puerta cerrada se eleva implacablemente ante su inerme realidad. Unos días antes ha estado el matrimonio con Rubén Darío y Francisca Sánchez en su casa de París. Ha sido una visita tímida que fue prometida al sesgo de la ocasión y luego no cumplida de inmediato por las circunstancias. Antonio Machado, venciendo su tremenda repugnancia a la humillación, pide dinero a Rubén para volver a Soria con Leonor (67). En sus labios sólo reside ahora

---

(67) Lo hace por carta, en los siguientes términos: «Querido amigo y admirado maestro: Le supongo al tanto de mis desventuras por Paca y Mariquita (Francisca y María Sánchez del Pozo), que tuvieron la bondad de visitarme en

una palabra que va multiplicándose como un eco... Leonor, Leonor... La gente grita, baila, se divierte. El mundo danza ajeno a su problema. En 1912, en una carta a Juan Ramón Jiménez, escribe el poeta:

> *Aunque con algún retraso, me llega su libro «Poemas májicos y dolientes», que con toda el alma le agradezco. Vivo retirado en un rincón de Castilla donde me siento—con harta satisfacción—olvidado de casi todo el mundo, y me encanta saber que me recuerdan los pocos a quienes yo no olvidaré nunca. Hace dos años me casé y una larga enfermedad de mi mujer, a quien adoro, me tiene muy entristecido...* (68).

Leonor ha muerto. No ha tenido tiempo el poeta de vivirla enteramente. Todo ha sido como el principio de algo inmenso, cristalizado de pronto en la desolación. Leonor gravitará sobre su pecho el resto de sus días. Soria, su vida intensa, las entrañas del Duero, los álamos erguidos, el silencio triste de aquella tierra sorda, raída, ahora más muda e inerte que nunca, están gritándole la despedida. Soria ha terminado en la vida de Machado. Nadie habrá querido

---

este sanatorio (Clínica de la calle de Saint-Denis). Leonor se encuentra algo mejorada y los médicos me ordenan que me la lleve a España, huyendo del clima de París, que juzgan para ella mortal. Así, pues, yo he renunciado a mi pensión y me han concedido permiso para regresar a mi cátedra; pero los gastos de viaje no me los abonan hasta el próximo mes, en España. He aquí mi conflicto. ¿Podría usted adelantarme 250 a 300 francos, que yo le pagaría a usted a mi llegada a Soria? Tengo algunos trabajos para la Revista, que le remitiré si usted quiere. Le ruego que me conteste lo antes posible y que perdone tanta molestia a su mejor amigo.» (Rubén accede a la demanda.) Carta de Antonio Machado a Rubén Darío, París, 6 de septiembre de 1911.

(68) Carta de A. M. a J. R. J. desde Soria, 8 de febrero de 1912.

más hondamente a mujer alguna. Hubiera sido tan fácil terminar a su lado, tan simple el gesto de la despedida, pero el destino de Mairena le dejó pegado a la tierra por los caminos en que con tanto amor paseó el cuerpo enfermo de su amada... Soria entera respetaba el nombre de Antonio Machado, el hombre bueno que daba caramelos a los niños para ahuyentar la curiosidad ante su gran tragedia, para que quedase para él solamente el estigma de aquella sangre incontenida.

Recuerdo que yo compré una vez el libro de Amado Nervo *La amada inmóvil*. Era un libro de lance. En su primera página interior, manuscrito con letra de mujer, podía leerse:

> *Te regalo este libro, amiga mía. No sé si es demasiado bueno. Sólo puedo decirte que una mujer nunca podrá sentirse más orgullosa que en la satisfacción de saberse amada por un poeta.*

Leonor fue muy amada por Antonio Machado. Castilla era Leonor, una tierra amada como una mujer. En el origen del Duero, en la maternidad del agua, Machado había puesto un beso eterno.

Baeza

Soria es ya un telón de fondo, algo que nunca desaparecerá de la memoria del poeta. Don Antonio se ciñe a la costumbre de seguir viviendo con una terrible sensación de vacío, y, más solitario que nunca, por más parecerse a la desnuda naturaleza, se va convirtiendo, poco a poco, en algo que él mismo no termina de explicarse del todo. Soria es la realidad del trágico recuerdo, la motivación radical de *Campos de Castilla* que ahora ve la luz fuera del espacio y del tiempo, cuando el poeta se trasplanta, se afinca en ese *poblachón moruno* (69), en el que *la santa soledad* de que hablaba en una carta a Juan Ramón Jiménez (70), cambia de forma. Una forma que se

---

(69) Utiliza el aumentativo peyorativamente en el mismo sentido que cualquiera de estos otros versos:

En un pueblo húmedo y frío,
destartalado y sombrío,
entre andaluz y manchego.
.....

(70) Carta de Machado a Juan Ramón Jiménez fechada en noviembre de 1913 (?): «Yo trabajo todo lo que puedo,

agudiza y agranda. Una andaluza forma polvorienta, olivarera, reseca, aniquilante. Ubeda está a lo lejos como esperando. ¿Qué son nueve kilómetros de senda si están ya derrotados todos los caminos de la impaciencia? En Ubeda seguramente venderán cerillas y estarán todavía vivas las huellas de San Juan de la Cruz (71). En Ubeda hay una torre con un reloj y también murallas, como las hay en el propio pensamiento. Don Antonio compra cerillas en Ubeda para que luego se puedan manchar de ceniza las solapas de su oscuro indumento. Su pitillo aburrido en los labios se apaga sin mayor pretexto. Ya no se sabe si son más viejas las murallas—Baeza, Ubeda, Bergson—o su propio sombrero. Don Antonio ha pasado a ser, por definición, la mirada horizontal sobre la eternidad. ¿Qué hubiera hecho don Antonio sin ese apoyo de cuna maternal que es la dorada y lenta llanura de Castilla? ¿Quién hubiera comprendido mejor su silencio que esa pena macilenta de los olivares? Esta Andalucía esquilmada le acaba de dar la sorpresa de cambiar el embrujo del agua. Estos son rumores nuevos. Aquí parece como si el sol amaneciera de través y los ojos se ajenaran buscando cobijo bajo el ala del maltratado chambergo. Esos no son ya los viejos rumores que musicaban la enramada de los chopos. A don Antonio, en un descuido suyo, le han

---

repuesto por voluntad desesperada de una honda crisis que me llevaba al aniquilamiento. Cuando perdí a mi mujer pensé pegarme un tiro... No creas que soy un agriado por la soledad. No, ¡santa soledad!...» *(Antonio Machado y sus complementarios,* Heliodoro Carpintero (cit. en el texto), *ABC,* de Madrid.

(71) Anecdotario de Antonio de Obregón, citado en el texto de su artículo *Machado en Baeza. ABC* de Madrid.

cambiado de río. Ahora ya no es el Duero, sino aquel Guadalquivir de los alegres delfines que se confabularon un día para hacer abordable la realidad de su existencia. Don Antonio siempre ha tenido un río próximo para recordar al sereno Manrique y al *tuno* de Bergson (72) en el continuo fluir temporal. Las cosas van rodando a tientas. Dios está echando, con su prodigiosa máquina de creador, el agua en la clepsidra. Mairena también tenía una máquina para trovar. Dios echa el agua de la vida en esta hora triste, prolongada, sedente, en que la felicidad ha huido, en que se ciega el ojo, antes siempre avizor, de la vieja aspillera. Ya no hay ballestas ni arcabuces, y el ajimez de la torre es aguja que sólo enhebra hilachas de sol para echar un remiendo a la pereza. Solamente los líquenes prevalecen como el filo cortante de un epitafio.

Si hubiera que elegir a un poeta para plasmar una idea del íntimo conocimiento de las cosas, en un sentido telúrico, tomando la vida como eje de una ecuación espaciotemporal, habría que escoger a don Antonio Machado. Don Antonio se asoma al campo de Baeza. Hombre y paisaje se complementan. Este paisaje amargo está en el censo de sus complementarios. Tiene montañas como aquel pico del Urbión donde recibiera el bautismo de las cumbres. Aquí su mirada se derrama por la sierra de Baeza, la Mágina

---

(72) Enrique Bergson: *Los datos inmediatos de la conciencia.* ¿Esto es otro embeleco francés?
Este Bergson es un tuno;
¿verdad, maestro Unamuno?
..... P. C., *op. cit.*, pág. 187.

y Cazorla. Sus ojos se convierten en apenas sombras a lo largo del empeñoso enfoque. El inquieto bastón del poeta se perece por los puntos cardinales. Resulta más elocuente que Cicerón, y más misericorde en la penosa orografía que el propio Simón de Cirene. La madre tierra canta. Pero a don Antonio le sobra tristeza, y la otra madre carne, la madre cálida de los días amargos, abandona la gran ciudad porque barrunta la pena de su hijo que anda entre malas sombras y agoreros trasgos, porque algo muy suyo se le está perdiendo en Baeza.

—Madre, ya estamos juntos de nuevo.

Ana Ruiz siempre fue el fiel testimonio de su vida, siempre con la mirada triste, anhelosa, como sufriendo por la herida de Antonio, como reconociendo el daño con que se duele el alma del poeta. Don Antonio contempla desde su casa de la calle de la Cárcel —qué admonición sombría la de este nombre para su tristeza—la renacentista Casa Consistorial. El poblachón acaba de despertar. Platón y Aristóteles, Kant y Descartes, Séneca y los dictados de Bergson, son como pájaros que ya comen en su mano. Machado es un poeta convertido en espectador de la naturaleza. ¿Qué es lo que está viendo don Antonio? Porque Machado se percata de todo cuanto mira. Sus ojos no lo son porque contemplan, sino porque ven. Aquel ejército verde, compacto, empieza a deformarse ante su vista como si tomara el tamaño de los extraños gigantes del recuerdo. Don Antonio está soñando entre quijoteril y retraído. El poeta, ante la naturaleza, no toma posturas enfáticas. No puede hacerlo. El énfasis orquestal y delirante ha terminado en Soria. Ahora no está desmesurando las cosas. Las juzga a su tamaño.

No está viendo lo que no está delante de él. Acabo de insistir en ello. Don Antonio ama la tierra. La sabe destino inexorable y la ama en su forma externa por el camino sensorial del color y de la luz. En don Antonio no hay apenas metáforas, no hay sino escasas equivalencias. Más bien hay esencias. Es stendhaliano. Adora lo que ve. Ejercita su memoria y su ternura sobre lo grandioso y sobre la minúsculo. No comprende lo que es mezquino. No entra en el absurdo. Es un hombre de corazón querencioso, casi evangélico, para el que lo más importante es lo sencillo. Qué gran cosa es la desnudez. Por el camino de lo absoluto se entra en la metafísica. Por eso, Castilla despierta esa gran emoción en el espíritu del poeta. Porque para Castilla un árbol, una piedra, un chorro manantío, un insecto que vuela, son casi un milagro. Y esos son los milagros que le subyugan. Entre los hombres de su generación, Machado es asimilable a Unamuno en cuanto a terquedad espiritual. Es comparable a Azorín en cuanto a visión plástica del contorno. Porque en Machado hay una gran faceta plástica. Y, saliéndose por los cerros de Ubeda—que ya es decir—y por las serranías de Baeza, o por el yermo baldío, porque menos da una piedra, habría que remontarse a Jorge Manrique o a fray Luis de León. Baeza—esa maravillosa desconocida que viene a sustituir a un presente amoroso desolado, vencido por el incierto porvenir—le viste de limpio, le renueva. Es una savia que abruma sus potencias creadoras. Baeza le corta los brotes para que las frondas de su imaginación retoñen con más fuerza. Machado es solitario, pero nadie habrá podido decir que huraño o desabrido. Machado lleva consigo un bastón

continuo. No, no me refiero a su cayado, sino a su verbo. El firme bastón de su verbo. Machado se apoya en la palabra. Se alza sobre ella. Se engrandece con ella y la palabra es motivo siempre de su gran adoración, porque seguramente no existen versos en nuestra lírica más fluidos y mejor manipulados dentro de una difícil y excelsa sencillez donde lo más asombroso es su extraña y prodigiosa cadencia. Y Machado, desde su palabra y fuera de ella, conoce a cuantos le rodean. Habla con todos. No discute, escucha. Intenta comprender, interpreta los estados de ánimo de sus prójimos. No los combate nunca. Los entiende, los comparte. A todos sus alumnos les llama por su nombre. A todos los reconoce dentro y fuera del aula.

—Salido, Laínez, Quijano... (73).

A todos les habla como a hijos suyos, y los pequeños hombres, apenas advierten a lo lejos su inconfundible traza de caminante empecinado, le señalan y comentan su presencia como si se alegraran de verle.

—Mira, allá va don Antonio. Solitario como siempre...

—Es capaz de echar carretera adelante y andarse los nueve kilómetros hasta Ubeda.

Caída la tarde, se le ocurrirá escribir a Juan Ramón Jiménez, invadido por las nostalgias que en su ánimo provocan inevitablemente las últimas luces. Porque Machado es el poeta de los atardeceres. Las

(73) *Recuerdo de Antonio Machado en Baeza,* de Rafael Laínez, publicado en *Strenae,* pág. 249.

luces se vuelven malvas agonizantes. La jota de Jiménez, misteriosa y arábiga, perturba como un duende y Machado le llama de tú para restar distancias. Las noticias le llegan de lejos como acertijos difíciles que componen un mundo en donde él no acierta a complicarse. Se acuerda de la librería de San Martín, donde ha estado husmeando más de una vez las últimas *novedades*. En el mismo lugar ha caído muerto Canalejas. Qué gran novedad de librería. Allí está, desbordado por los papeles, leyendo *Castilla*, de Azorín, con Baeza al fondo (74). Allí se solaza con las *Voces de gesta*, de Valle-Inclán, y Baeza se agrisa húmedamente al atardecer. Es la hora de ver cuánto hay de bueno en la rebotica de Almazán y dejar un poco sueltas esas palabras que nacen y no suenan quedándose como fantasmas del castillo aguerrido de nuestro pensamiento (75). Antes de salir contempla la fotografía de Azorín en una revista ilustrada. Es el dandy del paraguas rojo con terno cruzado de impecable corte. Se le queda lejano y perdido entre los repliegues callejeros de Madrid. Pronto será su homenaje y su libro *Castilla* unirá a los dos escritores en el real sitio de Aranjuez. Machado leerá unos versos escritos desde este *rincón* y entrará nuevamente a participar en el trato de sus amigos, Ortega, Juan

(74) Con tal motivo dedica al *maestro Azorín* el poema CXVII de *Campos de Castilla*. P. C., *op. cit.*, pág. 172.

(75) La tertulia de la rebotica de Almazán estaba integrada, además de por su dueño, don Adolfo, que era profesor de gimnasia del Instituto, por el abogado Emilio Fernández del Rincón, el catedrático de filosofía, de Urquía, el doctor en medicina Juan Martínez Poyatos, el concejal Manuel Oliveira, el profesor de matemáticas Gómez Arenas, don Antonio Parra, secretario del instituto, etc. *Amistades de Antonio Machado*, Orestes Macrí, *Insula*, núm. 158.

Ramón, Basterra... (76). Al tiempo que Dato ha formado nuevo Gobierno, don Antonio se adentra por los gratos vericuetos de la filosofía. Multiplica sus colaboraciones y, en este gustar la razón y la sinrazón de las cosas, llega a su manos un libro de gran provecho que invade jubilosamente el ancho territorio de su soledad. Un libro de Unamuno: *El sentimiento trágico de la vida,* libro en el que tantas afinidades y tantos contrastes electivos puede encontrar el poeta. El paralelo Machado-Unamuno es casi una constante. Es la fusión lírico-dramática de agonismo y paisaje, una actitud dramática de acerba espiritualidad, paralela a una efusión doctrinaria y estética, conversadora y crítica, donde la plástica del paisaje corona la belleza. La única discordancia que podría apreciarse es que el vasco está tiritando continuamente en un ir y venir de la agonía trágicovital a la anhelación de un futuro sobrenaturalizado. Machado se apoya en Bergson. Unamuno descansa en Kierkegaard. A pesar de las distintas posturas de ambos intelectuales, las diferencias no son sustanciales. Machado es agnóstico. Es un hombre que no ha encontrado motivo para que su gran espiritualidad tenga distintas apoyaturas de las meramente racionalistas. Unamuno es un alma proclive al sentido divinizante. Un adorador del No-Dios, reconociéndole en su negación. Suponiéndolo, intuyéndolo. Toda la filosofía machadiana está contenida en su escueto pero impecable autorretrato lírico. Es curioso que un poeta como Machado, el hombre de pensamiento más racional, sea acaso

---

(76) En el homenaje a Azorín tributado en Aranjuez, Machado lee los versos de su poema CXLIII *(Desde mi rincón).* P. C., *op. cit.*, pág. 231.

quien, en el conjunto de su obra, abarque una mayor espiritualidad (77). En 1914 Machado colabora en *Nuevo Mundo,* revista a la que también don Miguel envía sus enconadas crónicas protestando contra esto y aquello. Mientras tanto, estalla la guerra mundial. Llega el momento de la destitución del rector de Salamanca. Machado ha venido leyendo los artículos de don Miguel al propio tiempo que sus colaboraciones. Vuelve a releer *El sentimiento trágico de la vida,* que resulta más actual en el destierro... Abre un paréntesis con otra novedad literaria. Puede leerla en un francés que ya le es familiar. *Du coté de chez Swan.* El mundo de Proust tampoco desentona en Baeza. Ha llegado el catorce. No se trata de un tranvía como pudiera entenderse en Madrid. Se trata del fantasma de la sangre que se cierne sobre Europa. La guerra. Algo que seguramente sería inevitable. Es esa sangre en libertad que alguna mano poderosa pudo haber contenido. Por entonces es cuando Rubén ha dicho en Nueva York que *En sangre y fuego está la tierra antigua...* Pero Unamuno está aquí vivo. Sentenciado, pero sentenciador. Juzgado por el hecho de juzgar. Acusado, como en el colegio, por hablar en voz alta. Machado está leyendo *El sentimiento trágico...*

> *Libros nuevos. Abro uno*
> *de Unamuno.*

---

(77) Consecuencia, sin duda, de su educación institucionista, que le hizo observar una tendencia de ética y honestidad, nacida al borde de su racionalismo. Todos los discípulos de Giner de los Ríos se congratulan de su alto magisterio. Machado llega al ditirambo. Manuel Azaña consigna igualmente: «Hombre extraordinario, fue el primero que ejerció sobre mí un influjo saludable y hondo...»

¡Oh, el dilecto,
predilecto
de esta España que se agita,
porque nace o resucita!
Siempre te ha sido, ¡oh Rector
de Salamanca!, leal
este humilde profesor
de un instituto rural.
Esa tu filosofía
que llamas dilettantesca,
gran don Miguel, es la mía.
Agua del buen manantial,
siempre viva,
fugitiva;
poesía, cosa cordial (78).

Se ha hablado bastante de las influencias que don Antonio pudo tener por el conocimiento de la filosofía *dilettante* de Unamuno. En mi opinión, todos los libros que componen el acervo de nuestra cultura nos influyen de una manera o de otra. Pero solamente nos influyen si—total o parcialmente—impresionan nuestro mundo interior por razones de coincidencia o afinidad. Entonces se establece el *sympathos*. Lo que aceptamos es, casi siempre, aquello que nos resulta afín. A esto se reduce, en el fondo, la teoría de la amistad, partiendo de personalidades perfectamente definidas. Cuando se toma como punto de partida una sensación de complejo de inferioridad, la afinidad posible se convierte en devoción o vasallaje. Don Antonio Machado tenía una personalidad definida y diferenciada. Su formación auténtica se inicia tardíamente y va fluyendo sin prisas, en perezoso deleite. Unamuno, más ágil en su repentización libresca,

(78) P. C., *op. cit.*, pág. 186.

más prematuro, más vehemente e impulsivo, posee un mundo de conocimiento más rico y plural, con frecuentes evasiones—todo hay que decirlo—de pura pólvora semántica. Pero, en el terreno de la receptividad, Machado es un hombre más contundente.

Aurora de Albornoz, que tanto ha rastreado en el predio machadiano, dice al hablar de ambos poetas, entre otras cosas, lo que sigue (79):

> *Sin duda el pensamiento de Unamuno influyó en Machado; mas, sin embargo, quizá esta influencia haya sido menor de lo que a primera vista parece. Existen coincidencias en cuanto a temática y preocupaciones. Pero a pesar de las declaraciones machadianas, la filosofía de Unamuno no es la de Machado. O, si lo es, lo es durante un corto período: los años que siguen a la aparición de «Campos de Castilla». La lectura del gran don Miguel, que publica durante ese tiempo una buena parte de sus más importantes obras, acompaña a Antonio Machado en sus momentos de soledad en Baeza, cuando él, angustiado de siempre, más trágicamente angustiado por su viudez, busca una salvación; salvación a través de Dios, primero; salvación a través de la filosofía, un poco más tarde. Entonces, a veces, la figura de don Miguel, angustiado supremo, se convierte en un ángel de la luz que señala caminos.*

Efectivamente, don Miguel de Unamuno publica de inmediato su libro *Niebla*, que es, en realidad, un escarceo imaginativo donde se dicen cosas importantes, contrastadas con caprichosas fruslerías, pero cosas que no pueden producir en Machado ninguna filtra-

---

(79) *Miguel de Unamuno y Antonio Machado*, Aurora de Albornoz. Revista *La Torre*. Homenaje a Miguel de Unamuno. Universidad de Puerto Rico, núms. 35-36, julio-diciembre 1961.

ción de carácter especulativo. Esta afirmación de Aurora de Albornoz de que la filosofía conmina al poeta para buscar una salvación, primero a través de Dios y más tarde a través de la filosofía, es—generalizando—cierta, pero—puntualizando—inconsistente. Tenemos pruebas fidedignas de la predisposición anímica de Machado a encontrar a Dios, como también la evidencia de no haberlo conseguido. Machado es un hombre categóricamente predispuesto a toda medida positiva y *anabólica*. Y positiva es la búsqueda de lo sobrenatural, porque representa la verdadera redención humana. Sí es más cierta, sin embargo, la tabla de salvación que constituye para don Antonio el mundo de la filosofía. Don Antonio se purifica a través del pensamiento, pero, así como la tónica unamuniana es la paradoja y la vacilación, para Machado los dos puntos de partida son la realidad axiomática y una ética firmeza que, en ningún caso, pese a su racionalismo, intercepta su constante búsqueda. Serrano Poncela tercia en este asunto con las siguientes palabras:

> *Por supuesto, al hablar de influencias quiero referirme a coincidencias de pensamiento que aproximan y fecundan recíprocamente a hombres superiores* (80).

Esto abona nuestra teoría de que, de personalidad a personalidad, no existe el vasallaje, sino unos puntos cardinales de selectiva afinidad que ejercen una particular atracción mutua en función de sus respectivos talentos.

---

(80) *Antonio Machado, su mundo y su obra,* Segundo Serrano Poncela, Ed. Losada, Buenos Aires, 1954, pág. 38.

Es famosa la perfección de las manufacturas alemanas. Por su calidad, consiguen en los mercados las más altas cotizaciones. Se podría decir que estas mismas circunstancias concurren en los cerebros y en el desarrollo de las formas del pensamiento germánicos. Ortega y Gasset crece intelectualmente en Alemania. El ideario orteguiano puede observarse pieza por pieza desmontando su hermética precisión. De esa cabeza joven y robusta en ideas surge la revista *España*. Ortega es ese gran arquitecto de que habla nuestro poeta:

A ti laurel y yedra
corónente, dilecto
de Sofía, arquitecto.
Cincel, martillo y piedra
y masones te sirvan; las montañas
de Guadarrama frío
te brinden el azul de sus entrañas,
meditador de otro Escorial sombrío.
Y que Felipe austero,
al borde de su regia sepultura,

asome a ver la nueva arquitectura,
y bendiga la prole de Lutero (81).

Nuestro don Antonio Machado colabora en *España* desde su primer número. Allí aparece su poema a la muerte de don Francisco Giner de los Ríos, que está fechado en Baeza el 21 de febrero de 1915 (82). Sus versos son una manera de profesar en el porvenir. Un estilo de esperanza. Un grito de devoción a quien todo lo ha entregado. El poeta ha dicho a los hombres:

Vivid, la vida sigue,
los muertos mueren y las sombras pasan;
lleva quien deja y vive el que ha vivido.
¡Yunques sonad; enmudeced, campanas! (83).

La nota necrológica que publicó don Antonio en la revista *Idea nueva*, de Baeza, alude con ternura a los días de su infancia, pero el dolor le hace restringir su recuerdo y surge la admonición curiosamente paralela a la idea vertebral del poema, cuyos versos más significativos acabamos de transcribir...

...Y hace unos días se nos marchó, no sabemos adónde. Yo pienso que se fue hacia la luz. Jamás creeré en su muerte. Sólo pasan para siempre los muertos y las sombras, los que no vivían la propia vida. Yo creo que sólo mueren definitivamente—perdonadme esta fe un tanto herética—sin salvación posible, los malvados y los farsantes... (84).

---

(81) P. C., *op. cit.*, CXL, pág. 228.
(82) *Ibídem*, CXXXIX, pág. 226.
(83) *Ibíd.*
(84) *Antonio Machado y Giner de los Ríos* (Comentario a un texto olvidado), Jorge Campos. Revista *La Torre*. Universidad de Puerto Rico. Homenaje a Antonio Machado, núms. 45-46, enero-junio 1964.

Y aquí queda demostrado, una vez más, que el poema es síntesis—bella síntesis—de una idea, de un pensamiento. Y esto no llegó a penetrarlo demasiado a fondo Ortega, que, siendo contemporáneo de Machado, vio en la poesía una deshumanización del lenguaje (85). Antonio Machado, Unamuno y Ortega son módulos intercambiables en la cultura del *noventa y ocho*. Machado es pasivo. Unamuno, polémico. Ortega, teórico. Y siguiendo el símil arquitectónico que nos plantea el poeta en su elogio al filósofo, podría decirse que Machado es el románico. Unamuno, el gótico flamígero. Ortega—ya está bien definido por el poeta—, el macizo y laberíntico monasterio herreriano.

Ya nos es conocida la sutil preferencia que don Antonio tiene por el autor de *El sentimiento trágico de la vida*. Pero también cabe decir, en honor a la verdad, que Unamuno experimenta una debilidad extraña por Manuel Machado, que es su propia antítesis. Acaso porque don Miguel resulte híspido y desangelado, la dulcedumbre y el gracejo de Manuel Machado parezca a Unamuno algo alucinante que sobrevive a su mirada fulmínea y es capaz de excitar su instinto polémico. Don Antonio, serio, cordial, ajeno a toda vanagloria, sigue fiel a la escuela de Bergson, permanece acorde y consecuente a su inicial modo de ser. En Soria ha hecho crisis su in-

---

(85) Bien es verdad que la actitud de Ortega fue muchas veces paradojal. Por ejemplo, confesó su falta de vocación para la política—e incluso su falta de dotes—, aunque comprendiera que había «que decidirse por una de estas dos tareas incompatibles: o se viene al mundo a hacer política, o se viene para hacer definiciones». Y él hizo política una gran parte de su vida.

terno sosiego experimentando dos grandes debilidades: el amor y su devoción por la naturaleza. Esta última también es una distinta pero efectiva demostración de amor. Allí había coronado la cima del Urbión y llegaba hasta los orígenes del Duero. En Baeza, ya lo he dicho, anduvo por sus caminos hasta Cazorla y la Mágina, y llegó a las fuentes del Guadalquivir, su viejo río de la infancia. De tal conducta se desprende categóricamente que Machado se muestra ante la vida como partidario acérrimo de los principios de la esencialidad. Machado es esencial y esencialista. Le interesa el hombre, no su atuendo. Le interesa el fin, no la retórica de los medios. Por eso excluye de su obra la retórica. Por eso su poesía sigue la línea lógica conceptual, desnuda y sustantiva. Por eso, también, ama a Castilla que es el menos retórico de todos los paisajes, la más impávida de todas las regiones. Y por ser esencial el fenómeno del lenguaje, lo entraña, lo asimila y lo proyecta de una manera viva y rigurosa en sus relatos y en sus versos. Tenemos noticia de su íntima emoción a través de ellos. Nos llega la verdad de su pensamiento y de sus opiniones a través de sus artículos y sus prosas. La actualidad circundante exige una toma de posiciones. El hecho de definirse es un principio de ética. Estas actitudes humanas provocan una deuda moral en el hombre comprometido. Desde el punto de vista ibérico, esa dicotomía de postura activa, esa dualidad en que cristaliza la opinión, podía producirse de igual modo ante la tauromaquia. Joselistas y belmontistas. Aliadófilos y germanófilos. Vivir es decidir ante una situación dilemática. Ante el fenómeno belicista había que pronunciarse. La primera de las actitudes ex-

puestas se juzgaba pacifista, intelectual. Don Antonio Machado firma el manifiesto de los intelectuales en favor de los aliados. Como él, lo habían hecho las más significadas figuras del arte y de las letras. Pero hubo dos grandes excepciones: Benavente y Baroja. Por aquella época—seguimos en Baeza, en el año 1915—, Ortega publica *El espectador*. Sus páginas contienen bella prosa, sincero eclecticismo y agudas premoniciones. Miró intenta la aventura estética más importante de su empeño con las *Figuras de la pasión del Señor*. No encuentro en Machado ningún vestigio que me permita suponer una afinidad mironiana. El estilo es algo que puede ser admirable aunque la actitud del estilista, por merma de su profundidad, no resulte a veces compartible. Machado admira, sin embargo, a Azorín. Entiende el estilismo del *pequeño filósofo*. Pero hay que tener en cuenta que Azorín, aunque esclavo del estilo y obediente a su consigna, cultiva un escuetismo de admirable síntesis y una plasticidad enormemente sugestiva. Por ambas cualidades, Machado podría sentirse perfectamente identificado con el escritor monovarense.

Falla resulta todavía más fácil de asimilar para Machado. Su música elude, por su estructura y por su naturaleza, complicaciones adjetivas. Falla acaba de poner en circulación una pieza para danza—*El amor brujo*—sostenida en la reiteración de un tema clave de verdadero hallazgo. Su armonización es dramática. Se dice que la música expresiva resulta de fácil captación para los menos iniciados, pero es el caso que Falla viene a la realidad presente de Machado con la gracia de aquel joven granadino que conoció por carambola en Baeza y por *culpa* de su

amigo Domínguez Berrueta. El *chavea* es un intérprete de Falla que hace ante él un rito oferente por vía melódica. Domínguez Berrueta deja abierta la válvula de la mutua simpatía.

—El muchacho hace versos.

Aquella música—*La vida breve*—parecía el repiqueteo de un duende que huyese o emanase del ímpetu de Federico García Lorca. Por las noticias del casino, leídas al sesgo en la manoseada prensa local, Machado sabe que Italia ha entrado en la guerra y que, en las postrimerías del año, Romanones forma Gobierno y Alfonso XIII, con una alcotana de oro, inicia, frente a la *Casa del Cura,* el principio simbólico de la demolición para el nuevo trazado de la Gran Vía. Don Antonio piensa en Madrid. Entonces la Corte registra un importante dato para la homologación histórica de la Poesía. Es un hecho de escasa significación por el momento. Lorca ya no está en manos del pedagogo granadino que se queja tristemente de la fama de Manjón, un simple *desbravador de gitanos,* como dijo Machado (86). Lorca es estudiante en la Universidad. Estamos repasando el panorama de estos años de principio de siglo con los ojos, insustituibles para la contemplación, de don Antonio Machado. Procuro dirigir los pasos por los mismos caminos de Machado. Abocamos al año 1916, en que el poeta obtiene su licenciatura y realiza un viaje al Puerto de Santa María. Sus colaboraciones

---

(86) La actitud de Machado fue muy perjudicial para Domínguez Berrueta, que se vio obligado a retractarse públicamente de su instigación.

van a parar a la revista *España* (87) y a *La Lectura*. Rubén Darío muere en León, de Nicaragua. Machado le canta:

> *Rubén Darío ha muerto en sus tierras de oro,*
> *esta nueva nos vino atravesando el mar.*
> *Pongamos, españoles, en severo mármol,*
> *su nombre, flauta y lira, y una inscripción no más:*
> *Nadie esta lira pulse, si no es el mismo Apolo,*
> *nadie esta faluta suene, si no es el mismo Pan* (88).

Ya en 1917 salen las primeras ediciones de *Poesías completas* y de *Páginas escogidas*. El año 1918 ha puesto punto final a la guerra, y el 30 de octubre aparece en la *Gaceta* una Real Orden trasladando a don Antonio Machado a Segovia. Otra vez don Antonio vuelve a las llanuras castellanas para tomar posesión de su cátedra de francés.

Segovia aparece a sus ojos como un barco navegando en la estepa con vegetal arboladura. Cuenta Antonio de Miguel, profesor ayudante de Ciencias en el instituto de segunda enseñanza (89), que, siendo don José Martínez Ruiz subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, Machado sustituye en la cá-

---

(87) Es ésta una etapa de gran agitación social que culminará en el año siguiente con la caída del Gobierno de Dato. En la búsqueda de una España presentida para subsistir la doliente patria acontecida de tan plurales lacras, se organiza un frente ideológico integrado por nombres cuya sola resonancia define su ambiciosa inquietud: Luis Araquistain, Fernando de los Ríos, Manuel Azaña, Salvador de Madariaga, Luis de Zulueta, Américo Castro, Pablo de Azcárate... De su poderosa afinidad ideológica nace la revista *España*, que dirigen sucesivamente Ortega y Gasset, Araquistain y Azaña.

(88) P. C., *op. cit.*, pág. 241.

(89) *Antonio y Manuel*, por Antonio de Miguel. Artículo publicado en *ABC*, de Madrid, el 13-IV-1966.

tedra de francés a un *viejecito simpático, don Damián Colomés, que desempeñando el cargo del secretario del instituto se atenía al más viejo y tradicional formulario burocrático en materia de posesiones y ceses.* La carcoma es personaje muy significante en las aulas docentes, en el agro seco y desarbolado y en los discursos con escolio. Pero eso no importa demasiado cuando el Guadarrama es como un constante aviso de la vecindad de la Corte, y tanto Antonio de Miguel como su tocayo Machado, mirando a la serranía, perfilan con impaciencia sus fines de semana. Les obsede el momento de escapar a Madrid (90).

Mediante el tratado de Versalles, se crea la Sociedad de Naciones. Para los españoles, la entidad de este organismo parece una entelequia. Nadie ha podido reducir nuestro escepticismo destructivo, inoperante. Los problemas que dimanan de la triste suerte del campo andaluz van creando un estado de opinión que da lugar a una inquietud social ascendente que culmina en Barcelona. Se han sucedido los Gobiernos de Maura, Sánchez Toca y Allendesalazar, y en materia literaria, el fenómeno del ultraísmo constituye la última noticia importante con la vertiente lírica de *Piedra y Cielo,* que acaudilla Juan Ramón Jiménez. El poeta de Moguer admira profundamente a Machado. El vertirá estos conceptos en su *Poesía española contemporánea:*

> *Siempre que se me ha hablado de una antolojía de la poesía española contemporánea, he dicho lo mis-*

(90) Para tomar el vagón de cola en el humilde tren de las Euménides. (Así llamaba Machado, según Grau, a las profesoras que con él compartían la unidad, por recibir tan poco favor físico de la Providencia.)

mo: que es imprescindible empezar por Miguel de Unamuno y Rubén Darío, fuentes de toda ella (y de lo que falta). En Miguel de Unamuno empieza nuestra preocupación metafísica «conciente» y en Rubén Darío nuestra conciente preocupación estilística, y de la fusión de esas dos grandes calidades, esas dos grandes diferencias, salta la verdadera poesía nueva. Y no hay que decir, como dicen tales para complicar, eludir, sortear el asunto, que lo mismo sería empezar por Bécquer o Góngora, o Quevedo, o San Juan de la Cruz, o Garcilaso. No, sencillamente porque no son nuestros contemporáneos.

Y después de Miguel de Unamuno y Rubén Darío, y antes que ningún otro, pues en él comienza, sin duda alguna, y de qué modo tan sin modo, aquella fusión, Antonio Machado, el fatal.

¿Cómo es posible que nadie crea honradamente que se deban o puedan empezar antolojías por discípulos más o menos «separados»? ¿No se dan cuenta los que lo hacen de que están intentando dar forzada existencia a un cuerpo sin cabeza? (Uno de esos cuerpos sin cabeza, o con otras cosas, zapatos, guitarras, coles, cucharas, peces, en vez de cabezas, tan propios del sobrerrealismo, imitador jeneral, con gran talento a veces, de naturales ruinas.) (91).

Juan Ramón considera a don Antonio Machado un hito importante en la historia de la poesía castellana. Lo afirmará sin olvidar al otro generoso puntal con que, a su juicio, se revalida la salud del Parnaso:

...Ya, tras el choque contrario, fusión difícil, casi enemiga, de los dos estraordinarios tesoreros de espresión y alma (Darío y Unamuno), vienen, con otros que siguen diversos caminos, vulgares los más, y que

(91) *Estética y ética estética*, Juan Ramón Jiménez. *Poesía española contemporánea*, Selec. y pról., Francisco Garfias, Aguilar, Colección Literaria, Madrid, 1967, pág. 86.

ahora no me interesa considerar, otros dos poetas, andaluces, que, entre los que digo de su edad e ilusión aproximadas, significaron, desde el comienzo, lo fatal, vocativo, natural, interior; lo apartado y silencioso: Antonio Machado, el mayor de ellos, unió en sí con dócil plástica dolor y melodía, los modernismos relijiosos y profanos de Unamuno y Darío a la tradición española, y dio noble trato, luego de su iniciación lírica misteriosamente encantadora (lo más bello para mí de su obra poética) al tópico catellanista, tópico de seguida raza; heroicidad, paisajía, relijiosidad, picarismo, romanticismo, que estaba erguido ya en sus maestros inmediatos, y que fue haciendo de él, al definir lo retórico castellano, el verdadero poeta nacional, espíritu nacional denso y hondo, no alto, como San Juan de la Cruz o Fray Luis de León, que ésta es otra profundidad no intentada por él.

Antonio Machado:

Castilla miserable, ayer dominadora,
envuelta en sus harapos, desprecia cuanto ignora.

.....

.....

Antonio Machado, castillo nostáljico del pasado, como Unamuno, se fue quedando, tras su llegada plena, más aceptado y solo (92).

Y Juan Ramón Jiménez será aún más riguroso y definitivo en sus apreciaciones sobre Machado:

Clásicos son—serán—, de los escritores contemporáneos españoles, por ejemplo: Unamuno siempre y especialmente en sus artículos, Azorín antes de su

---

(92) Conferencia pronunciada por J. R. J. ante la Asociación de Mujeres Graduadas de la Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, con el tema *Crisis del espíritu en la poesía española contemporánea (1899-1936).*

«clasicismo» y Antonio Machado en su obra primera (93).

Al frente de las *Poesías Completas* de Machado, atestigua, asimismo, el poeta de Moguer:

> *Alto castillo solitario, con el prestijio ya de la ruina secular de pasado y futuro; tesoro verdadero de la poesía española antigua y moderna. En las pájinas finales, esta bella silva inédita:*
>
> *Abre el rosal de la carroña horrible, etc.* ... (94).
>
> *Sí, ésta es la gran línea lírica de Antonio Machado, rica talla polícroma; tosca, firme exactitud de la palabra necesaria y bastante; línea que arranca de su juventud, y que aparece y desaparece por el campo de su obra, como un Guadiana de ojo alterno, hermosura de agua de la galería subterránea, con los espejos del súbito raudal erguido siempre.*
>
> *El campo de Castilla con historia, la estrofa alejandrina y engolada quedan al norte, al oeste que mira a América, y son otra cosa que no es, siendo buena, tan buena cosa. ¡Espejo y galería, romance y silva del mejor, del auténtico Antonio Machado!* (95).

Importa mucho el juicio crítico del poeta moguereño, poco dado al elogio y más bien propenso a severidades a veces excesivamente rigurosas. El ve en Antonio Machado, como en el maestro Unamuno, una indefectible perennidad que se encarga de divulgar sin la menor reserva:

> *«Ruina secular de pasado y futuro.» El tiempo mayor o menor, cercano o lejano, depura, espiritualiza, su-*

---

(93) *Op. cit., Estética y..., Clásicos españoles e hispanoamericanos,* pág. 90.

(94) *Poesías Completas de Antonio Machado,* cuarta edición, Espasa-Calpe, 1936.

(95) *Ibídem.*

blima, rozándolas, usándolas, gustándolas con amor y en lo que él necesita, ciertas obras «populares» de arte, obras de intemperie, que él quiere asimilarse y asimilar a la naturaleza que representa; el «Poema del Cid», por eje, síntesis de arquitectura, música, pintura, escultura y poesía. Y las lleva así de día en año, de año en siglo, mejores cada vez, en un estado más permanente, más «eterno», pues que les ha hecho perder en él lo más inútil, las ha dejado en su verdadera, en la verdadera aristocracia.

Algunas de esas obras predestinadas tienen una calidad particular que las hace ya parecer en el presente lo que serán en el futuro, con lo que toman aspecto de pasado.

Esto es lo que yo he pretendido indicar del ya duradero Antonio Machado; lo que podría haber estendido al duradero Miguel de Unamuno, al duradero José Gutiérrez Solana, entre nosotros (96).

La estancia de don Antonio en Segovia ha mitigado un poco ese destierro de que habla el poeta incluyendo los años de Soria, etapa de su mayor plenitud emocional. Sin duda se refiere a las conexiones fáciles de hallar en la Corte, donde se producen todos los hechos que informan la actualidad española. Madrid representa el contacto con los *Lunes del Imparcial*, la revista *La Pluma*, que dirige Manuel Azaña; las páginas literarias de *El Sol* y *La Lectura*. Cunde en Madrid una noticia triste. Ha muerto Galdós. En estos días de 1919 aparece publicado el poema de Unamuno que ha de quedar como prototipo de su lírica más expresiva: *El Cristo de Velázquez*. Y en todas estas publicaciones que acabo de citar va apareciendo el teatro de Valle-Inclán, que, en el concepto de las gentes, es más publicable que represen-

(96) *Ibíd., Poesía española contemporánea*, pág. 88.

table, y así, *Divinas palabras* se publica en *El Sol;* la *Farsa y licencia de la reina castiza* aparece en *La Pluma,* y el primer *esperpento,* que es *Luces de Bohemia,* en la revista *España..* No sé hasta qué punto puede ser más importante para un autor dramático como Valle-Inclán que sus obras se publiquen, pues la realidad española arroja en aquellos momentos un cincuenta y dos por ciento de analfabetos y un cincuenta y seis por ciento de campesinos. Antonio Machado escribe sin prisas acuciantes de publicación, y ya en 1922 colabora en la revista *España,* en *Indice* y en *La Voz de Soria.* Se concede el premio Nóbel a Jacinto Benavente (97). En el primer número de la *Revista de Occidente,* Lorca publica la primera parte de su *Romancero gitano* y la inicial versión de *Mariana Pineda.* Don Antonio hace la adaptación, con su hermano Manuel, del *Condenado por desconfiado,* de Tirso, y traduce el *Hernani,* de Víctor Hugo. Se va perfilando la personalidad de los nuevos poetas de la Dictadura. Alberti y Lorca son compañeros de estudio en la Residencia de Estudiantes de la calle del Pinar. Moreno Villa publica su *Florilegio,* muy admirado por Gerardo Diego, poeta que acaba de entregar a las prensas su *Manual de espumas.* Dámaso Alonso ha publicado sus *Poemas puros* hace ya cuatro años. Estos poetas nuevos vienen pegando fuerte. Se convoca el premio nacional de literatura. Don Antonio Machado es miembro del Jurado (98). Hay un

(97) Machado integra, en esta época, la Liga Provincial de los Derechos del Hombre, juntamente con Miguel de Unamuno.

(98) La nota autógrafa de Machado sobre el juicio que le mereció el libro de Alberti, quedó en el original que le fue devuelto al interesado. Decía así: «Mar y Tierra».

libro que asombra a los juzgadores y pertenece a un joven poeta. Es el primero que publica su autor. Se llama *Mar y tierra* (99). Entre las colaboraciones de Antonio Machado en la *Revista de Occidente,* me parecen especialmente curiosas sus *Reflexiones sobre la lírica,* que publica en el año 1925, en que le nombran miembro de la *Spanish Society,* de Nueva York, y empieza a formular sus proyectos de colaboración teatral con su hermano Manuel. Todo esto es lo que Machado tenía a sus espaldas detrás del Guadarrama. Esta actualidad histórica, este paréntesis—del diecinueve al veintiocho—de nueva etapa castellana, que ahora puede animar con sus frecuentes viajes en un vagón de tercera, el vagón de cola, para poder admirar con el máximo rendimiento óptico la plenitud del paisaje (100). Es la tercera gran etapa de ese nomadismo de Antonio Machado, que ha trazado con su porte y figura la verdadera personalidad del poeta.

Cuando Machado llega a Segovia va a parar a una casa de huéspedes. Lo mismo que había pasado en Soria. Antes de conocer definitivamente el lugar de su residencia, se ha alojado, unos días tan sólo, en el Hotel Victoria, y, según cuenta Cobos por boca de Tudela, Machado fue a parar a la Posada del Toro, antes de encontrar definitivamente la pensión de

---

Rafael Alberti. Es, a mi juicio, el mejor libro de poemas presentado al concurso. Antonio Machado. (Véase el artículo *Alberti, Machado y Marinero en tierra,* de José Gerardo Manrique de Lara, en *ABC,* de Madrid, 14 de marzo de 1968.) (N. del E.)

(99) El título inicial del libro de Alberti fue *Mar y Tierra.* Luego lo modificó el autor al publicarlo Ruiz Castillo, quedando con el título conocido de *Marinero en tierra.*

(100) *Art. cit., Antonio y Manuel,* de A. de M.

la calle de los Desamparados. La retina machadiana sigue recibiendo el alimento de la luz con júbilo y sorpresa, lo mismo que ante los paisajes que precedieron a esta última estancia. Le sorprende la gama de verdes que pueblan las orillas del Clamores y el Eresma, haciéndose los encontradizos ante la proa altiva de la gran fortaleza alcazareña. Se extasía ante el cielo puro, rayano al fondo en un blanquecino resplandor que incendia las cúpulas catedralicias y dora las ruinas del monasterio del Parral. Mariano Grau, en su conferencia para el curso de extranjeros «Antonio Machado en Segovia», describe al poeta en su habitación de la calle de los Desamparados, número once, hoy museo de Machado. Es como si fuera un taller. Tal era la anarquía de libros, papeles, cuartillas desparramadas por el suelo, todo ello indiscutible huella de su gran agitación creadora. No me resigno a silenciar un párrafo de la prosa de Mariano Grau, por su ambiental eficacia:

> *En esta habitación, sentado frente a una mesa camilla pequeña, Machado trabajaba fumando incansable y cubriéndose con la ceniza de los cigarros, en tanto que un menguado braserillo se arrecía olvidado bajo las faldas del mueble. Algún tiempo más tarde, el poeta adquirió una estufa de petróleo que, si bien no consiguió calentarle, le puso en cambio en riesgo de perecer asfixiado por el humo. Para el proverbial desmaño de don Antonio, era demasiada complicación aquella estufa endiablada y pestilente que todavía luce su empaque irónico en la un día habitación del poeta* (102).

---

(102) *Antonio Machado en Segovia,* Mariano Grau. Homenaje a A. M. Cursos para extranjeros, Segovia, 1952.

La estancia en Segovia de don Antonio Machado tenía ya el respaldo de su prestigio y de su fama literaria. Don Antonio era uno de los primeros poetas españoles, y su presencia en la ciudad significaba mucho para los poetas y artistas jóvenes que pudieron reunirse a su alrededor. Anotaré los nombres de los poetas Alvarez Cerón, Julián Otero, Mario Guillén Salaya, el escultor Emiliano Barral—que murió al principio de la guerra en el frente de Madrid—(103) y de tantos poetas y escritores que colaboraban en *La tierra de Segovia;* de los pintores Bonnin y Unturbe, de Juan de Contreras y López Ayala (marqués de Lozoya), colaborador de la célebre universidad popular, que, con el aliento de Machado, tuvo su sede en la iglesia de San Quirce. No hay que olvidar tampoco a Ignacio Carral, Manuel Cardenal de Iracheta, Mariano Grau...

Las escapadas a Madrid hacen que don Antonio en esta época no se considere un desertor de la Corte. Ahora puede frecuentar el trato con su familia, con su madre y sus hermanos Manuel y José. Y sigue viajando en *el tren de las Euménides.* El final de este paréntesis se une a una reciprocidad fraternal que resulta muy novedosa y fructífera. Antonio y Manuel se dan la mano para iniciar la gran aventura teatral. Al año siguiente, sus proyectos, que fueron muy meditados, son ya una realidad. Ya hablaremos más adelante, con la escasa precisión que nos permite el espacio de

---

(103) Emiliano Barral es el autor de la cabeza tallada en granito que don Antonio Machado conservaba en su habitación de trabajo y cuya inscripción —*El arquitecto del Acueducto*— hizo sonreír más de una vez al poeta...

Y tu cincel me esculpía
en una piedra rosada.

que disponemos, del teatro de los Machado. Ahora pongo punto final a este capítulo con la entrada de don Antonio Machado en la Real Academia Española. Don Antonio se queda en académico electo. Su proyecto de discurso dormirá algún tiempo en sus bolsillos y estará a punto de perderse en su éxodo hacia la frontera francesa en los trágicos días de la guerra civil. El texto que se conserva es una redacción previa que hizo Machado para su ulterior desarrollo.

San Quirce y Guiomar

Segovia es un pintoresco *barrio de Madrid* milagrosamente arbolado y situado, por ferrocarril, a unos cien kilómetros de la capital. Antonio Machado, el genuino poeta del pueblo que no tuvo otro patrimonio que no fuese su acendrada carga espiritual, continúa fiel a la Corte en su jira sabática. Sube a la plataforma del renqueante vagón de tercera, entre las Euménides y las Coéforas, esas sufridas doncellas troyanas que enseñan geografía pero que todavía se tapan las piernas por estimar erróneamente que la naturaleza les ha dotado de ellas únicamente como instrumento de locomoción, cosa que abiertamente se encargan de desmentir los ásperos chirridos del movimiento de tracción más violentos y más perceptibles en el vagón de cola. Antonio Machado contempla el paisaje castellano tomándose una tregua en su casi necesario destierro. Un poeta es un perpetuo desterrado que se aísla por culpa de sus convicciones. Madrid espera a Machado al fin de cada semana para pedirle cuentas de sus medias suelas. Esos zapatones suyos, tan anda-

riegos, conocen ya muchos caminos. Por eso van abriendo sus dos grandes ojos—los patéticos ojos de las suelas rastreras—sobre los que gravita la torpe humanidad del poeta. Los zapatos se dirigen hacia el rincón del viejo café. Se han acurrucado bajo el peluche. Se quedan mortecinos y sedentes, en actitud gatuna, mientras van escuchando alguna cosa que se filtra entre sueños como un murmullo.

—¿Habéis leído *Viva mi dueño?*

—¿Qué queréis que os diga? *El ruedo ibérico* tiene un primer libro muy difícil de superar.

—Señores; no perdamos el tiempo en divagaciones. El gran hito de nuestra lírica lo marca el *Romancero gitano*.

—No van mal esos tiros. Va a dar mucho que hablar ese muchacho.

Los zapatones descansan junto al polvo y los restos de colillas desahuciadas, envolturas de azucarillos y el ronroneo de la carcoma provincial. A veces tropiezan inadvertidamente contra la contera de un bastón que, de pronto, se agita sucesivamente machacando sobre algún hierro frío de la indiferencia. Es el bastón de Machado, ese viejo amigo, imprescindible de tan familiar como resulta su útil convivencia. Es el primero que llega, el que tiende la mano y aúpa, el gran señor de las cumbres, el que señala los confines, el que sigue el rumbo del águila volandera, el que magnetiza misteriosamente la cúpula ermitaña, el que delata el gazapo que se confía un instante junto al matorral. Es el que hurga la intimidad del sapo que vive su paleolítico inferior y el que pincha la

tersura de los hongos aterciopelados con nostalgia de blandos acericos. Es el bastón de don Antonio Machado. Un noble personaje de nuestra lírica.

—¿Qué os parece *El jardín de los frailes?*

—Le sobra perfección, diría yo.

—Ya empezamos con eutrapelias. La perfección, si sobra, no es perfección.

—Podría ser estilismo hipertrófico.

Ha terciado de pronto el *pedantón al paño* indiferente al pasmo del escultor Emiliano Barral. Pero los zapatos siguen absortos en su sueño. A ellos no les importa en absoluto la Asamblea Consultiva ni el tricentenario de Góngora. A veces sueñan y se sienten engrandecidos y nobles como coturnos. Entonces serían capaces de tomar partido por el Polifemo y sienten nostalgia de tapices y estrados. Pero a pesar de su humildad se consideran muy importantes tal y como están, porque han llegado, a trancas y barrancas, a mil novecientos veintiocho echándose tapas y medias suelas para irrumpir decorosamente en el rincón de Guiomar. Guiomar tiene una ancha sonrisa. Habla muy claro y le cabe el mundo en su mirada. Su cuerpo se alza sobre unos finos tacones que los zapatones del poeta admiran estremecidos. Sus nerviosos pies se embuten en el interior de unas finas punteras. Son pies un poco impacientes, un mucho encontradizos. *Guiomar* suena bien. Es como decir horizonte. Es un nombre medioeval. Es como una alusión a rizosa espuma. El poeta sueña a veces e interpola los nombres. ¿Con qué puede sustituirse la palabra *pilar?* ¿Pilar o columna? ¿Y qué es lo que sostiene?

¿Su pródiga madurez? ¿Lambra? ¿Fenisa? ¿Laura? ¿Condesa de Gelves? Petrarca, Machado y Herrera se convocan de pronto en el pasado (104). Don Antonio renace en su corazón. Se comprueba en el amor. Y resulta que Machado está vivo y suena su memoria a son de cítara junto a Guiomar, entre el clamor del Clamores, arroyo atosigado de tristeza, entre el batir de la jara, el viento y el espliego. Y en su rincón —un sucinto velador que sirve de podio a dos estremecidas manos que se juntan—todo cuanto se dice parece una secreta consigna en la que siempre perdura la palabra amor, la invocación a la diosa, la promesa de lo eterno, el rito pagano de la felicidad. Por eso saben mucho estos zapatones que se arrebujan bajo la arpillera derrotada por esos inútiles muelles que caen en saco roto y ni siquiera sirven de humillante suspensión a esos héroes de azucarillo que tanto hubiesen hecho *si de ellos dependiera*, si ellos pudieran tener el mando tan sólo un día, como las mujeres de Zamarramala... Esos zapatones saben tantas cosas...

Perdón, Madona del Pilar, si llego
al par que nuestro amado florentino,
con una mata de serrano espliego,
con una rosa de silvestre espino.
¿Qué otra flor para ti de tu poeta
si no es la flor de su melancolía?

---

(104) La identificación de Guiomar es cosa harto sospechada y prácticamente probada. A mí no me compete, aunque poseo probada información. Las mujeres ponen más el acento en estos episodios íntimos y, por ello, Concha Espina, con la publicación de las cartas de Machado a Guiomar, y Justina Ruiz Conde, con la publicación de un artículo de título y contenido muy concreto, han levantado celosamente el hilo de la sospecha.

Aquí, donde los huesos del planeta
pule el sol, hiela el viento, diosa mía,
¡con qué divino acento
me llega a mi rincón de sombra y frío
tu nombre, al acercarme al tibio aliento
de otoño, el hondo resonar del río!
Adiós: cerrada mi ventana, siento
junto a mí un corazón... ¿oyes el mío? (105).

Esta confidencia surge en un doce de octubre. Sobre la rígida columna de su pasión, el poeta contempla el milagro. Ha nacido la virgen del ensueño. Un pilar monolítico. Una pasión erigida, edificada, monumental. Sobre este ofertorio, sobre esta antorcha edénica de ardor purificante, Dante Alighieri—con un Virgilio onomástico—no recibe a *Beatrice,* sino a la *Madona,* la señora doña Guiomar. Machado se nos muestra aquí como un hedonista solitario con su gran sentido humano, un poco asombrado de que sus papilas sepan gustar con tan profunda saturación. Machado lleva en las venas la plástica del paisaje, la penetración filosófica de un Henry Bergson maduro, cuyos labios docentes pronunciaban la sentencia del *savoir faire, du mistère de la pensée.* Está vivo el gesto del profesor del Colegio de Francia en aquel principio de siglo *émouvant,* donde los problemas metafísicos se resolvían por una plácida ecuación de

---

(105) En *La Estafeta Literaria,* núm. 83 (segunda época), apareció publicado un *soneto inédito de Antonio Machado,* 16 de febrero de 1957, que ilustraba un artículo de L. de la V. El texto de dicho soneto contenía graves errores y se entendía dedicado a la Virgen del Pilar. José Luis Cano prueba fehacientemente en un documentado artículo, publicado en la revista *Caracola,* la verdadera versión del soneto dedicado indiscutiblemente a Guiomar *(Caracola,* homenaje a Machado, núms. 84-85-86-87).

primer grado... ¡Oh, don Antonio! *Le rire* es un libro que te pronuncia, sin esfuerzo, el más allá de la idea, la otra cara de luna. *L'évolution creatrice* está poniendo texto a los labios de Mairena.

Los zapatones siguen soñando. La contera del bastón es la misma que señalaba el camino de la Vera Cruz donde Machado por su cuenta se armó caballero. Esa contera señalaba también los ojos tristes y ajimezados del ábside de los Templarios. Es la que puntillaba los caminos a la Maestranza, a la fábrica de harinas, al barrio de San Lorenzo, al Terminillo... La que enfilaba la torre alcazareña de Juan II y, sobre todo, aquel balcón por donde el hijo de Enrique II —el infante don Pedro—-se percipitó al foso de la fortaleza. Dice la historia que el aya cayó tras de él. La teoría aplicada del binomio de Newton hace pensar que la sirviente llegase a tiempo de imponer su limpia sangre plebeya a la ingravidez del leve infante. Los zapatones, al menos así lo piensan, lo sustentan. Machado es un hombre románico. Mira hacia las cosas que parecen expandir un aroma de siglos como ocurre con el ábside de San Millán o de San Clemente. Sus ojos lentos, bien superciliados, que van como dos luminarias a coronar un cansancio voluntario empalagosamente olvidado como el pájaro olvida sobre el espacio la costumbre de su vuelo. Las espaldas de Machado han descansado en el atrio de San Esteban... Lo saben sus zapatones que han pasado triunfalmente bajo el arco de la Fuencisla pisando la grava de la carretera polvorienta, parándose a cada momento para observar a una lagartija o para conjurar a una lagartona, para alagartarse al sol sobre una piedra, sin prisa, como esgrimiendo su cansancio

como un arma adversa a la soledad en la luz de las horas. Hasta llegar al atrio de San Quirce.

Hay un manantial que no ha sido señalado por el bastón de don Antonio, porque no es un venero, sino un eufemismo lírico de juventud. Es—¡quién había de pensarlo!—el nombre lírico de una revista de los nuevos poetas nacidos al calor de San Quirce. La revista *El manantial*, que alienta personalmente nuestro poeta y que se convierte en tribuna del joven quehacer lírico. La Universidad Popular crece acaudillada por Machado con Juan Contreras y López de Ayala, marqués de Lozoya; Javier Cabello, Mariano Quintanilla, Blas Zambrano, Ignacio Carral. Es la iglesia de San Quirce donde se rinde culto a las buenas letras. Se entra por el altar mayor como en esos cines que tienen el acceso inesperado por el lado de la pantalla. Es una universidad románica como el noble temperamento de Machado. Arquitectura militar, altiva de porte, comprometida de intención. A propósito de la fundación de *Manantial*, nos dice el bien documentado biógrafo de los Machado, Miguel Pérez Ferrero (106), que Castilla se muestra muy contenta de su Antonio Machado, como Andalucía de su Juan Ramón Jiménez. Porque son poetas capitales y cabezas de grupo. Pero a mí me parece la capital absoluta Machado, porque Machado es centro—andaluz y solemne, egregio como Giner—y Juan Ramón, en su claridad rigurosa, es donosa provincia, luminoso retazo de color.

Guiomar es el contrapunto. El amor ha puesto nuevamente en el alma del poeta la gran verdad con

---

(106) V. de A. M. y M., P. Ferrero, pág. 182.

que la pasión se renueva. Guiomar es el retorno de una felicidad perdida que se queda en el pórtico del éxtasis, que se pierde después en unas vísperas trágicas, que se desvanece como lo que es, como un sueño prolongado, acumulado sobre algo inestable que le induce a apoderarse del instante para que no huya, para que algo de lo que crece en él se realice antes de malograrse. Y Guiomar surge frondosa, profunda, valderramando su gracia aunque a veces su palabra disminuya los vuelos del poeta. Guiomar—es preciso confesarlo—no comparte del todo la ideología de Machado, pero ambos son hermanos en el amor como el viento y la fronda, contrarios pero inseparables.

Conmigo vienes, Guiomar;
nos sorbe la serranía.
De encinar en encinar
se va fatigando el día (107).

El filósofo hedonista se paganiza en el verbo de Abel Martín y Juan de Mairena. Eros llega al umbral y pone la furtiva miel, la felicidad tardía, en los labios de un poeta meridional dedicado a Castilla.

¡Y en la tersa arena,
cerca de la mar,
tu carne rosa y morena
súbitamente, Guiomar! (108).

Y Andalucía despunta en la veta más pura con que el pueblo la hace castiza:

Y te enviaré mi canción:
«Se canta lo que se pierde»,

(107) P. C., *op. cit.*, pág. 383
(108) *Ibidem.*

con un papagayo verde
que la diga en tu balcón (109).

Guiomar, viva y fiel, se desvanece como un sueño con la declaración de la guerra civil...

Tú, asomada, Guiomar, a un finisterre,
miras hacia otro mar, la mar de España
que Camoens cantara, tenebrosa.
Acaso a ti mi ausencia te acompaña.
A mí me duele tu recuerdo, diosa (110).

Ella se ha ido y ya no es fácil escuchar, por boca de mujer, esa *cierta verdad que ya no se estila* (111).

Ya se fue la diosa. ¿La volveré a ver?... (112).

Todo lo que ha ocurrido lastra su corazón con un peso imprevisible. Ahora todo es distinto. Queda lejos ya ese amor vivido, trascendido, por el que don Antonio Machado añade a su profundo gesto humano la alta espiritualidad de su emoción, de su grandeza.

---

(109) *Ibíd.*
(110) *Ibíd.*
(111) Carta de Antonio Machado a don Miguel de Unamuno, Segovia, 16 de enero de 1929. (Le recomienda el libro de versos, de «Guiomar», que se titula *Huerto cerrado.)*
(112) Declaraciones en *La Voz,* de Madrid, oct. 1938.

Años treinta y Collioure

El año 1929 permanece claro en mi memoria. Conserva una firme realidad de contrastación. Recuerdo que en aquellos días me llevaron a visitar las obras de construcción de la nueva plaza de toros, que estaba prácticamente terminada. Recuerdo una bandera española flameando sobre el punto más cimero y los azulejos cerámicos de la fachada con la data indeleble. Era entonces cuando se comentaba el éxito de *La Lola se va a los puertos*. Cuando Carmona rasgueaba la guitarra y se disolvía el cuerpo de Artillería. La Dictadura, que los menos reaccionarios, como Bergamín, llamaron *dictablanda*, caía en barrena. Recuerdo, ya en 1930, la portada del *ABC* con el retrato de Berenguer. Don Dámaso—que no era el de la *Oscura noticia*, pese a la tenebrosa crisis transicional—mostraba un rictus eslavo y unos bigotes a lo káiser que todavía gozaban de gran predicamento (113). Unamuno regresaba a España y empezaba a

(113) Me refiero a Dámaso Berenguer, que sucedió al General Primo de Rivera.

escribir *San Manuel Bueno, mártir,* cuando los dos grandes poetas que yo descubriría andando el tiempo—Lorca y Alberti—se iban perfilando lentamente. Recuerdo una puesta de sol en Rosales comiendo cacahuetes tostados en el vientre de una minúscula locomotora y, al día siguiente, en vez de una puesta de sol, una Puerta del Sol donde yo me encontraba chupando un caramelo entre los estrujones del gentío. Ahora, al cohonestar las fechas para el establecimiento de la cronología machadiana, me doy cuenta de que yo estaba frente al ministerio de la Gobernación el 14 de abril de 1931, mientras don Antonio se asomaba al balcón del Ayuntamiento de Segovia, como buen republicano platónico. En aquel año se estrenaba *La prima Fernanda,* y don Antonio abocetaba su discurso de ingreso en la Academia. Al año siguiente me examinaba el gran poeta de segundo curso de francés con una cara de hombre bueno dispuesto a no cobrar las *permanencias* con tal de que le dejaran tranquilo sumiéndose en el dulce nirvana de sus evasiones. Don Antonio acababa de ser nombrado hijo adoptivo de Sevilla, juntamente con su hermano Manuel. Nunca he sabido, pero menos entonces, cómo al mismo tiempo de ser hijo legítimo puede uno gozarse de los beneficios de la adopción. También lo fue de Soria por más lógico decreto. Aquel muchacho de pelo alborotado y rostro cetrino que Machado había conocido en Baeza interpretando a Falla, dirigía a la sazón el grupo teatral *La Barraca.* Ya era todo un dramaturgo, y el *Romancero gitano,* tan peligroso por sus influencias, le había puesto a la altura de los mejores poetas del momento. Su complicada firma, con unas mayúsculas espigadas de trazos poco

seguros, parecidas a tallos cimbreantes, aparecía en la convocatoria del homenaje al maestro Valle-Inclán, junto a la de don Miguel de Unamuno, don Alvaro de Albornoz, el maestro Vives, Juan Ramón Jiménez y el humilde Antonio Machado. Don Antonio va perfilando su credo ideológico. Su actitud reviste una nobleza compatible con un sano sentido de convivencia. En 1933 forma parte del Patronato de las Misiones Pedagógicas, en las que Casona colabora con gran eficacia. *La Barraca* escenifica *La tierra de Alvargonzález*. Juan de Mairena se populariza en las columnas del *Diario de Madrid* y se espera cada día el periódico con el afán de gustar una prosa delicada en la que un exquisito pensamiento se yergue al margen de toda retórica pedante. Ya se han asomado a los escenarios dos obras importantes de nuestra moderna dramaturgia, con las que se polemiza, se sienta cátedra, más o menos gratuitamente, en torno a la mesa del cafe.

—Ese Lorca va a dar mucho que hablar.

El padre Fidalgo, mi profesor de Literatura, dice que es el poeta más importante de la poesía contemporánea, en la que, naturalmente, incluía a los románticos. *La casada infiel* era para nosotros mucho más fácil que la clasificación de los insectos. Tales afirmaciones sobre el porvenir de Lorca empiezan a parecer profecías de Pero Grullo. De camino, se dice que su lenguaje popularista resulta un tanto convencional. Un lenguaje de laboratorio con eficacia dramática. Porque Lorca acusa un temperamento dramático y pone en boga una poesía neutra—liricodramática—que descansa sobre unos soportes de raíz popular y cuya veta teatral tiene una cierta entidad escenográ-

fica. Lorca sorprende, sobre todo, por sus valores reducidos a valoraciones sintéticas y por sus estudiados prototipos. La obra dramática de don Antonio Machado no tiene, sin embargo, ninguna conexión lorquiana, pese a la rara y salutífera novedad que en el ámbito de la escena española representa la obra del genial granadino. Al tiempo que Lorca pone en pie su teatro, de la mano de Margarita Xirgu, Machado, impasible en su sólida estructura clásica, se sostiene en ese teatro que está más cerca de los añejos hábitos que todavía exige la actualidad teatral. La sociedad burguesa—el público de teatro, que aunque letrado, es en rigor tan analfabeto como el resto de los iletrados—considera a don Antonio un dramaturgo fino—en unión de su hermano—que puede sonar muy bien, por poeta, en los labios de Calvo o de Lola Membrives. Lorca es un autor de vanguardia que acepta y hasta promueve las perspectivas escenográficas premeditadamente falseadas. Pondera los personajes. Elementaliza el decorado. Sus versos contienen imágenes difícilmente captables por ese espectador todavía siervo de la frase oratoria que se siente ajeno a toda emoción estética. El gran triunfo teatral de los Machado —*La Lola se va a los puertos*—tiene más paredánea vecindad con el teatro de Marquina e incluso de los Quintero, aunque su procedimiento sea más noble y la conjunción dramática de la obra consiga una mayor profundidad. Era lógico esperarlo así de ambos poetas. Hay quien ha dicho que la perseverancia en las formas tradicionales del teatro machadiano se debe a la colaboración de su hermano Manuel, pero ésta es una afirmación muy poco comprobable. Me imagino a don Antonio, hombre de tan castiza y meri-

diana expresión, haciendo la valoración surrealista con que Pablo Neruda se manifiesta en aquel entonces con su *Residencia en la tierra,* y con que Vicente Aleixandre se proclama como gran poeta en su libro capital *La destrucción o el amor.* ¿Cómo había de reaccionar Juan de Mairena ante esta deshumanización del lenguaje?, ¿cómo llegaría a las entendederas de «un filósofo amable un poco poeta y un poco escéptico, que tiene para todas las debilidades humanas una benévola sonrisa de comprensión y de indulgencia»? Machado, que ha preferido, con perfectísimo equilibrio, *permanecer* en vez de *asombrar,* hace la guerra a los *pedantones al paño,* y, en nombre de Mairena, nos dice que «le gusta combatir el *snob* de las modas en todas las materias». Pero él sabe perfectamente separar el oro de la ganga. El *snob*—abreviatura de *sin nobleza*—nada tiene que ver con el auténtico creador. Machado se coloca, en vísperas de la muerte, erguido como un chopo ribereño, desde esa alteridad disociativa, sinóptica, que le permite contemplarse y agudizar sus perfiles como un hombre que se está definiendo moralmente, intelectualmente ante la vida. Yo creo que Machado no hubiera sido nunca un filósofo sistemático y metodológico precisamente por su preciosa cualidad de gran poeta. Los poetas son los únicos capaces de trascender la auténtica filosofía sobre distancias de años-luz. El filósofo clasifica. Y la Poesía abarca un campo de aplicación metafísica. Y la metafísica es patrimonio de los grandes líricos como don Antonio Machado. Del estudio de los *egos* machadianos se infiere que Abel Martín es más metafísico que Mairena. Pero en Mairena se observa un acercamiento a la sereni-

dad tópica manriqueña. Digo *tópica* porque no sería lícito olvidar que Manrique fue también un frívolo poeta de salón. Yo identifico más a éste con la propia y definitiva personalidad machadiana porque Machado no llega a apasionarse. Vence, prepondera—no hay que dudarlo—su temperamento crítico. En Machado no hay pasión. Lo que en él aflora como don poético es una especie de regusto esotérico. Pero ya estudiaremos estos aspectos, aunque someramente, en los próximos capítulos.

En su última etapa madrileña, don Antonio vive en General Arrando. Permanece fiel a la vida de café. Se asoma al *Español*, una especie de *café-concert* al estilo de París, que alberga entre sus paredes un cierto romanticismo trasnochado. Cuando este café cierra sus puertas, el *Varela*, cerca de la plaza de Santo Domingo, acoge una nueva tertulia. Allí coincidirá una tarde el poeta con don Miguel de Unamuno recién investido de doctor *honoris causa* por la Universidad de Oxford (114). Cuando llega el verano de 1936, los hermanos Machado se separan. Don Antonio se queda en Madrid con la familia. Amarillea noviembre en el barrio residencial y tranquilo donde el silencio agita las ramas desnutridas del otoño. Madrid se ha puesto triste como aquel *bois de Vincennes* en su despedida de París. Es un adiós irremediable cuando todavía el nombre de Madrid en sus labios tiene un sabor de conquista malograda. Dejar la Corte le parece como madrugar en una mañana fría en que uno se encuentra sin aliento para acometer la jornada. Algunos poetas amigos le han aconsejado marcharse.

---

(114) *Vida de A. M. y M.*, P. Ferrero.

Entre ellos, aquel joven Alberti que Machado descubriera en *Marinero en tierra*. Don Antonio acepta el consejo. Se marcha de Madrid en compañía de toda su familia, a excepción de Manuel y de su cuñada Eulalia Cáceres, que han salido para Barcelona. Muy cerca de Valencia, en un pueblecito llamado Rocafort, se acomoda el poeta con su madre, su hermano José y las hijas de éste. El poeta saluda nuevamente al paisaje y cumple con Valencia su compromiso de plástica admiración. Don Antonio ha cambiado otra vez de río y ya habla sin tregua de ese color que le falta a Castilla a través de una pretendida luz de esperanza:

¡Cómo parece dormida
la guerra, de mar a mar,
mientras Valencia florida
se bebe el Guadalaviar! (115).

Anochece en Villa Amparo, y el poeta se resiente, como dolorido, de algún mal irreparable. En poco tiempo su salud se ha quebrantado. Aquel naranjo que entra en el marco de su ventana le recuerda su infancia de Sevilla. El olor a azahar le pone melancólico. En cualquier momento puede contemplar la huerta abigarrada y el azul de basalto del mar lejano. Su madre, doña Ana Ruiz, será como su sombra, compañera en continuo desvelo, alisando los pliegues de su frente. Jazmines, rosales, limoneros, aroma permanente de vida en el momento ya cercano del adiós. Las niñas de José jugando con la arena o tratando de conseguir un trébol de cuatro hojas. Y el poeta, desde aquella ventana, contemplando un mundo ven-

(115) P. C., *op. cit.*

cido y mediterráneo, cada vez más enfermo, cada vez más ausente. El último hito viajero de Machado es Barcelona. También consigue una vivienda independiente como Villa Amparo. Una *torre* del paseo de San Gervasio. En esta última etapa son muchas las noticias tristes que se apilan como nieve invernal sobre la visera de sus recuerdos. Miguel Hernández, el prodigioso Miguel, ha escrito *El rayo que no cesa,* una especie de milagro clásico actualizado. Han muerto Lorca, Valle-Inclán, Maeztu y, en el día de San Silvestre—el último del fatídico año—ha muerto su gran amigo don Miguel de Unamuno. Todo esto lo recuerda ahora, casi a los dos años, en las vísperas de su despedida. En la *Revista de las Españas,* al afirmar que don Miguel de Unamuno dedicó su vida entera a una meditación sobre la muerte, se formula una pregunta que no admite respuesta: «¿De qué otro modo podía morir, sino luchando consigo mismo, con su hombre esencial y con su mismo Dios?» Cabría decir a este respecto que don Antonio Machado es también un hombre esencial por naturaleza que no llega a trascenderse en una teogonía. Don Antonio vive casi abrumado por una carga de humanidad, de bondad y de honradez en la que no se incluyen nunca las posturas de fórmula pseudopurista. El 22 de enero de 1939, don Antonio y su familia abandonan Barcelona. Se detienen unos días, muy pocos, en Cerviá del Ter, y prosiguen hacia Figueras hasta alcanzar los Pirineos. Don Antonio, con su lírico voto de pobreza, había definido premonitoriamente su trágico destino. Como el capitán sigue a bordo de la nave siniestrada hasta el último instante, Machado navega a bordo de España hasta que se considera definitiva-

mente vencido por la adversidad. Ahora está huyendo de esta tabla de condenación en que aún se sustenta, cansado de flotar a la deriva. Cataluña es el último telón de fondo que pone España a su peregrinaje. El poeta sale de la escena española por la barrera montañosa del país vecino. Suenan en sus oídos las palabras de Carles Riba y de Joaquín Xirau. Han sido muchas caras nuevas, y algunas más viejas, las que han venido a decir adiós al poeta, a compartir la amargura de la despedida con mucho respeto, con un gran silencio. En las gargantas se ha quedado helada la palabra de muchos de los que le acompañaron para infundirle esperanza. El viento frío de enero se convierte en un cierzo que colabora con la muerte. Ha llovido sin tregua y, cuando clarean las luces del alba, sigue lloviendo con alguna intermitencia. Se escucha el retumbo de algún obús perdido, y en la mente de don Antonio, España es un alma en pena que no encuentra sitio donde meterse. Ese poco de tierra que aún sirve de realidad, ya insegura, a la eterna costumbre de sus pasos que han rastreado tantos rincones, es ahora algo muy difícil de procurar. Un puñado de tierra vale tanto como la propia vida. Se queda en medio del camino—*nel mezzo del camin*—, y por su serena frente va resbalando el agua de la lluvia. Xirau hablaba con la voz perdida en ese pertinaz rumoreo...

—*La pluja.*

Su voz parecía un rezo. Doña Ana Ruiz lleva los ojos no se sabe si mojados por el beso glacial de un enero friolento o por la lluvia pertinaz que por sus nobles sienes va discurriendo. Su pelo blanco y al-

borotado parece un halo de pureza. Es como si el poeta Machado estuviese predestinado para que todo lo noble concurriese en su realidad maravillosa y ejemplar. Por cualquier parte es fácil contemplar a la gente que huye tratando de encontrar algún agujero donde hallar un poco de soledad y de silencio. Lo más patético de todo su peregrinar entre camiones y ambulancias, acaso sea su *ligero equipaje*, un maletín de mano donde se sabe que había libros y papeles, la parte trunca de *Los Complementarios*, las cartas de Guiomar. Pero tan poca impedimenta podía ser pesado lastre en aquella crítica ocasión, Alguien encontraría esos papeles, esos recuerdos inconexos, ese par de libros de lance y esa sinopsis de un texto sobre la lírica y lo volvería a arrojar sobre la cuneta porque no era tabaco o porque no era pan blanco... Junto a la sangre avarienta, exigidora, poco podía valer la letra muerta. En las horas de la guerra, los anaqueles están cubiertos de bellas palabras inútiles y polvorientas. Don Antonio ya no tiene equipaje, y su querida España yace tras de los montes y de esa gran muralla que algunos han confundido con la puerta de Africa. Don Antonio está detrás de eso que nos separa y nos hace casi una isla, casi talón de Europa. Sigue lloviendo. Don Antonio y doña Ana se apean del coche del comisario francés en Cerbère. Todo está ocupado. No es fácil improvisar un techo para guarecerse de la lluvia y pasar la noche inclemente. Por fin, un vagón de ferrocarril acoge a don Antonio y a doña Ana. Ya no hay caminos. Don Antonio, en vía muerta, se resigna al olvido. Frío, insomnio, ansiedad y, al final, la luz mortecina de la húmeda amanecida que se va filtrando por las rendi-

jas. Los miembros entumecidos acusan un presagio de muerte. Don Antonio ayuda a su madre a incorporarse, y doña Ana se arregla los cabellos mirando por la luz de la ventanilla. Corpus Barga nos cuenta cómo algún amigo piadoso hubo de llevar en brazos a la madre del poeta. Doña Ana Ruiz, perdida la noción del tiempo y de la distancia, hablaba con sordo balbuceo de llegar a Sevilla. Pero aquella tierra que pisaba era Francia. Collioure. Llegar al hotel Bougnol-Quintana fue como desembarcar en nuevo continente, arañando la tierra prometida del descanso y de la paz en un último esfuerzo. Los ojos de don Antonio Machado pudieron contemplar por última vez el mar...

...casi desnudo, como los hijos de la mar,

porque iba a desembocar en la muerte como un río en el océano, como aquel de la copla de pie quebrado en que la representación de la muerte es la solución final del patrimonio paterno, de la perdida heredad de la sangre. En ningún momento de su vida don Antonio apeteció bienes o riquezas. Tenía una ancha frente destinada a pensar en España, destinada a que la patria le habitase. Ahora sólo disponía de una pequeña ventana como la de Villa Amparo, por donde todavía se veía discurrir la vida ante un fondo luctuoso de muerte. Altos cipreses, bajas cruces de un rígido cementerio. Mala vecindad era ésa para un poeta andaluz, sensual y hedonista, pero no tanto si se pensaba que él, como el maestro Unamuno, había comulgado en la estética de la muerte. Un

miércoles de ceniza, el 22 de febrero, murió a las cuatro de la tarde. Dos días después, doña Ana Ruiz entregaba su alma. Pero hasta la muerte resulta medida imposible para un poeta preclaro, para un hombre de raza inmortal.

ACOTACIONES AL PENSAMIENTO Y LA OBRA DE ANTONIO MACHADO

España en la voluntad de Machado

A veces un hombre se determina por la soledad, se excluye voluntariamente y llega hasta el umbral de la muerte sin apenas haber dicho lo que quería decir. Un hombre como ése pudo ser don Antonio Machado. La verdad es que casi no nos queda tiempo para nada y que llega el momento de hacer cuentas y partijas y resulta que uno está todavía empezando a conocer y a conocerse. Machado había elegido un rincón ignoto. Un paisaje al fondo, una vida silenciosa sin desembocaduras, llena de modestia como un yermo, con algún que otro ribazo de coloreada estética. Pero su vida fue harto simple, quizá demasiado esencial, excesivamente medular, rigurosamente metafísica. Todos aquellos hombres que verdaderamente cercenaron un poco su soledad irrumpiendo mágicamente en su conocimiento, le llamaron bueno, le aceptaron de buen grado con su escueta personalidad sin cartón y sin trampa. Juan Ramón le recordaba *por los trasmuros de sus ciudades terrosas... como si no quisiera pisar las florecillas del cielo silvestre que se*

le deben venir cayendo de la fantasía (116). Don Miguel de Unamuno—nos lo cuenta Pérez Ferrero—había dictaminado sobre su bondad, en la puerta del café *Varela,* ante un contertulio ocasional:

—*Yo vengo a saludar al hombre más descuidado de cuerpo y más limpio de alma de cuantos conozco: don Antonio Machado* (117).

Un solitario, lo que entiende y lo que prefiere como mejor compañía, acaso sea un espejo, no para actuar como Narciso, sino más bien para departir en amigable charla con ese que puede parecer Abel o Juan o la propia conciencia. Y un espejo puede ser el agua del río, esa memoria mágica con retroceso; el manantial sigiloso, el agua clara que emerge de algún rincón de la tierra donde uno encuentra su rostro repetido. Los caminos de Machado fueron siempre los que el hombre elige por su mejor andadura. Un solitario tiene muy varios recursos para poner en pie su vasta personalidad entibada por los puntos cardinales de su *gay trovar*. Un punto es el amor. Leonor le supo armar caballero de esa milagrosa Orden. Guiomar le hizo aún más humano con ese arrebol crepuscular con que empezara a otoñecer camino de la muerte. Otro recurso era la fe. Dios puede servir para rellenarnos y revitalizarnos como la estopa o la paja sirve para engordar el pecho de un muñeco de trapo. Dios puede ser un vino cálido y confortador que nos asume y nos habita las venas y nos hace voceros del éxito y de la sed inagotable de vivir. Pero Machado,

---

(116) *Españoles de tres mundos,* Juan Ramón Jiménez, Afrodisio Aguado, Madrid, 1960, pág. 162.
(117) V. de A. M. y M., P. Ferrero, *op. cit.*

el prodigioso solitario, Machado el bueno, santo de eterna renuncia, puro en su terca hombría, nunca se topó de manos a boca con ese Rey de Todas las Cosas empecinado en caminar de riguroso incógnito. Lo vio, pero sin causa, sobre el mínimo romero, sobre la mejorana y el tomillo, en el rumor del Duero, en el sol de los campos de Castilla, en la sonrisa de Leonor. Pero aquello fue fugaz como el vuelo de un pájaro que, quieto y accesible en un instante, se burla y desaparece como un reverbero. Giner modeló su alma, la hizo sencilla, austera, fácil, inviolable. Don Antonio fue como un tránsfuga huyendo continuamente de la realidad al misterio, del misterio a su propia sustancia. Nunca mejor podrá decirse que ser poeta es cantar enfática y ceremoniosamente esa enjundia que va espesando lo que uno siente por dentro. Y eso es cosa bien distinta a pensar en alta voz, que era lo que hacía por arte de magia Abel Martín o Juan de Mairena. Cuando se habla de esas cosas, se habla de lo que nos pasa, pero cuando se van engarzando versos en el hilo de esa memoria subconciente con que a veces abocamos a la realidad, hablamos de lo que nos duele, de lo que nos punza, de aquella célebre espina que se clavaba en el corazón del poeta. Machado, hombre institucionista, pensó con el premeditado objeto de ser comprendido. No le importó la vanidad que de lleno aceptaba en sus prójimos. Se sirvió de su espejo de solitario socrático. Se fue descubriendo, pasito a paso, como un hombre que se duele por los demás hombres. Ninguno como él se ha rendido en devoción y entrega a ese pueblo depauperado y sediento que estaba pidiendo la verdad a gritos por boca de sus puros poetas.

Otro apoyo del solitario, y más si Dios le falla en su cotidiana búsqueda, es la muerte, y Machado, como don Miguel, había comulgado con esa dura estética, en la que se aprende a fenecer un poco en tiempo de tristeza para terminar un día al borde de la sangre inevitable. Don Miguel se contemplaba en el regreso como don Antonio al despedirse de España sabía perfectamente que bajo su humilde pie peregrino un toro inmenso estaba enarbolando su furia. Ha muerto también como un solitario. Ha cambiado su viejo sombrero—tan martirizado en su desdén—por un laurel inmarcesible, y hoy nadie podrá negar que el poeta, ni clásico ni moderno, ni romántico ni deshumanizado, es el que canta a través de los tiempos con voz recién nacida, porque Machado lo es todo a la vez. No ha roto moldes ni destruido frisos, ni desmitificado dioses, ni halló nuevos modos de expresión en los bajos estratos del subconciente. Se limitó a decir en voz alta ese cantar que le iba inspirando su corazón de oro, y Dios, sin mucha pena por su descreimiento, fue poniendo música a su manera de trovar. Estoy seguro de que si Dios necesitase algún día una voz humana para incorporarla a su Divina Circunstancia, echaría mano de la suya por más pura y mejor concertada, por más amiga de la verdad y de la caricia. A un solitario como él le basta con estar en paz consigo mismo, tener un río al que cantar, un árbol al que orillar y un céfiro de primavera para despabilar sus frondas. Esos y no otros son los juguetes elementales que risueñamente puso Dios en sus manos para hacerle poeta. Sería una tarea muy empeñada y a la vez muy curiosa, calar en el trasfondo de sus poemas clásicos

y establecer una síntesis de su pensamiento a través de sus cogniciones líricas. Estoy seguro de hacerlo algún día. Pero ahora lo que trato es simplemente de ir sustanciando su pena, su tristeza y su emoción cuando él se ha visto, de pronto, proyectado a los campos de Soria, Baeza o Segovia, como un pájaro perdido en el océano que huyese por el portillo de una embarcación. Machado está de guardia a la puerta del ancho edificio de su memoria. Su frente noble y despejada hace norte al horizonte. Sus manos, mutuas amigas, se asen sobre la cayada del bastón. Apenas suena el murmullo de una hoja lenta que se posa en la tierra. Apenas sus ojos profundos, por tan entornados y distantes, son capaces de contemplar. Entro en su frente, sigiloso, y me encuentro otra vez con España. Por cualquier recoveco de sus pliegues frontales, la madre tierra disfruta de aposento. Lo que le tiene o lo que le tuvo, lo que le nutre o lo que le fue dando aquello que es, aquello que le importa. Y España le dio todo cuanto tuvo, que era bien poco, y la madre tierra es un eterno amén que su corazón pronuncia como oficiando un rito. Cuando en los días trágicos de la fatídica contienda comenzaba su éxodo y España empezaba a ser para él un lujo imposible, la otra madre, la madre de su sangre, fue la que más le importaba. Los suyos, lo suyo, su circunstancia, lo que le hizo, lo que le dio forma. Pero él sabía muy bien que lo de atrás, lo que se dejaba a la espalda, era también su misma vida. Esa España que habitaba su frente, era la España de don Miguel. Podía fácilmente encontrarse un tesoro de amor

y de firmeza en la prosa unamuniana o en esos *Campos de Castilla*

por donde cruza errante la sombra de Caín (118).

En *El Dios ibero* él había encontrado una manera distinta de creer:

Aún larga patria espera
abrir al corvo arado sus besanas;
para el grano de Dios hay sementera
bajo cardos y abrojos y bardanas.
¡Qué importa un día! Está el ayer alerto
al mañana, mañana al infinito,
hombre de España, ni el pasado ha muerto,
ni está el mañana—ni el ayer—escrito (119).

Ahora—¿acaso aún no lo sabes, don Antonio?—ha muerto el amigo Azorín como un sarmiento seco después de medir la vida concienzudamente con su minucioso tesón colorista. Azorín era ese que había pintado a Castilla en el libro que mereció tu espléndido homenaje:

¡Oh tú, Azorín, escucha: España quiere
surgir, brotar, toda una España empieza!
¿Y ha de helarse en la España que se muere?
¿Ha de ahogarse en la España que bosteza?
Para salvar la nueva epifanía
hay que acudir, ya es hora,
con el hacha y el fuego al nuevo día.
Oye cantar los gallos de la aurora (120).

De tales acentos se infiere que tiene más fuerza que la España cantada que acompañó sus pasos, la Es-

(118) P. C., *op. cit.*
(119) *Ibídem.*
(120) *Ibíd.*

paña soñada que acompañó sus deseos. Si hermosa era la España del paisaje, de la breña y el páramo, lo era mucho más aquella en la que él soñaba. La tierra que le dieron era como esos niños de vientre hinchado y rostro escuálido que necesitan que el amor inunde todos sus entresijos para hacerlos nacer a la alegría. La España que él soñó estaba todavía por venir...

Dejamos en el puerto la sórdida galera,
y en una nave de oro nos plugo navegar
hacia los altos mares, sin aguardar ribera,
lanzando velas y anclas y gobernalle al mar.
Ya entonces, por el fondo de nuestro sueño—herencia
de un siglo que vencido sin gloria se alejaba—
un alba entrar quería; con nuestra turbulencia
la luz de las divinas ideas batallaba.
Mas cada cual el rumbo siguió de su locura;
agilitó su brazo, acreditó su brío;
dejó como un espejo bruñida su armadura
y dijo: «El hoy es malo, pero el mañana... es mío»
[(121).

Me falta tan sólo desvelar su hombría separadamente de los versos. El había intuido la felicidad en un momento muy determinado de su vida. Así lo había dicho en una carta:

Si la felicidad es algo posible y real—lo que a veces pienso—, yo la identizo mentalmente con los años de mi vida en Soria y con el amor de mi esposa, cuyo recuerdo constituye el fondo más sólido de mi espíritu (122).

---

(121) *Ibíd.*

(122) El texto definitivo de este párrafo, según Orestes Macrí, es el que reproduzco a continuación, con sus personales acotaciones: «Vive V. en un pueblo al que profeso un cariño entrañable. Si la felicidad es algo posible

A pesar de lo que para su vida supuso Leonor, fue más importante el respeto que concedió a ese ir salmodiando en prosa la verdad cotidiana, el paso de los días. Estaba casado hacía un año, allá por 1910, en tierras sorianas, cuando en el homenaje a Pérez de la Mata, se le pidió el testimonio de su palabra para ennoblecer aquel acto. Expresó entonces su patriotismo sobre la base de su inconformidad. Era aquélla una forma de hacer noventayochista, a la manera unamuniana, donde el cogollo, el *leit motiv* es el noble deseo, lo que uno quisiera a toda costa llevar a su madre al conseguir la primera soldada. En el año 1910, el vagido de España, una España anémica y desconsolada, era llanto imposible de no escuchar. El lo había dicho en aquel homenaje:

> *En una nación pobre e ignorante mi patriotismo, señores, me impide adular a mis compatriotas donde la mayoría de los hombres no tiene otra actividad que la necesaria para ganar el pan, o alguna más para conspirar contra el pan de su prójimo; en una nación casi analfabeta, donde la ciencia, la filosofía y el arte se desdeñan por superfluos, cuando no se persiguen por corruptores; en un pueblo sin ansias de*

---

y real—lo que a veces pienso—, yo la identiría (*sic.;* hay que leer «identificaría», y creo mejor «identizaría») mentalmente con los años de mi vida en Soria y con el amor de mi mujer a quien, como V. sabe (,) no me he resignado a perder, pues su recuerdo constituye el fondo más sólido de mi espíritu. El saber que V. tiene talento y un espíritu inclinado al bien me llena de satisfacción. V. puede hacer mucho por esa tierra donde existe una verdadera avidez de cultura y una raza de portentosa energía.» (Carta a don Pedro Chico. Se da como probable la fecha septiembre u octubre de 1920, con Machado en Baeza.) *Algunas adiciones y correcciones a mi edición de las Poesías de Machado,* Por Orestes Macrí, revista *La Torre,* Universidad de Puerto Rico, núms. 45-46.

renovarse ni respeto a la tradición de sus mayores; en esta España, tan querida y tan desdichada, que frunce el hosco ceño o vuelve la espalda desdeñosa a los frutos de la cultura, decidme: el hombre que eleva su mente y su corazón a un ideal cualquiera, ¿no es un Hércules de alientos gigantescos cuyos hombros de atlante podrían sustentar montañas? (123).

No he hablado todavía de lo que Machado pensaba de nuestra tierra andaluza, porque, en cierto modo, fue un desarraigado, crecido después de su trasplante. Pero yo creo que se puede ser un andaluz ancestral, puro y teórico como lo era él—como yo lo soy—, pero crecedero en donde el destino le puso en honra a su sencillez. De esa teoría de lo andaluz algo ha dejado don Antonio en aquella arenga maravillosa que fue la necrología dedicada a Giner. Valorando sus buenas prendas, se le escapó decir:

como todos los grandes andaluces, era don Francisco la viva antítesis del andaluz de pandereta, del andaluz mueble, jactancioso, hiperbolizante y amigo de lo que brilla y de lo que truena (124).

---

(123) *Un texto olvidado,* Heliodoro Carpintero, *Ibídem,* página 26.

(124) *Antonio Machado y Giner de los Ríos,* Jorge Campos, *Ibídem,* pág. 61.

Significación etica y estética de un poema de Machado

Imaginémonos un gabinete de lectura en el que los libros sean solamente valores humanos, módulos independientes de valoración. Algo así como las *mónadas* aisladas de Leibnitz que, en un distinto sentido anímico, nos invitan a entender mentalmente un historicismo metafísico. Imaginemos que estos valores, estas *mónadas humanas,* están integradas en un conjunto de hombres que han dado una medida, un *noumeno* pitagórico, por establecer entre ellos la ecuación *humanismo-creacionalidad.* Podríamos decir que nos hallamos en una *homoteca.* Cualquiera de los *homofolios* de que disponemos son el resultado del hombre, más la cifra de su propia creación. Una de esas unidades, precisamente la que hemos escogido, es el hombre Antonio Machado. Desde el principio nos hemos dado cuenta de que esa *mónada humanista* se va aristando en una conjunción de planos que, en su connatural giro biológico, consiguen una línea generatriz de ecumenicidad. No hace falta más que

releer el *Retrato*, de Antonio Machado, cuyo poema es una estricta confesión personal en la que se puede intuir, sin dificultad, la futurición intencional de su palabra, la apetición de su ser moralizante que irradia hacia las estructuras que, a su modo de ver, son precisas para la desintegración de los espurios clanes. Porque la ética machadiana no va de lo particular a lo general, sino, por el contrario, del hecho a la personal circunstancia. Es asombrosa la proyección que en cualquier orden de ideas, dejando al margen la mera realidad somática del poema—por otra parte tan importante—encierra esta definición universalista, de un criterio, de una actitud ante la vida, de una profesión ética.

Los primeros versos de esta gran declaración de personales circunstancias que, juntas, constituyen su retrato, su iconografía moral y física, eluden, mitifican, recrean, convierten taumatúrgicamente lo que pudiera ser en un sentido material la filiación burocrática del hombre-masa. En esos primeros versos, Machado nos ofrece su fe de bautismo y sus galas patronímicas. En esos dos versos se apunta una convencional nostalgia, un primer documento formulario, archisabido, que para él está muy lejos de ser indispensable (125):

> *Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla*
> *y un huerto claro donde madura el limonero.*

Inmediatamente, en la fluidísima imbricación de los versos de este gran poema, el poeta plasma en un alejandrino una síntesis biográfica estremecedora.

---

(125) Como todos los textos poéticos, la glosa completa del poema *Retrato,* se cita de P. C., *op. cit.*

Síntesis llevada a la más rigurosa desnudez no sólo metafórica, sino expresiva. El poeta no acude a ningún medio retórico, no complica la expresión con ningún otro elemento de paridad equivalencial donde el símil, la metáfora o la imagen eleven el lenguaje vulgar a una quintaesencia más o menos accesible como es norma en la generalidad de los poetas. Lo que expresa es la simple valoración de una etapa de su vida proyectada sobre una definitoria circunstancia. Para mayor economía de medios, el simple período gramatical con que la expresa lleva el verbo elíptico, copulativo, suplido por una vírgula:

mi juventud, veinte años en tierra de Castilla

Esta declaración ya no es formularia, sino urgente, total. La juventud de Antonio Machado es el primer punto de esa semi-recta indefinida que ha de proliferar sucesoriamente en una eterna continuidad. Sólo habrá una solución de continuidad. Es decir, una discontinuidad: la muerte física. Ese partir de cero hacia el infinito, esa fusión de elementos del mundo machadiano donde la primera circunstancia dichosamente importante, en el *bios* del poeta, será la juventud, sinónimo del amor; una juventud que se proyecta en el paisaje—Castilla—y en el tiempo—veinte años—para configurar la realidad del poeta. No pudo Dios ofrecer mejor premio para un alma desbordada en la verdad y limitada sabiamente en la mesura, que ese páramo yerto y friolento del terruño soriano en el que tan maravillosa, tan austera y tan escuetamente puede conservarse ese grano de sementera que es la palabra germinal de un poeta que no

apetece mundos desbordados de fantasía. Machado abomina, a veces, de lo que fue espino traicionero —*malsín*, como diría él—, abrojo áspero en esa vegetal maraña de sus recuerdos que había sido capaz de malherir sus nobles manos, y es entonces cuando hace como una reprobación de cuanto le fue negativo y adverso, de lo que motivó el nacimiento de una lágrima furtiva de desesperanza:

mi historia, algunos casos que recordar no quiero

Antonio Machado se contempla a distancia, emplaza a sus complementarios. Los examina como un catedrático de instituto un poco más *hueso* de lo corriente. Les pide cuentas de cuanto han hecho. Machado ha convocado ante él la dualidad de sus personajes apócrifos para fundirlos con su *yo* en esa trinidad, en ese principio misterioso de tres en uno con que le define su propia creación. Hay un pequeño rubor, una puesta de sol en lo más hondo del recuerdo cuando piensa, con un sabor agridulce en los labios, cómo se produjo en su vida ese gran milagro del amor. Porque ¿quién que se sienta hombre y que se valore desde un ángulo humano, puede relegar al recuerdo aquel minuto entre doloroso e inmortal en que su carne se sintió impelida de pronto a la felicidad? Antonio Machado sabe que no fue un héroe, que no arribó al solemne pedestal, al podio reservado al gran personaje. Antonio Machado fue un poeta. En él despertó el amor como la hoja se remonta en el aire insuflado por un extraño soplo de imposible aprehensión. No, él no fue un héroe de esos que se pintan con oros y azules gobelinos en los tapices o a

caballo de las grandes capitulares que adornan los libros de las viejas leyendas:

Ni un seductor Mañara, ni un Bradomín he sido

Y hay una aclaración, humilde como una violeta, imprevisible como una pompa de jabón:

—ya conocéis mi torpe aliño indumentario—

Cómo pontifica—en un sentido rigurosamente semántico—; cómo establece un puente que va desde la nostalgia hasta la crisis de su espíritu, desde el cero absoluto de la sensación hasta la cifra inicial de la efusión, de la plenitud. Antonio Machado ha despertado al amor. Lo consigna con unas cuantas palabras relatadas con el solo adorno de una misteriosísima cadencia:

mas recibí la flecha que me asignó Cupido,
y amé cuanto ellas pueden tener de hospitalario

En esa declaración, un poco cultista y un mucho sincera, se consigna un plural—*ellas*—que no puede interpretarse frívolamente como una conducta epicúrea o báquica como correspondería a la mentalidad de Rubén. Lo que *ellas* tuvieron de hospitalario para él fue en un principio el alma y el cuerpo de Leonor, mujer sencilla como un pájaro, entregada como una flor que, al regresarla el poeta sobre su recuerdo, se le queda muerta y se le deshoja entre las manos como una figura de ceniza. La otra fue Guiomar, mitad pensada o presentida—como las musas—, mitad realizada pero sin terminar de vivirla, con un costado en la frontera, como algo que el destino le arran-

ca de sus brazos y que huye y es agua que no cabe en las manos y que escapa entre los dedos porque ha sonado esa hora que nos hace andar un camino eterno por el que no existen señales. Todavía queda otra mujer, pero ésta con el pelo blanco y las nobles facciones aradas con surcos de dolor que son acequias para el llanto. La última, la más fiel, la menos perecedera, la que había de acompañarle—se lo había prometido—hasta después de su muerte.

Machado hace una declaración ideológica. Este ángel de bondad a veces se intenta colocar en el rostro un bigote postizo para *reforzar* su carácter. Y aquellos ojos de expresión retraída y misteriosa se enarcan graciosamente como si pretendiesen llevarnos a engaño. En medio de todo, don Antonio, institucionista forjado en duro molde, es partidario de dar un manotazo en el aire y blandir su dedo índice apuntando hacia algo que quiere esconderse, algo vergonzante que es preciso delatar aun a riesgo de ser malquisto de los demás. Los crueles renovadores de la revolución francesa, los amigos de las medidas drásticas, los héroes de la violencia, no son útiles cuando no construyen y sólo derriban, no son aceptables cuando vilmente se simultanean. Pero la violencia denunciatoria—cuánto la necesitó siempre nuestra sociedad—es medida de toda cordura cuando se esgrime por el bien de los otros:

> *Hay en mis venas gotas de sangre jacobina,*
> *pero mi verso brota de manantial sereno;*
> *y, más que un hombre al uso que sabe su doctrina,*
> *soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.*

Aquí, en este último verso, se hace una valoración aclaratoria de la bondad, porque el adjetivo *bueno,*

como es sabido, tiene una acepción negativa o misericordiosa. Ser bueno en la positiva, significa, más o menos, querer el bien de los demás. No especular en desfavor del prójimo. Pero ¿qué poeta que en el rigor más absoluto de su misión nazca a los versos de la mano de un clasicismo arquitectural radiante puede quedar indiferente a la estética? La estética de Antonio Machado que motiva este comentario es algo tan importante en su obra, que puede decirse del poeta que en ningún momento deja de tener en cuenta tan radical valoración. Hay que tener presente que Machado surge por desprendimiento de esa ígnea antorcha modernista que es Rubén Darío, y que, por tanto, el poeta ha comulgado fervorosamente con la belleza para sentirse limpio de todo snobismo. En ningún verso de Machado podemos encontrar una sola concesión a lo deleznable, a lo perecedero, a todo aquello que no pueda juzgarse separadamente como elemento puro del poema. Por tanto, su profesión es estética, y no sería muy difícil recordar a través de su poesía sus muchas concomitancias rubenianas de exquisita maduración léxica, aunque Machado no incurra jamás en farragosas comparaciones ni en culteranismos que quitarían, deslucirían la gracia sustantiva de sus versos desnudos:

Adoro la hermosura, y en la moderna estética
corté las viejas rosas del huerto de Ronsard;
mas no amo los afeites de la actual cosmética,
ni soy un ave de esas del nuevo gay-trinar.

Quiere decir Antonio Machado que él sigue en sus trece. Que habla como piensa. Es decir, a través de una simplicidad expresiva concorde con su idiosincrasia. No entra en las nuevas corrientes, no le inte-

resan *los afeites de la actual cosmética*. Se lava con agua clara, se expresa en castellano con una propiedad peligrosamente prosaísta. Hay una condenación en sus palabras hacia los que se cardan encrespados tufos para *parecer* más que *ser*. No comulgará con ruedas de molino haciendo pasar sus simples palabras de castellano leal por las horcas caudinas de las nuevas tendencias:

Desdeño los romances de los tenores huecos
y el coro de los grillos que cantan a la luna.
A distinguir me paro las voces de los ecos,
y escucho solamente, entre las voces, una.

En cierto modo, sus palabras encierran un ataque a la pseudocultura, a los prontuarios de mitología, a la fácil pedancia, a los poetas que sólo son *eco* en vez de *voz*, a los reminiscentes modernistas que implicaban una decadencia. Antonio Machado es enemigo riguroso del decadentismo. Su voz es equilibrio, savia nueva, bien ahormada, para prevalecer. Todas sus rupturas de moldes son ideológicas, pero sus formas de hacer son permanentes. Precisamente en esa llamada imperiosa al buen juicio, a la constructividad, a la depuración, a la condenación del ajenjo y la bohemia, reside la gran virtud machadiana, porque él dudará siempre de su verdadero estilo, pero no dudará nunca de la autenticidad, de la sinceridad de cuanto ofrece:

¿Soy clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera
mi verso, como deja el capitán su espada:
famosa por la mano viril que la blandiera,
no por el docto oficio del forjador preciada.

Tal postura aséptica constituye una maravillosa premonición. Porque en la actualidad sucede que la Poe-

sía está regresando, después de su libre y desmayada trayectoria, al cauce de Machado, para dejar en mal lugar a esa inconcretidad vagarosa en la que se creyó encontrar la definitiva horma de la poesía pura preconizada por el abate Brémond. Se vuelve a la poesía de Machado. Se combate la deshumanización del lenguaje. Se aceptan los períodos de lógica significación. Ha triunfado la entidad simplista de la inspiración. El paisaje, las figuras más o menos absolutas en que se contienen las sensaciones: tristeza, amor, iracundia; bellamente dichas, tranquilamente expuestas. Machado, el perezoso solitario, amigo de la sonrisa, amigo de los campos, conversador con los humildes, contemplador de los pájaros, del cielo azul, del agua que discurre, buscaba a Dios por todas las esquinas, pero su paso tardo y dificultoso que le obligaba a bambolearse en equilibrio casi inestable—recordemos la anécdota del bastón en su visita a los Inválidos (126)—le hacía llegar tarde a todas partes, y cuando quería acordar, Dios se había ido:

> *Converso con el hombre que siempre va conmigo*
> *—quien habla solo, espera hablar a Dios un día—;*
> *mi soliloquio es plática con este buen amigo*
> *que me enseñó el secreto de la filantropía.*

Hay en estas palabras una gran esperanza, una prodigiosa fe en el porvenir. En un porvenir al que Machado llegará tarde fatalmente. Esta es precisamente la fórmula antidecadentista: la esperanza. El que se resigna a perderla no construye, sólo llora. Hay, además de esa esperanza, una inapetencia, una desgana casi santificante. Antonio Machado no necesita nada,

(126) *V. de A. M. y M.*, Pérez Ferrero, *op. cit.*

no apetece nada. Había dicho que moriría *como los hijos de la mar*. Sin pasaporte de credulidad. Sólo apetece trasponer el umbral de la vida o de la muerte con su humilde persona, sin más pertenencias, sin más oropeles, sin más honores... Hay en él como una preparación metafísica para el Más Allá, reino donde no es apreciable la opulencia ni los bienes terrenos. No lleva sobre sí más tesoros que los de su bondad. Machado es un estoico. No hace falta decir con qué santa convicción pronuncia sus palabras. Porque Antonio Machado no se muestra estoico solamente sobre los versos, sino sobre la vida. Ha vivido estrechamente, angustiadamente, siempre con una sonrisa a flor de labio, disminuido, oprimido, puro. Muestra de este estoicismo austero y tajante son estos versos:

Y al cabo, nada os debo: debéisme cuanto he escrito.
A mi trabajo acudo, con mi dinero pago
el traje que me cubre y la mansión que habito,
el pan que me alimenta y el lecho donde yago.

Un sentido plácido y profundo de la muerte, que es en cierto modo un fatalismo conmovedor. Se queda esperando a que el Dedo de Dios, un Dedo que él no conoce aunque lo intuye, pronuncie la Sentencia. Hay en él un equilibrio clásico logrado al establecer un contrapunto evangélico. A la izquierda, su jacobinismo ideológico. A la derecha, la bondad mesiánica y misericorde, su deseo de convivencia y de denuncia. En él, la ira se incuba en estéril cultivo, como bomba que no explosiona, como materia no miscible con la realidad, y en su lugar se remonta maravillosamente el sueño. Un sueño atribulado, nostálgico, de

grandeza homérica, donde la soledad, la elegía y una especie de panteísmo en el que gusta de residir absorto y contemplativo, le deja en la frontera de la muerte como si volviera al punto de partida, como si se estuviese desnaciendo:

Y cuando llegue el día del último viaje,
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontraréis a bordo, ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar.

Santos de la devoción del poeta

Los personajes apócrifos de Machado no tienen, a veces, demasiada formalidad. Diríase que Machado los crea para *divertirse* íntimamente con sus cogitaciones. Me valgo de la etimología del verbo *divertere*, en el sentido de *apartar* o *separar*, a través de Abel y de Juan, su propia personalidad. Mairena llega a desdecirse y hasta a increparse sin excesiva razón o con una cierta gratuidad, satisfaciéndose con deducciones más o menos provisionales, más o menos rebatibles. Juan de Mairena es una tolva que recibe en su seno el torrente de las experiencias cotidianas del poeta. Y así, Machado incurre, con su enorme capacidad receptiva, en experiencias didácticas y pedagógicas tan útiles como curiosas, que enriquecen su íntima inquietud y que son, en cierto modo, el contrapunto de su oscura dedicación. Cuando Machado descubre en París, en el Colegio de Francia, la dialéctica bergsoniana, intenta en seguida *promocionar* —como ahora se dice—su contenido ideológico. Se coloca en el dilema de acrecer sus conocimientos an-

tes de perecer—utilizo, naturalemente, un hiperbólico eufemismo—víctima de una inhibición que podría convertirle en innocuo *dilettante*. Machado se siente responsable de su salvación intelectual y se esfuerza a tomar partido por la obtención de su licenciatura, por el conocimiento del griego y por el trato continuo con sus filósofos y, en general, con los buenos santos de su devoción. Indudablemente, Machado es un poeta esencial y, por supuesto, un gran poeta. Y es tal la fuerza sustantiva que le mantiene erguido, que su punto de arranque es la eterna naturaleza del hombre que constituye su inmediata preocupación. La actitud humana ante la vida, ante la sociedad, ante la estética del poema, ante los demás hombres, ante el juicio crítico de la posteridad, es lo que le importa. Machado no tiene barreras. Es proyectivo, universal, pero no detallador. Es un desmañado que no sabe colocar los papeles en orden ni dar un giro completo a la llave de contacto. No ve las cosas pequeñas en lo que tienen de realidad física y táctil. Es como un hipermétrope, un oteador de lejanías, un lector sobre cómodo facistol. De ahí su torpe aliño, de ahí la gran suerte supervivencial de las motas de polvo de sus solapas. Con un planteamiento escolástico, diríamos que su objetivo es la *hombredad*. En un terreno ético, que es su mejor sustrato, diríamos *hombría*. En el ámbito poético sería preciso aludir a la sinceridad aliada con la belleza expresiva y conceptual. Pero no es menos cierto—aunque este aspecto del poeta sea el menos insistido de todos—que Machado es un pensador sin alharacas dialécticas, cuyas estructuras están implícitas en el rico venero de su lírica. Machado se transforma en ágil especulador de ideas y conceptos

—buena prueba de ello son sus personajes apócrifos— navegando por los rumbos de su poesía. Esteta por principio, estoico por convicción, ecléctico y clasicista por su pasmoso equilibrio, en Machado concurren las necesarias circunstancias para que, una vez localizado en su momento, por la cartesiana intersección de una ordenada temporal con la abscisa en que se proyecta el sentimiento de la muerte, encontremos curiosas equidistancias de criterio, amén de otras analogías y afinidades que pueden hallarse en los textos de Ortega, Unamuno, Bergson y Manrique, en cuanto a creación y pensamiento. A este extremo me interesa llevar mi atención en esta captación de afinidades electivas analizando la relación de Machado con los principales santos de su devoción. Voy a irrumpir en su mundo dando vuelta a ese folio temporal retrospectivo en que se nos ofrece el poeta perfectamente definido en la dualidad de lo humano y lo cotidiano que lo templa y lo forja. Machado es recio de voluntad, insobornable de criterio, pero la aceptación fatalista de todo cuanto en su torno trata de invertir su apetición, lo relega condenando los ecos de su factible resonancia. Y ese fatalismo, percibido a través de una ósmosis para la que su piel resulta tan propicia, hace a Machado castellano, amante, paseante solitario—o repartido en mancomunada soledad—y caminante andariego con un amor deleitoso de contemplación sensual, con un cariño al paisaje, con un sentido de irradiación telúrica y con una cerebración tranquila y plácida de solitario contemplativo en el que la influencia de lo temporal gravita morosamente a todo lo largo de su vida y de su obra. A Machado le sobra tiempo. Son muchas las cosas que

puede *dejar para mañana* a fuerza de abundar en su presente con tan urgida intensidad. Dice el poeta: *Hoy es siempre todavía.* Tres adverbios temporales enhebrados en un nexo copulativo cuya significación es enigmática. *Ser* es *vivir.* Un ser es una vida. Con esa expresión temporal quiere anunciarnos el poeta que ese instante en que vive y en que *es*—puesto que vivir y ser es en la opinión de Abel Martín algo así como una sucesión temporal evolutiva cuyos movimientos efectivamente van implicando la vida—justifica todo aquello que, quizá por demasiado sutil y sibilino, no comprendieron los eleáticos: la realidad del movimiento, esa mutación cósmica indetectable que provoca la realidad del ser. Un santo de la devoción de Machado—Ortega—disentía en muchos aspectos de su opinión. No sólo en concepciones temporales o sustantivas, sino en aquellas más tangibles y menos empíricas del arte y de la estética. Creo haber dicho alguna vez, haciéndome solidario de la opinión del poeta, que Ortega y Gasset tenía una idea de la Poesía un tanto teatral y convencional. Recordemos que esa idea nos la transfiere con regodeo tautológico. He podido observar que en esta apreciación se incurre frecuentemente cuando se parcela la creación artística provocando los tan decantados como convencionales géneros literarios. Cuando se enjuician como compartimientos estancos, vemos que existen la prosa y la poesía y que son como dos líneas paralelas de imposible convergencia. Se muestran heteromorfas. Necesitan de distinto cultivo. Entre los géneros de la prosa nos encontramos los de la narración, el teatro y el ensayo y todas sus respectivas derivaciones. Pues bien, usando una terminología orteguiana, cabría decir que

si prosa y poesía son líneas paralelas no convergibles, también existe o podría existir una geometría no euclídea en la que poesía y prosa fueran—en la infinitud cosmogónica de la palabra—materias coercitivas, consustanciales y coexistenciales, porque la Poesía puede aflorar en el teatro, puede surgir en la prosa y hasta, si se me apura, en el mismo ensayo. Sólo hay que diferenciar la formalidad poemática en el verso y el *tempo* poético en la prosa. Volviendo a coger el hilo de nuestro tema, quiero terminar de apuntar las disensiones entre Ortega y Mairena. Por ejemplo, Ortega diferencia la prosa de la poesía entendiendo a esta última como un envaramiento o enfatismo. Lo que en prosa sería *definición*, en verso sería *ponderación*. Lo que en la narrativa es encadenamiento de períodos sintácticos lógicos y de fácil expresión, en poesía serían términos anfibológicos empleados sin excesiva propiedad y llenos de similitudes y equivalencias. Dicho en las propias palabras de Ortega: «intencionalidad de metaforización». La expresión es muy vaga, porque el hecho no es constante, sino permutable. Así, se da el caso de que Ortega entendía a Góngora como poeta máximo, tal vez porque Góngora haya sido el poeta con que mejor puede hacerse valer la teoría orteguiana. ¿Cómo había de reaccionar Machado—¿Mairena?—ante esta afirmación? Parece obvio suponerlo. Fácil es comprender que a Machado se le daba una higa—más de una vez reaccionaba en espíritu y verbo cervantinos—semejante declaración, porque si tal cosa fuese cierta, la realidad sería que el autor de *Campos de Castilla* no era poeta. Y Machado es un poeta prácticamente desmetaforizado, de nulo amaneramiento, de diáfana

comprensión, enamorado del lenguaje vivo y castizo, empecinado en obtener por alambique un contenido lírico de comprometidísima sencillez. En Machado existe una valoración del lenguaje, un sopesar el vocablo para la apreciación de las más altas calidades fonéticas, un ejercitador de fáciles asonancias y más fáciles consonancias. Se le ha acusado, como ya es sabido, de *participar* o *participiar* las rimas en el sentido de hacer reiterada aplicación en sus rimas del accesible participio pasivo. Nada hay en Machado que denuncie un engolamiento, una intencionalidad previa, bien sea metafórica o retórica. A pesar de esa *diversión* o divergencia, Ortega es santo de la devoción de Machado. Participa el poeta de esa atracción hacia la figura del pensador, de la que ningún intelectual de su tiempo quiso o pudo sustraerse. La elegancia estilística de Ortega y sus ágiles y originales ángulos de enfoque han sido el señuelo infalible de una juventud. Con la cabeza de Ortega ha pensado la juventud de dos generaciones. De los santos de la devoción clásica de Machado son símbolos permanentes lo mismo Parménides que Heráclito, Platón o Jorge Manrique. Y más cerca, Husserl, Heidegger y Scheler. Manrique es también un poeta temporal, invocativo. La visión del discurrir vital hasta la muerte—la muerte como mar, infinitud—es una cognición filosófica transformada en endecha con maravilloso acierto. Esta actitud es también unamuniana. Y viene a cuento, porque, a pesar de la afinidad equidistante entre don Miguel de Unamuno y Machado, éste no llega a interesarse por Kierkegaard, Marx y Engels. Machado tiene del existencialismo una idea más bien especulativa, porque—ya lo hemos dicho—

Machado es un poeta esencialista por naturaleza. Una circunstancia curiosa que se da en su poesía y con más frecuencia en su prosa, es la utilización de ciertos neologismos y de cierta premeditada ruptura en la tradición de las desinencias verbales. Por ejemplo: «Si la felicidad es algo posible y real—lo que a veces pienso—, yo la *identizaría* mentalmente con los años de mi vida en Soria.» Así figura en el manuscrito. En apreciación de algunos—creo que Orestes Macrí entre ellos—, la palabra es todavía más contracta: «identiría», cosa que induce a pensar en el involuntario error. Pero hay que tener en cuenta que el poeta escribe: «el pan que me alimenta y el lecho donde *yago*». Hace así más grave y eufónica la expresión, utilizando la estructura desinencial del verbo *hacer*, en vez de la más usual que, por analogía, se acepta del verbo *nacer* o *acontecer*, que incorporan al presente de indicativo el sonido *zeta* en abierta repulsa a su contigua consonante: *yazgo* y *nazco*. Incluso llega a modificar las radicales verbales por considerar que con el cambio de vocal consigue una mayor calidad fónica.

> *Te bendicirán conmigo*
> *los sembradores del trigo* (127).

Esta afición a los neologismos y a las peculiaridades gramaticales son, en cierto modo, conexiones de criterio con el maestro Unamuno. La admiración era mutua entre los dos poetas. Hay que recordar que, a raíz de la publicación de *Campos de Castilla*, Unamuno escribe a José María Palacio:

---

(127) P. C., *op. cit.*

Al principio me saltó al alma una impresión casi mística, después he sentido mejor lo que de trágico tiene. Es todo un poeta Machado, y Soria le ha suscitado un fondo del alma que, acaso, de no haber ido ahí dormiría en él (128).

De la admiración de Machado por el vasco ya me he ocupado alguna vez, pero quisiera dejar señaladas ciertas correlaciones de criterio que son las que pueden darnos la medida idiosincrásica de ambos escritores. Por ejemplo, la admiración por el paisaje y el valor que a éste concede según se desprende del párrafo de la carta a Palacio que acabamos de transcribir. La ponderación de la vida sencilla y recoleta, el menosprecio de Corte y la lógica y fundada aversión al falso mundo literario. Unamuno y Machado se encuentran en Cervantes—cómo fue acogida la famosa pareja recordada y recreada por don Miguel, el docto de Salamanca, en aquellos campos de la Andalucía manchega—y se encuentran en Castilla, en las cartas que se escriben, en el *quid divinum* de ese *sentimiento trágico de la vida* que los humaniza, en ese ir a la muerte como para resolver un problema de eternidad, como para cumplir algo ineluctable, azogándose en la tiniebla, desnaciéndose hasta conseguir el beso de la inmortalidad.

---

(128) Carta de Unamuno a José María Palacio, desde Salamanca, posiblemente de 1913.

Machado, poeta culto y popular

El poeta se nos revela claramente en sus versos. Es muy fácil entenderle. El lector se sitúa inmediatamente ante Machado, predispuesto a su favor. ¿Es Machado un poeta popular? Lo es en sus canciones, aunque fluya su vena cultista soterrada y lejana. Veamos los medios de que se vale Machado en la canción. A veces expresa una idea de contraste en lenguaje directo. Asombra su capacidad para trascender la prosa más desnuda de toda retórica:

> *Junto a la sierra florida,*
> *bulle el ancho mar* (129).

Apenas ha dicho nada importante si no saltase desde este enunciado prosaico a la metáfora plástica de fácil captación:

> *El panal de mis abejas*
> *tiene granitos de sal.*

---

(129) P. C., *op. cit.*

Esta serenidad expresiva—netamente popular en el uso ingenuo del diminutivo—se ve trascendida por la propia emoción que le confiere su sencillez, su intencionalidad casi satírica. También aborda las actitudes más insólitas, como son el parear dos octosílabos por el camino más corto de la aleluya:

La primavera ha venido.
Nadie sabe cómo ha sido.

Pero fácil es darse cuenta de la emoción y el contenido conceptual que residen en estos dos versos. Nadie puede entender el milagro de la primavera. Ha irrumpido misteriosamente. El milagro es algo tangible y nadie sabe cómo haya podido producirse. El caso es que ahí está el color, la fragancia, la vida dando saltos. Esto queda ya más claro—y me refiero a la solución poemática—en la estrofa sucesiva que, en rima fácil de participios pasivos monorrímicos, enlaza con la anterior incorporando el gran hallazgo. Se inicia con un *ritornello* y brota nuevamente en la metáfora:

La primavera ha venido.
¡Aleluyas blancas
de los zarzales floridos!

Machado es un poeta de los sentidos. Andalucía despierta en él y se remece en el tiempo avivando su morosa delectación. Olor y color, embeleso sensorial ante lo que está vivo como en la ritual vehemencia de un viejo Omar Kayyam:

Y este olor
que arranca el viento mojado
a los habares en flor.

Qué difícil es que Machado no recurra, en cualquiera de sus líricas tierras de cultivo, a la idea temporal o a la ensoñación. A lo largo de este libro ya me he referido a esta constante que Ramón de Zubiría, Williams Barnstone y Robert S. Piccioto estudian sagazmente. ¿Qué sería de Machado restándole las sugestiones de la tarde, de la tristeza de las últimas luces, de esa interpretación tiempo-río, tiempo-fuente, tiempo-silencio? La conocida definición que hace Machado de la Poesía es convincente. Porque si tuviéramos que hablar con el tiempo, ¿qué lenguaje habríamos de emplear? Y la definición es más válida aún si se entiende concretamente referida a la propia poesía de Machado. Machado no es poeta de la fe. Machado canta lo que está viendo, lo que está comprobando. Y lo canta desde su fenómeno temporal. Machado es poeta en el tiempo. Machado es lo permanente. Y *la poesía es un diálogo con el tiempo* que late en torno nuestro en tanto estamos vivos, en tanto existe el tiempo para nosotros. El hombre teme ante lo por venir. Denuncia su angustia temporal ante un tiempo futuro. El hombre canta su pasado, se duele nostálgicamente de lo que tuvo; delata su angustia temporal del pasado. El hombre se debate en su realidad, vive, sueña, se empecina en su presente. El mismo temor a la muerte es una angustia temporal fatídica. La disgregación de lo repetible es una constante temporal: el río heraclitano, dantesco o manriqueño; *la durée* bergsoniana; Duero, fuente, corazón, reloj, pasión, amor que *urge,* posesión absoluta con que la voluntad quiere eternizar el deseo, hacerlo gran chambelán de Cronos. Recordemos sus canciones:

La fuente y las cuatro
acacias en flor
de la plazoleta.
Ya no quema el sol.
¡Tardecita alegre!
Canta, ruiseñor.
Es la misma hora
de mi corazón.

Es el mismo tiempo en que están coincidiendo una realidad circundante—la estancia—y una realidad vital—la esencia—, una sangre viva y una armonía de las cosas y de los demás seres que existen en cuanto que el poeta, desde su imaginación perceptiva, las oye, las contempla y las entiende.

Pero cuánta furia represada es necesaria para poder alambicar las ideas hasta que solamente el poeta llegue a manejar valencias elementales. El poeta solitario, dialogador del tiempo y de su más o menos discrepante alteridad, canta con sus mínimos elementos: él, su sombra, su afán andariego, el camino, el paisaje... ¿Pero cuántas palabras emplea? Son muy pocas:

¡Blanca hospedería,
celda de viajero,
con la sombra mía!

Y con cualquier pretexto volverá a sorprender en el tiempo su gran sentido de eternidad. Por ejemplo, ese camino del agua, de su agua temporal y alucinante, el gran acueducto que, por la solidez de sus sillares y por la armonía de su trazo, parece el símbolo de lo permanente. Por eso su buen amigo el escultor Emiliano Barral había de apodarle—cincel y piedra—*el arquitecto del Acueducto:*

El acueducto romano
—canta una voz de mi tierra—
y el querer que nos tenemos,
chiquilla, ¡vaya firmeza!

Machado ha jugado con otro elemento en cuyo manejo se emplea muy diestro en razón a su sevillanía. Ese elemento es la hipérbole. Es como el contrapunto de su gran sobriedad castellana adquirida por la frecuente y necesaria catarsis que experimenta el poeta ante la soledad del paisaje. Machado se confiesa con las piedras, con el río y el yermo. Y se queda en carne viva. En puro castellano. Pero hay un instante en que incurre en su sedente regusto de sensualidad, y la hembra graciosa que se inclina de pechos en el brocal, rompe la línea de su fiel austeridad y vuelve la hipérbole, la copla y la antigua Andalucía:

A las palabras de amor
les sienta bien su poquito
de exageración.

En este aspecto, en el de las emociones sencillas y directas, en todo aquello que no necesita ser trascendido por cuanto puede valorarse desde su propia nimiedad, es en donde Machado se muestra popular hasta la medula. El poeta, hombre de pensamiento, comprometido con su tiempo, perfectamente desligado de todos los embelecos que lastran nuestra sociedad, se mantiene ileso de todo prejuicio, limpio de toda contaminación. Machado se salva de la beocia que invade su mezquino contorno. La estólida provincia le asedia. Tópicos por todas partes, risueños, gordos y brillantes como la madera manida del balaustre del casino. Y mucho casino, retranca, rutina...,

quinquenios, escalafón, gaceta... El es un provinciano errante pero predestinado para poeta universal. Mientras enciende su cigarrillo con mal pergeño y aventa sus terribles e incendiarias pavesas con mano torpe y sosegada, se oye toser a algún notario y, sobre el mármol, como una osamenta macabra, se golpean las fichas del dominó. Pero Machado piensa en Dante y en Heráclito y en las firmes pantorrillas de aquella moza de cántaro que se echaba de pechos sobre el abrevadero camino de la Fuencisla. En este sentido, Machado es popular en cuanto no reniega de eso que armoniza con el alma sin ahondar en el entendimiento. Entonces se nos muestra de simple hechura y canta porque sí, al son antiguo y entrañable que se nos queda fijo en la memoria:

En Santo Domingo,
la misa mayor.
Aunque me decían
hereje y masón,
rezando contigo,
¡cuánta devoción!

Pero Machado incorpora algo nuevo al son popular de la copla. En *Proverbios y cantares* hay pensamientos y conceptos ya trascendidos, sin abandonar el aire popular con que están trazados. Algunos de ellos, por su belleza expresiva y conceptual, se repiten hoy hasta la saciedad con esa delectación que produce siempre el gran hallazgo lírico:

El ojo que ves no es
ojo porque tú lo veas;
es ojo porque te ve.

Estos pensamientos aforísticos, híbridos de copla y adivinanza, aunque no exentos de intuición filosofal, tal vez pudieron reencarnarse en la greguería ramonesca, resumen una intención estética y perfecciona una idea con asombrosa economía de medios: *es ojo porque te ve*. Es ojo porque *tú* estás en él inevitablemente contenido, porque ya no es posible escapar a su curiosidad. Estos probervios son vivencias dispersas del pensamiento de Machado, ideas, muchas de ellas, que hemos de ver en sus prosas apócrifas o en sus cartas y artículos de colaboración. Machado, en la encrucijada del nuevo siglo, pone en tela de juicio la aportación de los renovadores. Saca a la luz al *pedantón al paño*, al erudito a la violeta. Machado parte del *nihil novum sub sole*. Ni siquiera espera nada del siglo que acaece, porque el tiempo de las calendas no es tiempo real. Para ese tiempo cifrado, para ese número hipotético de la realidad no existe contable legítimo. Nadie cuenta las gotas del océano, ni los hilos de luz que se derraman en el pajar o sobre los peces de trigo. Nadie cuenta la arena del río.

¿Siglo nuevo? ¿Todavía
llamea la misma fragua?
¿Corre todavía el agua
por el cauce que tenía?

Machado huye del mimetismo. El no vierte su manera de hacer en moldes preconcebidos. Por eso su personalidad es desbordante. Es cierto que no aporta novedades somáticas para convertirse en eje de un nuevo movimiento. Pero huye de las mieles tropélicas del Modernismo y de los almíbares decadentes de un Romanticismo baldío. Machado es Machado, sin ante-

cedente ni consecuente, y por eso es el más personal, el más permanente y el más inimitable, porque ya es clásico. Su técnica es aparentemente fácil. He aquí la receta. Basta con enamorarse del agua y repetirla mil veces hasta convertirla en espuma devanándose en el entendimiento:

y en el campo solitario
suena el agua entre las peñas.

Y luego esperar a que el agua vuelva a decir su penúltima palabra:

Como otra vez, mi atención
está del agua cautiva;
pero del agua en la viva
roca de mi corazón.

El agua conserva su misterio como moneda con la que se compra la naturaleza. La que se esconde en el yermo, oculta en el hondón de los breñales:

¿Sabes cuando el agua suena,
si es agua de cumbre o valle,
de plaza, jardín o huerta?

Bastará también para emularlo—lo digo a los poetas—con entrar en nuestro pensamiento y decir bellamente lo que nos pasa. Manifestar en renglones cortos cómo entendemos la vida, cuál es nuestra postura, empleando, eso sí, unas pocas palabras sencillas, diciendo lo que ya seguramente hemos dicho sin poner intención de que permanezca como una realidad axiomática. Pero ¿es eso realmente algo hacedero? Machado, esteta para la contemplación, no se muestra Narciso para la exhibición. Coloca todo

su acento en no anhelar frontera ni límite. Machado es un hombre medular.

Nunca traces tu frontera,
ni cuides de tu perfil;
todo eso es cosa de fuera.

Y no es Narciso, acaso porque ese complementario

que marcha siempre contigo
y suele ser tu contrario

es el hombre con el que se las tiene tiesas para aniquilarlo. Sí, efectivamente, Machado carece de límites. No hay quien pueda imponérselos. Se limita en la palabra y con la palabra. Por tanto, lo que hace es multiplicarse. Será donoso en el madrigal, sentencioso en el proverbio, propenso a la meditación desde su acendrada devoción temporal, y llegará el momento en que el mismo escenario que le sostiene aislado le hará dolerse en el dolor ajeno y esa agua temporal, rosario en que el poeta va desgranando los días empapado en el eterno discurrir, mojado en el constante rumor de la vida, será la denuncia del dolor. El agua a veces puede parecer sangre derramada, grito contenido, charco que denigra la maleza:

Pero yo he visto beber
hasta en los charcos del suelo...
Caprichos tiene la sed.

Así, con esa voz sencilla, palpable, tan aprendida en las cosas, tan exacta, tan desnuda, Machado, latino clásico, se niega a descubrir el Mediterráneo, porque el alma inmensa es océano de la otra vertiente, de la

menos descubierta. Para que lo entendamos mejor, ahí nos deja el poeta este refrán:

> «*Sólo quede un símbolo:*
> quod elixum est ne asato.
> *No aséis lo que está cocido.*»

Le tiene afición Machado a eso de poner en solfa la pedantería, llamando a las cosas por su nombre y dejando en el puchero de su diario condumio puesta a hervir la razón. Precisamente por ser amigo de saber y de encontrar, desprecia lo que en el fondo es emular la razón elemental en propio beneficio. Odia la especulación racional, dando a ese sustantivo—que en realidad significa *espejeo* en su semántica latina—el sentido peyorativo del agio, que vale tanto como engañar o defraudar. Así se burla de las formas pseudocultas:

> «O rinnovarsi o perire...
> *No me suena bien.*
> Navigare è necessario...
> *Mejor: ¡vivir para ver!*»

Machado asistirá a un nuevo espectáculo intelectual. Siempre hay manifiestos y manifestantes que nos lo traen todo resuelto, porque ellos se han dado cuenta de que lo bueno es borrón y cuenta nueva y basta con impostar la voz y obligar el ademán—he querido decir la pluma—para que las cosas cambien, pero ¿cómo querer cambiar el corazón, el amor a la carne, la sangre, la muerte?... Sí, habrá formas de volver a expresar la vida y la emoción del arte. Todo eso es cierto, pero ni tú ni el otro, ni el de más allá podéis engañarme. Ya conozco vuestras mañas, ya

sé qué clase de Mediterráneo vais a mostrarme a poco que me descuide:

Ya maduró un nuevo cero,
que tendrá su devoción:
un ente de acción tan huero
como un ente de razón.

Antonio Machado, el gran poeta de este tiempo y de todos los tiempos, vive ya con nosotros. El polvo de sus restos está fuera de ese lugar nuestro que él amó tanto; a la puerta de su España irredenta, tan metida en su alma, tan entrañada en su vida. En estas últimas palabras mías en torno al gran poeta quiero repetir en su memoria, como una oración, las palabras que Juan de Mairena dedicó a la muerte de Abel Martín. Son las palabras que Machado mismo ha dedicado para la hora temporal y fatídica en que los ojos se cierran definitivamente a la vida, aunque los álamos sigan verdeando y el río continúe sin tregua su carrera hacia la muerte:

Maestro, en tu lecho yaces,
en paz con Ella o con El...
(¿Quién sabe de últimas paces,
don Abel?)
Si con Ella, bien colmada
la medida,
dice, quieta, en la almohada
tu noble cabeza hundida.
Si con El, que todo sea
—donde sea—quieto y vivo,
el ojo superlativo,
que mire, admire y se vea.

Posdata

No sé si esto que acabo de escribir es un libro apoyado en la memoria de un hombre o es una larga crónica de medias verdades y de torpes imprecisiones. Por sí o por no, quiero añadir, a modo de posdata—después de la fecha—, estas últimas y definitivas líneas para advertir al lector—no sé si generoso o exigente—que no se me ha quedado en el tintero la posible consideración negativa que podría hacerse sobre la vida y la obra de un hombre de tan descomunal ejemplaridad como ha sido nuestro don Antonio Machado, poeta que desafía su permanencia en el tiempo por la propia intemporalidad de su estilo. Todo esto viene a cuento del extraño temor que me asalta a la hora de cerrar estas líneas. ¿No habré incurrido en una visión apasionada de mi personaje? Una apología preconcebida sin decaimientos ni contrastes constituye una peligrosa y fraudulenta desorbitación del protagonista. En tal caso, hay que condenar actitud tan engañosa. Hecho el oportuno examen de conciencia, me atribuyo nueve puntos en el casi-

llero de mi objetividad. Creo, por tanto, que he sido justo, pero sin exageración. No existe una justicia hiperbólica. Tampoco erré mi puntería dialéctica al engolar un poco la voz. Acaso mi yerro principal estribe en algo que me ha sido inevitable, como fue el escoger figura de tan positiva solidez. Con sólo abrir el corazón y despabilar nuestra memoria, don Antonio Machado se nos entrega, se nos configura en el recuerdo con asombrosa integridad. Pero no quiero defraudar a los más exigentes con loas y ditirambos, y pongo aquí el contrapeso que tibiamente neutraliza mi devoción por el poeta. Saludo desde estas líneas a los que vienen de retorno con las siete llaves de su indiferencia para enterrar el *mito* bajo la séptima de sus precauciones. Saludo a los revisores de la fama, a los que *ponen las cosas en su punto* y colocan el pan y la sal a tanta altura que sólo podrían alcanzarse por medio de alguna ingeniosa estratagema. A veces la osadía suple las virtudes más positivas, sobre todo en nuestro país. Acepto el reto de lo desconocido, pero eso no quita para que yo ame a mis maestros y tenga un punto de gratitud por lo que de ellos aprendí. Ya he aludido en el curso de este trabajo a la pobreza de rima de Machado. No tanto a los prosaísmos en que se aventura el poeta como consecuencia de sus restricciones metafóricas o como resultado de encariñarse excesivamente con una circunstancia episódica desprovista acaso de misterio. Estas pequeñas sutilezas—pequeñas por lo que escasamente afectan a la obra de nuestro admirado poeta—las hago constar sin excesivo convencimiento por mi parte, o, mejor dicho, las anoto como intentando complicarme de algún modo en un rigor crítico

que en el caso de don Antonio Machado estoy muy lejos de apetecer. Dámaso Alonso ha señalado en uno de sus versos alguna impropiedad de lenguaje, tal como el empleo de la palabra «rueca», error en el que asimismo incurre Villaespesa. Estos *lapsus linguae* son comunes a la mayoría de los escritores, incluyendo a Cervantes, pero no hay peligro de que su calidad se altere o disminuya por causa tan liviana.

En cuanto a errores de calidad humana, ¿los tuvo realmente don Antonio? *Cujusvis hominis est errare, nullius in errore perseverare.* Volvamos la oración por pasiva. Para todo existe una fórmula. Distingamos entre sus virtudes humanas y su total carencia de sentido práctico. ¿Cómo determinar la frontera sabiendo que la espiritualidad es la que origina el desdén por lo concreto? La aceptación de su triste y a veces mísera modestia por él reconocida en alguna de sus cartas, nos hace entenderle como un hombre de escaso temperamento, oscuro, disminuido. Su propia indolencia y desaliño, para unos puede ser cortedad de carácter. Para mí y para otros muchos, es consecuencia inmediata de una preocupación exclusiva por los valores del alma, lo que sin duda redunda en falta de compostura o de elegancia física. Yo me quedo con la más alta de sus elegancias. Para alguien pudo ser enfadoso su prolongado mutismo, su perseverante silencio interrumpido de pronto en un descendimiento, tal vez inoportuno, del plácido nirvana que a menudo le embargaba. Machado no era un hombre de sociedad en el sentido más mezquino de ese concepto. Queda muy claro su desasimiento por lo cotidiano, sus irreparables olvidos materiales, su repugnancia ingénita a la invocación de sus legítimos

derechos, la reclamación de sus humildes *permanencias* por aquello *de no chinchorrar*. Como ligereza pudo interpretarse la defensa de su amigo Martín Domínguez Berrueta, el pedagogo granadino que capitaneó el grupo de muchachos entre los cuales fue Lorca a Baeza. Berrueta se había quejado de la preponderancia y fama que el padre Manjón tenía en Granada, y don Antonio, ni corto ni perezoso, publicó un artículo en *El País*, de Madrid, diciendo que el religioso era un simple *desbravador de gitanos*. También resultó duro el rigor de los versos con que Machado apostrofaba a los hombres de las duras tierras de Alvargonzález, pero ¿habría sido sincero nuestro don Antonio si, compelido al grito por la fuerte impresión que experimentó al descubrirlos en su íntima sazón, hubiese frenado o falseado sus impulsos?

Algunos han querido ver también en Guiomar—episodio tan auténtico y tan rico de humanidad ante el que Concha Espina no dudó en poner *las cartas boca arriba*—la sombra que viene a entenebrecer la diáfana vida del poeta. No hay tal. Su fidelidad a Leonor no se mancilla. El tiempo disminuye sus ímpetus y el poeta sigue vivo. Machado confiesa con asombro, pero no con desdén, que ignora el color de los ojos de Leonor. En su madurez, el poeta es fiel a su presente. No se da por vencido. Salgo decididamente al paso de cualquier suspicacia. Guiomar es un aspecto positivo en la biografía de Antonio Machado (130). Lo que quizá, analizado desde un ángulo más estrictamente realista—medida siempre de difícil aplicación a un poeta—resulte, como actitud hu-

(130) Consúltese el cap. *Guiomar*, pág. 199, de *Antonio Machado, poeta del pueblo,* Manuel Tuñón de Lara, *op. cit.*

mana, menos convincente sea la carta que Machado dirige a Cejador recomendándose a sí mismo para unas pruebas de latín (131). Sobre todo cuando las pruebas de esta y de otras materias resultaron menos airosas que la propia idea de expedir su carta (132). Pero ¿no es acaso disculpable esta actitud? Son muy pocos los hombres que en un momento dado de su vida no sienten un bache en su propia experiencia y son víctimas de una depresión que les obliga a reaccionar absurdamente, sin capacidad inmediata para medir la proyección de sus actos. En todo caso, su carta es hermosa y emotiva, y estoy convencido de que en el ánimo, y en el inteligente juicio, de Cejador no llegó a causar mal efecto. Que me rectifiquen quienes tengan constancia más directa y detallada del hecho. Una situación falsa puede producirse bajo un estado de falta de fe en uno mismo. A veces la desconfianza en nuestras propias fuerzas se produce por un exceso de pudor, por una modestia injustificada y humillante. Esta desconfianza, esta inseguridad se interpreta generalmente como reacción mezquina. De estas mezquindades—si lo son—no se vieron libres ni Shakespeare, ni Cervantes, ni Lope, y ninguno de ellos alcanzó la entereza humana y ejemplar de don Antonio Machado. También podría pa-

---

(131) Se trata de sus exámenes de Latín con motivo de la preparación de su licenciatura. Se siente inseguro Machado y decide abordar epistolarmente al propio catedrático, don Julio Cejador. El texto íntegro de esta curiosa carta se contiene en el artículo *Don Antonio Machado se examina*, de Rafael Santos Torroella, *Insula*, núm. 158, página 6.

(132) Dámaso Alonso, en *Cuatro poetas españoles* (página 176), comenta la impericia demostrada por don Antonio Machado en estos exámenes.

recer poco edificante para un homore de su talla su afición al teatro como actor, no llegando a traspasar la barrera de lo mediocre. Machado era un hombre sencillo y sin preocupaciones de estilo. No nos referimos, naturalmente, al estilo literario. Tenía un limpio acento en su voz, ligeramente enfático. Acostumbraba a decir de memoria versos suyos y ajenos. Su misma poesía tiene una arquitectura enfática y crece dentro de los viejos conceptos de la cadencia.

Sin duda, hemos de considerar todas estas disquisiciones enfadosas y ridículas ante su portentosa humanidad y ante la calidad de sus versos. Don Antonio Machado, poeta en el tiempo, sirve, con su valor humano inatacable, a la gran verdad que alienta en su poesía y que coloca su nombre en el más alto pedestal de nuestra lírica. Llegará el momento en que se pretenda una revisión de Machado. Estos fenómenos vienen dándose precisamente cuando el poeta cobra su mayor vigencia. Yo auguro desde estas líneas la gratuidad de esa posible revisión, por otra parte tan unánimemente indeseada. Machado está demasiado claro para todos. Machado sigue siendo nuestro poeta en el tiempo.

ANTOLOGIA

EL VIAJERO

II

He andado muchos caminos,
he abierto muchas veredas;
he navegado en cien mares,
y atracado en cien riberas.

En todas partes he visto
caravanas de tristeza,
soberbios y melancólicos
borrachos de sombra negra,

y pedantones al paño
que miran, callan, y piensan
que saben, porque no beben
el vino de las tabernas.

Mala gente que camina
y va apestando la tierra...

Y en todas partes he visto
gentes que danzan o juegan,
cuando pueden, y laboran
sus cuatro palmos de tierra.

Nunca, si llegan a un sitio,
preguntan adónde llegan.
Cuando caminan, cabalgan
a lomos de mula vieja,

y no conocen la prisa
ni aun en los días de fiesta.
Donde hay vino, beben vino;
donde no hay vino, agua fresca.

Son buenas gentes que viven,
laboran, pasan y sueñan,
y en un día como tantos,
descansan bajo la tierra.

IX

ORILLAS DEL DUERO

Se ha asomado una cigüeña a lo alto del campanario.
Girando en torno a la torre y al caserón solitario,
ya las golondrinas chillan. Pasaron del blanco invierno,
de nevascas y ventiscas los crudos soplos de infierno.
Es una tibia mañana.
El sol calienta un poquito la pobre tierra soriana.
Pasados los verdes pinos
casi azules, primavera
se ve brotar en los finos
chopos de la carretera
y del río. El Duero corre, terso y mudo, mansamente.
El campo parece, más que joven, adolescente.
Entre las hierbas alguna humilde flor ha nacido,
azul o blanca. ¡Belleza del campo apenas florido,
y mística primavera!
¡Chopos del camino blanco, álamos de la ribera,
espuma de la montaña

ante la azul lejanía,
sol del día, claro día!
¡Hermosa tierra de España!

XI

Yo voy soñando caminos
de la tarde. ¡Las colinas
doradas, los verdes pinos,
las polvorientas encinas!...
¿Adónde el camino irá?
Yo voy cantando, viajero
a lo largo del sendero...
—La tarde cayendo está—.
«En el corazón tenía
«la espina de una pasión;
«logré arrancármela un día:
«Ya no siento el corazón.»

Y todo el campo un momento
se queda, mudo y sombrío,
meditando. Suena el viento
en los álamos del río.

La tarde más se obscurece;
y el camino que serpea
y débilmente blanquea,
se enturbia y desaparece.

Mi cantar vuelve a plañir:
«Aguda espina dorada,
«quién te pudiera sentir
«en el corazón clavada.»

(De *Soledades*)

XXXII

Las ascuas de un crepúsculo morado
detrás del negro cipresal humean...

En la glorieta en sombra está la fuente
con su alado y desnudo amor de piedra,
que sueña mudo. En la marmórea taza
reposa el agua muerta.

XXXV

Al borde del sendero un día nos sentamos.
Ya nuestra vida es tiempo, y nuestra sola cuita
son las desesperantes posturas que tomamos
para aguardar... Mas Ella no faltará a la cita.

(De *Del Camino)*

L

ACASO...

Como atento no más a mi quimera
no reparaba en torno mío, un día
me sorprendió la fértil primavera
que en todo el ancho campo sonreía.

Brotaban verdes hojas
de las hinchadas yemas del ramaje,
y flores amarillas, blancas, rojas,
alegraban la mancha del paisaje.

Y era una lluvia de saetas de oro,
el sol sobre las frondas juveniles;
del amplio río en el caudal sonoro
se miraban los álamos gentiles.

Tras de tanto camino es la primera
vez que miro brotar la primavera,
dije, y después, declamatoriamente:

—¡Cuán tarde ya para la dicha mía!—
Y luego, al caminar, como quien siente
alas de otra ilusión: —Y todavía
¡yo alcanzaré mi juventud un día!

(De *Humorismo, fantasías, apuntes)*

LXVI

¡Y esos niños en hilera,
llevando el sol de la tarde
en sus velitas de cera...!

*

¡De amarillo calabaza,
en el azul, cómo sube
la luna, sobre la plaza!

*

Duro ceño,
Pirata, rubio africano,
barbitaheño.

Lleva un alfanje en la mano
Estas figuras del sueño...

*

Donde las niñas cantan en corro,
en los jardines del limonar,
sobre la fuente negro abejorro
pasa volando, zumba al volar.

Se oyó un bronco gruñir de abuelo
entre las claras voces sonar,
superflua nota de violoncelo
en los jardines del limonar.

Entre las cuatro blancas paredes,
cuando una mano cerró el balcón,
por los salones de sal-si-puedes
suena el rebato de su bordón.

Muda en el techo, quieta, ¿dormida?
la negra nota de angustia está,
y en la pradera verdiflorida
de un sueño niño volando va...

(De *Galerías)*

XCVII

RETRATO

Mi infancia son recuerdos de una patio de Sevilla,
y un huerto claro donde madura el limonero;
mi juventud, veinte años en tierra de Castilla;
mi historia, algunos casos que recordar no quiero.

Ni un seductor Mañara, ni un Bradomín he sido
—ya conocéis mi torpe aliño indumentario—,
mas recibí la flecha que me asignó Cupido,
y amé cuanto ellas pueden tener de hospitalario.

Hay en mis venas gotas de sangre jacobina,
pero mi verso brota de manantial sereno;
y, más que un hombre al uso que sabe su doctrina,
soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.

Adoro la hermosura, y en la moderna estética
corté las viejas rosas del huerto de Ronsard;
mas no amo los afeites de la actual cosmética,
ni soy un ave de esas del nuevo gay trinar.

Desdeño las romanzas de los tenores huecos
y el coro de los grillos que cantan a la luna.
A distinguir me paro las voces de los ecos,
y escucho solamente, entre las voces, una.

¿Soy clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera
mi verso, como deja el capitán su espada:
famosa por la mano viril que la blandiera,
no por el docto oficio del forjador preciada.

Converso con el hombre que siempre va conmigo
—quien habla solo, espera hablar a Dios un día—;
mi soliloquio es plática con este buen amigo
que me enseñó el secreto de la filantropía.

Y al cabo, nada os debo; debéisme cuanto he escrito.
A mi trabajo acudo, con mi dinero pago
el traje que me cubre y la mansión que habito,
el pan que me alimenta y el lecho donde yago.

Y cuando llegue el día del último viaje,
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontraréis a bordo ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar.

VIII

He vuelto a ver los álamos dorados,
álamos del camino en la ribera
del Duero, entre San Polo y San Saturio,
tras las murallas viejas
de Soria —barbacana
hacia Aragón, en castellana tierra—.

Estos chopos del río, que acompañan
con el sonido de sus hojas secas
el son del agua, cuando el viento sopla,
tienen en sus cortezas
grabadas iniciales que son nombres
de enamorados, cifras que son fechas.
¡Alamos del amor que ayer tuvisteis
de ruiseñores vuestras ramas llenas;
álamos que seréis mañana liras
del viento perfumado en primavera;

álamos del amor cerca del agua
que corre y pasa y sueña,
álamos de las márgenes del Duero,
conmigo vais, mi corazón os lleva!

CXIX

Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.
Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.
Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.

CXXXVI

PROVERBIOS Y CANTARES

XXI

Ayer soñé que veía
a Dios y que Dios me hablaba;
y soñé que Dios me oía...
Después soñé que soñaba.

XXIX

Caminante, son tus huellas
el camino, y nada más;
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.
Al andar se hace camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.
Caminante, no hay camino,
sino estelas en la mar.

LIII

Ya hay un español que quiere
vivir y a vivir empieza,
entre una España que muere
y otra España que bosteza.
Españolito que vienes
al mundo, te guarde Dios.
Una de las dos Españas
ha de helarte el corazón.

(De *Campos de Castilla)*

CLX

CANCIONES DEL ALTO DUERO

Canción de mozas

I

Molinero es mi amante,
tiene un molino
bajo los pinos verdes,
cerca del río.
Niñas, cantad:
«Por la orilla del Duero
yo quisiera pasar.»

II

Por las tierras de Soria
va mi pastor.
¡Si yo fuera una encina
sobre un alcor!
Para la siesta,
si yo fuera una encina
sombra le diera.

III

Colmenero es mi amante,
y en su abejar,
abejicas de oro
vienen y van.
De tu colmena,
colmenero del alma,
yo colmenera.

IV

En las sierras de Soria,
azul y nieve,
leñador es mi amante
de pinos verdes.
¡Quién fuera el águila
para ver a mi dueño
cortando ramas!

V

Hortelano es mi amante,
tiene su huerto,
en la tierra de Soria,
cerca del Duero.
¡Linda hortelana!
Llevaré saya verde,
monjil de grana.

VI

A la orilla del Duero,
lindas peonzas,
bailad, coloraditas
como amapolas.
¡Ay, garabí!...
Bailad, suene la flauta
y el tamboril.

(De *Nuevas canciones)*

13

Para tu ventana
un ramo de rosas me dio la mañana.
Por un laberinto, de calle en calleja,
buscando, he corrido, tu casa y tu reja.
Y en un laberinto me encuentro perdido
en esta mañana de mayo florido.
Dime dónde estás.
Vueltas y revueltas. Ya no puedo más.

(De *Los complementarios*)

II

EL POETA Y LA MUERTE

Se le vio caminar solo con Ella,
sin miedo a su guadaña.
—Ya el sol en torre y torre; los martillos
en yunque—yunque y yunque de las fraguas.
Hablaba Federico,
requebrando a la muerte. Ella escuchaba.
«Porque ayer en mi verso, compañera,
sonaba el golpe de tus secas palmas,
y diste el hielo a mi cantar, y el filo
a mi tragedia de tu hoz de plata,
te cantaré la carne que no tienes,
los ojos que te faltan,
tus cabellos que el viento sacudía,
los rojos labios donde te besaban...
Hoy como ayer, gitana, muerte mía,
qué bien contigo a solas,
por estos aires de Granada, ¡mi Granada!»

IV

LA MUERTE DEL NIÑO HERIDO

Otra vez la noche... Es el martillo
de la fiebre en las sienes bien vendadas
del niño. —Madre, ¡el pájaro amarillo!
¡las mariposas negras y moradas!

—Duerme, hijo mío—. Y la manita oprime
la madre, junto al lecho. —¡Oh flor de fuego!
¿quién ha de helarte, flor de sangre, dime?
Hay en la pobre alcoba olor a espliego;

fuera, la oronda luna que blanquea
cúpula y torre a la ciudad sombría.
Invisible avión moscardonea.

—¿Duermes, oh dulce flor de sangre mía?
El cristal del balcón repiquetea.
—¡Oh, fría, fría, fría, fría, fría!

(De *Poesías de guerra*, II y IV)

CRONOLOGIA

La cronología machadiana más completa y minuciosa con que hoy podemos contar es la que figura al frente de las Obras, Poesía y Prosa, *de Antonio Machado, publicadas por la editorial Losada. Es autora de esta cronología Aurora de Albornoz. Lo que aquí se pretende ahora es, simplemente, una referencia cronológica que sirva al lector para sintetizar cómodamente los principales hitos biográficos de Antonio Machado. También remitimos al lector, en orden a completar su conocimiento del tema, a la cronología sinóptica de Manuel Tuñón de Lara que figura en su libro* Antonio Machado, poeta del pueblo.

1875. Nacimiento de Machado en Sevilla, el 26 de julio.
1880. Ingreso en la escuela de párvulos de Sevilla.
1883. Institución Libre de Enseñanza, en Madrid.
1889. Bachillerato en el Instituto «San Isidro».
1890. Bachillerato en el «Cardenal Cisneros».
1893. Machado en *La Caricatura*. Muere su padre en este año.
1895. Muere su abuelo don Antonio Machado Núñez.
1899. En París, con su hermano Manuel. Contactos con Baroja y Gómez Carrillo.
1900. Grado de bachiller.
1901. Publica por primera vez en *Electra*. Su hermano Manuel publica *Alma*.

1902. Nuevamente en París. Amistad con Rubén Darío. Publica *Soledades*.

1903/1905. Publica en *Helios, Blanco y Negro, El País* y *Alma Española*. Después, en *La República de las Letras*.

1906. Se decide a hacer oposiciones a cátedra.

1907. Obtiene la cátedra de francés y se le destina a Soria. Se publica *Soledades, Galerías y otros poemas*.

1908. Se enamora de Leonor. Empieza a colaborar en la prensa local.

1909. Se casa con Leonor.

1911. Visita París con Leonor. Cursos en la Sorbona. Enfermedad de Leonor. Visita a Rubén y regreso a Soria.

1912. Muerte de Leonor. Baeza. Aparición de *Campos de Castilla*.

1913. Homenaje a Azorín en Aranjuez.

1914. Baeza. Correspondencia con Unamuno, que es destituido de su rectorado en Salamanca.

1915. Colaboración asidua en la revista *España*. Necrológica—poema y artículo—a la muerte de Giner. Se prepara su licenciatura de Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid. Firma el manifiesto de los intelectuales en pro de los aliados, en el que solamente faltan las firmas de Baroja y Benavente.

1916. Obtiene la licenciatura. Viaja al Puerto de Santa María.

1917. Ediciones de *Poesías Completas* y de *Páginas Escogidas*. Viaja por Andalucía.

1919. Segovia. Viajes frecuentes a Madrid. Segunda edición de *Soledades, Galerías y otros poemas*.

1920. Interviene en la creación de la Universidad Popular de Segovia, en San Quirce. Colabora en *El Sol* y *La Lectura* y en *Los Lunes del Imparcial*.

1921. Colabora en *Indice*, revista que dirige Juan Ramón Jiménez.

1922. Colabora en *Indice, La Voz de Soria* y en *España*.

1923. Colabora en la *Revista de Occidente, España* y *La Pluma*.

1924. Primera aventura teatral con su hermano Manuel: estrena una adaptación de *El condenado por descon-*

fiado, de Tirso. Proyectan los hermanos otras adaptaciones. Jurado del Premio Nacional de Literatura, que se otorga a Rafael Alberti.

1925. Se reedita por segunda vez *Páginas Escogidas.* Aparecen sus *Reflexiones sobre la Lírica,* en *Revista de Occidente.* Siguen las colaboraciones teatrales.

1926. Estreno de *Las desdichas de la fortuna o Julianillo Valcárcel.* Publica el *Cancionero apócrifo de Abel Martín (Revista de Occidente).* Versos en *Alfar.* Homenaje a los Machado por la Institución Libre de Enseñanza.

1927. Estreno de *Juan de Mañara.* Académico electo.

1928. Estrena *Las Adelfas.* Segunda edición de *Poesías Completas.* Colaboración en *Manantial,* de Segovia, y en *La Gaceta Literaria.* Se enamora de Guiomar.

1929. Estreno de *La Lola se va a los puertos.* Sigue colaborando en *Revista de Occidente.*

1930. Colabora en *El Imparcial.*

1931. Estreno de *La prima Fernanda.* Hijo adoptivo de Sevilla con su hermano Manuel. Sigue publicando *Abel Martín* en *Revista de Occidente.* Proyecta su discurso de ingreso en la Academia.

1932. Catedrático en el Instituto de Segunda Enseñanza «Calderón de la Barca». Estreno de *La duquesa de Benameji.* Nombramiento de hijo adoptivo de Soria. Participa en el homenaje a Valle-Inclán.

1933. Versión dramática de *La tierra de Alvargonzález,* por «La Barraca».. Tercera edición de *Poesías completas. Ultimas lamentaciones de Abel Martín.*

1934. Colabora en el *Diario de Madrid,* publicando *Juan de Mairena.*

1935. Continúa publicando en el *Diario de Madrid.*

1936. Primera edición de *Juan de Mairena.* Sale la cuarta edición de *Poesías Completas.* Publica en *El Sol.* Viaje a Rocafort (Valencia). Escribe la célebre *Elegía a Lorca.*

1937. Congreso Internacional de Escritores. Publica *La Guerra.* Publica, en *Hora de España,* la segunda parte de *Mairena.* Colabora en *Madrid, Cuadernos de*

la Casa de la Cultura y en *Servicio Español de Información.*

1938. Traslado a Barcelona. Colaboraciones en *Hora de España, La Vanguardia de Barcelona,* etc.

1939. Escapada trágica hasta su muerte en Collioure, el 22 de febrero. Muerte, a los dos días, de su madre, doña Ana Ruiz.

BIBLIOGRAFIA

1. Escritos de Antonio Machado

Con objeto de rendir una referencia bibliográfica de las publicaciones de Antonio Machado tan rigurosa como sea posible, se consigna a continuación el censo de los títulos publicados, no sin advertir que, para una información más detallada, tanto de la bibliografía machadiana como de los estudios, trabajos y homenajes dedicados al poeta, puede el lector interesado en ello consultar el número extraordinario, dedicado a Machado, de la revista La Torre, *Universidad de Puerto Rico (Año XII, núms. 45-46), donde se inserta la bibliografía total, conseguida, tras meritorio esfuerzo, por Aurora de Albornoz.*

Soledades. Colección de la «Revista Ibérica». Madrid, 1903.
Soledades, galerías y otros poemas. Biblioteca Hispanoamericana. Madrid, 1907.
Campos de Castilla. Renacimiento. Madrid, 1912.
Páginas escogidas. Saturnino Calleja. Madrid, 1917.
Poesías completas (1899-1917). «Residencia de estudiantes». Madrid, 1917.
Soledades, galerías y otros poemas, 2.ª ed., «Colección Universal». Espasa-Calpe. Madrid, 1919. 3.ª ed., 1943.

Canciones del Alto Duero. «España», núm. 304. Madrid, 1922.

Nuevas canciones (1917-1920). Editorial «Mundo Latino». Madrid, 1924.

Poesías completas (1899-1925). 2.ª ed., Espasa-Calpe. Madrid, 1928. 3.ª ed. *(1899-1930),* 1933; 4.ª ed., 1936; 5.ª ed., 1941; 6.ª ed., 1946; 7.ª ed., Espasa-Calpe. Madrid, 1955; 8.ª ed., Espasa-Calpe. Madrid, 1958; 9.ª ed., Espasa-Calpe. Madrid, 1962.

Poética. Preámbulo a su colección de poemas incluidos en la Antología de Gerardo Diego. Madrid, 1931.

Juan de Mairena. Espasa-Calpe. Madrid, 1936.

La guerra (1936-1937). Editorial Espasa-Calpe. Madrid, 1937.

Consejos, sentencias y donaires de Juan de Mairena y de su maestro Abel Martín. «Hora de España», núm. I. Valencia, 1937.

Sigue hablando Mairena a sus alumnos. «Hora de España», número 2, Valencia, 1937; y núm. 19, Barcelona, 1938.

Sigue hablando Mairena a sus discípulos. «Hora de España», número 3. Valencia, 1937.

Apuntes y recuerdos de Juan de Mairena. «Hora de España», núms. 5 y 6. Valencia, 1937.

Habla Juan de Mairena a sus alumnos. «Hora de España», números 7 y 14. Valencia, 1937.

Algunas ideas de Juan de Mairena sobre la guerra y la paz. «Hora de España», núm. 10. Valencia, 1937.

Miscelánea apócrifa. (Apuntes y recuerdos de Juan de Mairena.) «Hora de España», núm. 11. *Palabras de Juan de Mairena,* núm. 12. Valencia, 1937. *Notas sobre Juan de Mairena,* núm. 13. *Notas y recuerdos de Juan de Mairena,* números 15 y 16. *Sigue Mairena...,* núm. 20. Barcelona, 1938.

La tierra de Alvargonzález y Canciones del Alto Duero. Editorial «Nuestro Pueblo». Barcelona, 1938.

Versos. «Hora de España», núm. 18. Barcelona, 1938.

Sobre algunas ideas de Juan de Mairena. «Hora de España», núm. 17. Barcelona, 1938.

Mairena póstumo. «Hora de España», núms. 21, 22 y 23. Barcelona, 1938.

Obras. Edición dirigida y prologada por José Bergamín. Colección Laberinto. Editorial Séneca. México, 1940.

Poesías completas. Vol. núm. 149. Colección Austral-Espasa-Calpe Argentina. Buenos Aires, 1940. 2.ª ed., 1940; 3.ª edición, 1943; 4.ª ed., 1946.

Poemas. «Laurel». Antología de la poesía moderna en lengua castellana. Colección Laberinto. Editorial Séneca. México, 1941.

Juan de Mairena. 1 y 2 vols., núms. 17 y 18. «Biblioteca contemporánea». Editorial Losada. Buenos Aires, 1942.

Poesías completas. Vol. núm. 19 de la «Biblioteca contemporánea». Editorial Losada. Buenos Aires, 1943. 2.ª edición, 1946.

Abel Martín, Cancionero de Juan de Mairena y prosas varias. Vol. extra. «Biblioteca contemporánea». Editorial Losada. Buenos Aires, 1943.

Marzo. «Destino». Barcelona, 1944.

Obra poética. Editorial Pleamar. Con un epílogo de Rafael Alberti. Buenos Aires, 1944.

«*Fue un tiempo de mentira, de infamia...*» Appendix of Spanish text of Quotations. Faber and Faber. Londrés, 1945.

Poesía de Antonio Machado. Ensayo y versión de Orestes Macrí. «Il Balcone». Milán, 1947.

Poesías escogidas. Colección «Crisol», Manuel Aguilar, editor. Madrid, 1947.

Obras completas (de Manuel y Antonio Machado). Editorial Plenitud. Madrid, 1947.

Campos de Castilla. Colección «Más allá». Afrodisio Aguado. Madrid, 1949.

Canciones. Colección «Más allá». Afrodisio Aguado. Madrid, 1949.

Los complementarios y otras prosas póstumas. Editorial Losada. Buenos Aires, 1957.

Poesías completas. Hispanic Institute in the United States. Columbia University. Nueva York.

Antonio Machado, Obras, Poesía y Prosa. Edición de Aurora de Albornoz y Guillermo de Torre. Editorial Losada, Buenos Aires, 1964.

Antonio Machado. Antología Poética. Prólogo de José Hierro. Ediciones Marte. Barcelona, 1968.

2. Escritos sobre Antonio Machado

(Complemento de la bibliografía del número homenaje de la revista «La Torre», de Puerto Rico, citado anteriormente.)

Antonio Machado, poeta del pueblo, de Manuel Tuñón de Lara. «Punto de Vista». Editorial «Nova Terra». Barcelona, 1967.

Los poemas de Antonio Machado, de Antonio Sánchez Barbudo. «Palabra en el tiempo». Editorial Lumen. Barcelona, 1967.

Las secretas galerías de Antonio Machado, de Ricardo Gullón. «La Isla de los Ratones». Santander, 1967.

Antonio Machado en la provincia de Jaén, de José Chamorro. Estudio premiado por el Instituto de Estudios Jienenses. Ed. de la Diputación Provincial. Jaén, 1966.

Antonio Machado en Baeza, de Cesáreo Rodríguez Aguilar. Ediciones A.P. Barcelona, 1968.

Itinerario de don Antonio Machado, de Julio César Chaves. Editora Nacional. Madrid, 1968.

Rubén Darío, lector de Antonio Machado, de Angel Rama. «Puerto», Revista de la Facultad de Estudios Generales. Universidad de Puerto Rico, oct./nov./dic. 1967.

Los hermanos Machado, de Rubén Darío (La Nación, Buenos Aires, 15 junio 1909). «Puerto», *n. cit.*

Comentario del poema XXIX de «Poesías completas» de ...Antonio Machado, de Adela Rodríguez Forteza. «Puerto», *n. cit.*

Diez nuevos textos olvidados de Antonio Machado, de Robert Marrast. «Puerto», *n. cit.*

Diez textos, de Antonio Machado. «Puerto», *n. cit.*

INDICE DE NOMBRES

Alba, Duques de: 27.
Alberti, Rafael: 10, 89, 90, 104, 109.
Albornoz, Aurora de: 10, 29, 75, 76.
Albornoz, Alvaro de: 105.
Alfonso XII: 24, 47.
Alfonso XIII: 82.
Aleixandre, Vicente: 50, 107.
Almazán, Santiago: 71.
Alonso, Dámaso: 28, 89, 159, 161.
Alvarez Cerón: 92.
Alvarez Sierra, José: 56.
Alvarez del Vayo, Julio: 30.
Allendesalazar, Manuel: 84.
Araquistain, Luis: 83.
Aretino, Pietro: 14.
Aristóteles: 68.
Azaña, Manuel: 73, 83, 88.
Azcárate, Pablo de: 83.
Azorín: 23, 24, 35, 48, 50, 54, 71, 81, 86, 122.

Baroja, Pío: 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 50, 54, 81.
Baroja, Ricardo: 54.
Basterra, Ramón: 72.
Barstone, Williams: 148.
Barral, Emiliano: 92, 96, 148.
Beaudelaire, Charles: 8.
Bécquer, Gustavo Adolfo: 8, 34, 85.
Bédier: 57, 61.
Beltrán de Heredia, Pablo: 54.
Benavente, Jacinto: 50, 54, 81, 89.
Benot, Eduardo: 37, 38.
Berceo, Gonzalo de: 16, 17.
Bergamín, José: 103.
Berenguer, Dámaso: 103.
Bergson, Henry: 8, 11, 56, 61, 66, 67, 68, 72, 79, 98, 139.
Brémond, Henry: 135.
Bonafoux: 43.
Bonnin: 92.
Buscarini, Armando: 54.

Cabello, Javier: 100.
Cáceres, Eulalia: 109.
Calvo, Ricardo: 36, 52, 55, 106.

Camisona, La: 37.
Campoamor, Ramón de: 33, 34.
Campos, Jorge: 78, 125.
Canalejas, José: 71.
Cano, José Luis: 98.
Cánovas del Castillo, Antonio: 24, 25.
Cardenal de Iracheta, Manuel: 92.
Carpintero, Heliodoro: 31, 59, 61, 66, 125.
Carral, Ignacio: 92, 100.
Casona, Alejandro: 105.
Castelar, Emilio: 25, 26.
Castro, Américo: 83.
Castro, Fernando de: 26.
Cejador, Julio: 56, 161.
Cervantes, Miguel de: 144, 159, 161.
Cobos, Pablo de A.: 90.
Colonies, Damián: 84.
Contreras y López de Ayala, Juan (Marqués de Lozoya): 92, 100.
Cossío, Manuel B.: 30.
Costa, Francisco: 30, 38.
Cruz, San Juan de la: 85, 86.
Corpus Barga: 113.

Chico, Pedro: 124.

Dato, Eduardo: 72, 83.
Dante Alighieri: 98.
Darío, Rubén: 15, 17, 18, 19, 27, 34, 39, 40, 41, 49, 52, 53, 54, 55, 62, 73, 83, 85, 86, 130.
Descartes, René: 68.
Díaz de Mendoza, Fernando: 33, 36.
Dicenta, Joaquín: 40.
Diego, Gerardo: 33, 34, 56, 89.
Dostoyewsky, Fedor: 46.
Domínguez Berrueta, Martín: 14, 82, 160.
Dreyfus, Alfred: 39, 41, 43.

Echegaray, José: 33, 50.
Eluard, Paul: 8.
Einstein, Albert: 55.
Engels, Friedrich: 143.
Espina, Concha: 97, 160.
Estévanez, Nicolás: 37.

Falla, Manuel de: 81, 82.
Fernández del Rincón, Emilio: 71.
Ferrari, Emilio: 34.
Fórmica, Mercedes: 23.
France, Anatole: 40, 41.

Ganivet, Angel: 35, 38.
García Lorca, Federico: 8, 14, 15, 21, 28, 35, 82, 89, 104, 105, 106, 110, 160.
Garcilaso de la Vega: 85.
Garfias, Francisco: 53, 85.
Garnier, Hipólito: 39, 43, 49.
Gascó Contell, Emilio: 23.
Gavidia, Francisco: 52.
Gelves, Condesa de (Leonor de Milán): 14.
Giner de los Ríos, Francisco: 13, 25, 26, 30, 38, 73, 78, 100, 119, 125.
Gómez Arenas: 71.
Gómez Carrillo, Enrique: 39, 43, 44.

Gómez de la Serna, Ramón: 48.
Góngora, Luis de: 85, 96, 141.
Gourmont, Rémy de: 40.
Grande, Félix: 10.
Granjel, Luis S.: 54.
Grau, Jacinto: 50.
Grau, Mariano: 84, 91, 42.
Guérin, Julio: 46, 47.
Guerrero, María: 33, 36.
Guiomar: 8, 96, 97, 98, 100, 101, 102, 112, 118, 130, 160.
Guillén Salaya, Mario: 92.
Gullón, Ricardo: 54.
Gutiérrez Solana, José: 88.

Heidegger, Martín: 143.
Heráclito: 142, 150.
Hernández, Miguel: 8, 110.
Herrera, Fernando de: 14.
Homero: 8.
Hostos, Adolfo: 31.
Hugo, Víctor: 52, 89.
Husserl, Edmund: 143.

Iñiguez, Mariano: 59.
Isabel II: 25.
Izquierdo, Leonor: 14, 48, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 118, 119, 124, 130, 160.

James, William: 8.
Jiménez, Ruan Ramón: 29, 35, 49, 50, 51, 52, 53, 63, 65, 70, 71, 72, 84, 85, 86, 87, 88, 100, 105, 117, 118.

Kant Immanuel: 68.
Kayyam, Omar: 147.
Kierkegaard, Sorën: 72, 142.

Laínez, Rafael: 70.
Laura: 14.
Leibnitz, Gottfried: 126.
León, Fray Luis de: 69, 86.
Lerroux, Alejandro: 13.
Lope de Vega, Félix: 11, 161.
Lutero, Martín: 78.

Macarrona, La: 37.
Macrí, Orestes: 71, 123, 124, 143.
Machado Alvarez, Antonio: 25, 31, 32.
Machado Núñez, Antonio: 25, 35.
Machado, Joaquín: 29.
Machado, José: 15, 27, 29, 92, 109.
Machado Manuel: 25, 29, 34, 37, 39, 42, 44, 46, 47, 48, 54, 79, 83, 89, 90, 92, 104, 106, 108, 109.
Madariaga, Salvador de: 83.
Maeztu, Ramiro de: 51, 110.
Mairena, Juan de: 13, 15, 16, 23, 24, 42, 64, 99, 101, 105, 107, 118, 119, 137, 141, 155.
Manjón, Andrés: 82, 160.
Manrique, Jorge: 67, 69, 108, 139, 142.
Manrique de Lara, Gerónimo: 11.
Manrique de Lara, José Gerardo: 52, 53, 90.
Marquina, Eduardo: 106.
Martín, Abel: 12, 42, 101, 107, 118, 119, 137, 140, 155.

Martínez, Isidro: 61.
Martínez Poyatos, Juan: 71.
Martínez Sierra, Gregorio: 54, 62.
Marx, Carlos: 143.
Mata-Hari: 43.
Maura, Antonio: 84.
Merbrives, Lola: 106.
Miguel, Antonio de: 83, 84.
Minelli, Victoria: 36, 37.
Miró, Gabriel: 81.
Molière: 49.
Montherlant, Henry de: 57.
Moréas, Jean: 40, 47.
Moreno Villa, José: 89.

Neruda, Pablo: 8, 107.
Nervo, Amado: 64.
Nin, Andrés: 30.
Núñez de Arce, Gaspar: 33, 34, 52.

Obregón, Antonio de: 66.
Oliveira, Manuel: 71.
Orovio, Marqués de: 25.
Ortega y Gasset, José: 30, 60, 61, 71, 77, 79, 81, 83, 139, 140, 141, 142.
Ortega y Munilla, José: 30.
Otero, Julián: 92.

Palacio, José María: 143, 144.
Palau de Nemes, Graciela: 51.
Parménides: 143.
Parra, Antonio: 71.
Pedro Enrique: 27.
Penagos, Rafael de: 23.
Pérez de Ayala, Ramón: 29, 54.
Pérez Ferrero, Miguel: 36, 42, 44, 100, 118, 134.
Pérez Galdós, Benito: 33, 51, 56, 88.
Pérez de la Mata, Antonio: 124.
Petrarca, Francisco, 14.
Pi y Margall, Francisco: 37.
Piccioto, Robert S.: 147.
Pineda, Juan de: 27.
Pirrotti, Pompilio María de: 11.
Platón: 68, 142.
Plank, Max: 50.
Pomés, Mathilde: 48.
Prim, Juan: 25.
Primo de Rivera y Orbaneja, Miguel: 103.
Proust, Marcel: 73.
Prudhomme, Sully: 40.

Querol, Vicente Wenceslao: 34.
Quevedo, Francisco de: 85.
Quintanilla, Mariano: 100.
Quintero, Serafín y Joaquín: 106.

Rabal, Francisco: 10.
Rey, Fernando: 10.
Riba, Carles: 111.
Ribera, Catalina: 27.
Rilke, Rainer María: 8.
Ríos, Fernando de los: 83.
Rivas, Duque de: 34.
Romanones, Conde de: 82.
Rostand, Edmond: 40.
Ruiz, Ana: 9, 25, 31, 32, 68, 109, 111, 112, 113, 114, 121, 131.

Ruiz Conde, Justina: 97.
Rusiñol, Santiago: 54.

Sagasta, Práxedes Mateo: 29.
Salamanca, Marqués de: 30.
Salamero, Román: 43.
Salazar Alonso, Rafael: 13.
Samper, Ricardo: 13.
Sánchez, Antonio: 29.
Sánchez, Francisca: 62.
Sánchez del Pozo, Francisca: 62.
Sánchez del Pozo, María: 62.
Sánchez Toca: 84.
Santos Torroella, Rafael: 161.
Scheller, Max: 143.
Séneca, Lucio Anneo: 68.
Serrano Poncela, Segundo: 76.
Shakespeare, William: 161.

Tamayo y Baus, Manuel: 42.
Tierno Galván, Enrique: 8.
Tirso de Molina: 89.
Trotsky, León: 30.
Tudela, José: 90.
Tuñón de Lara, Manuel: 33, 160.

Unamuno, Miguel de: 9, 17, 33, 38, 49, 67, 72, 73, 74, 75, 76, 79, 85, 86, 87, 88, 89, 102, 103, 105, 108, 110, 113, 118, 120, 139, 142, 143, 144.
Unturbe: 92.
Urquía (De): 71.

Valle-Inclán, Ramón del: 38, 39, 40, 42, 50, 52, 54, 71, 88, 89, 105, 110.
Vega, Rafael de la: 12.
Vega Díaz, Francisco: 23.
Verlaine, Paúl: 46.
Vicén: 12.
Vico, Antonio: 36.
Villaespesa, Francisco: 49, 50, 52, 159.
Villiers de l'Isle Adam, Conde de (Matías Augusto): 40.
Vives, Juan Luis: 105.

Wilde, Oscar: 39, 42, 44, 46.

Xirau, Joaquín: 111.
Xirgu, Margarita: 15, 106.

Zambrano, Blas: 100.
Zayas, Antonio: 36.
Zerolo, Elías, 43.
Zola, Emilio: 40, 41.
Zorrilla, José: 34, 42.
Zubiría, Ramón de: 148.
Zulueta, Luis: 83.

OBRAS DE
JOSE GERARDO MANRIQUE DE LARA

POESIA:

Pedro el ciego. «Insula», Madrid, 1954. Premio «Ciudad de Barcelona», 1954.
Pedro el ciego. Edición especial en Braille, 1954.
Elegías y gozos temporales. Col. «Agora», vol. XII. Madrid, 1956.
Retablo. Col. «Alcavarán», vol. VI. Arcos de la Frontera, 1959.
Río Esperanza. Col. «Adonais», vol. CLXXVI. Madrid, 1960.
Requiem. Poema del Buen amor. En un solo volumen. Colección «Palabra y Tiempo», vol. VI. «Taurus», Madrid, 1961.
Crónica del cosmonauta. Col. «La Isla de los Ratones», volumen. XXXIII. Santander, 1963.
Homenaje a Miguel Hernández. Edición especial de bibliófilo, «Angel Caffarena». Málaga, 1967.
Homenaje a Rubén Darío. «Cuadernos de María José». Málaga, 1967.
Galería. Col. «Alamo», vol. II. Salamanca, 1967.

NOVELA:

Confesión de parte. Premio «Elisenda de Montcada», 1962. Garbo Editorial. Barcelona, 1963.
El borracho del Nimbus. Afrodisio Aguado, Madrid, 1968.
Pasaje de primera (En prensa). Plaza & Janés. Barcelona.

(De inmediata aparición):

Poesía española de testimonio (Crítica).
Poesía femenina hispanoamericana (Crítica).
La rebelión de los sentidos (Poesía).
Pasaje de primera (Novela) (En prensa). Plaza & Janés.

INDICE GENERAL

Página

MI RECUERDO ... 5

MACHADO, EL HOMBRE ... 21

Infancia ... 23
París ... 36
Campos de Castilla ... 49
Baeza ... 65
Retorno a Castilla ... 77
San Quirce y Guiomar ... 94
Años treinta y Collioure ... 103

ACOTACIONES AL PENSAMIENTO Y LA OBRA DE ANTONIO MACHADO ... 115

España en la voluntad de Machado ... 117
Significación ética y estética de un poema de Machado ... 126
Santos de la devoción del poeta ... 137
Machado, poeta culto y popular ... 145
Posdata ... 157

ANTOLOGÍA ... 163

CRONOLOGÍA ... 177

BIBLIOGRAFÍA ... 183

1. Escritos de Antonio Machado ... 185
2. Escritos sobre Antonio Machado ... 189

INDICE DE NOMBRES ... 191

JOSE GERARDO MANRIQUE DE LARA

Nació en Granada el 24 de septiembre de 1922. Es poeta, novelista, ensayista, crítico. Su primer libro de poemas, «Pedro el ciego», obtuvo en 1954 el «Premio Ciudad de Barcelona». Su primera novela, «Confesión de parte», obtuvo en 1962—por unanimidad—el «Premio Elisenda de Montcada». Ejerce la crítica en publicaciones españolas y extranjeras. Sus poemas han sido traducidos al francés, al inglés y al griego. Pertenece al grupo directivo independiente de PLAZA MAYOR, tribuna literaria por la que han desfilado las más destacadas figuras del pensamiento y las letras españolas.